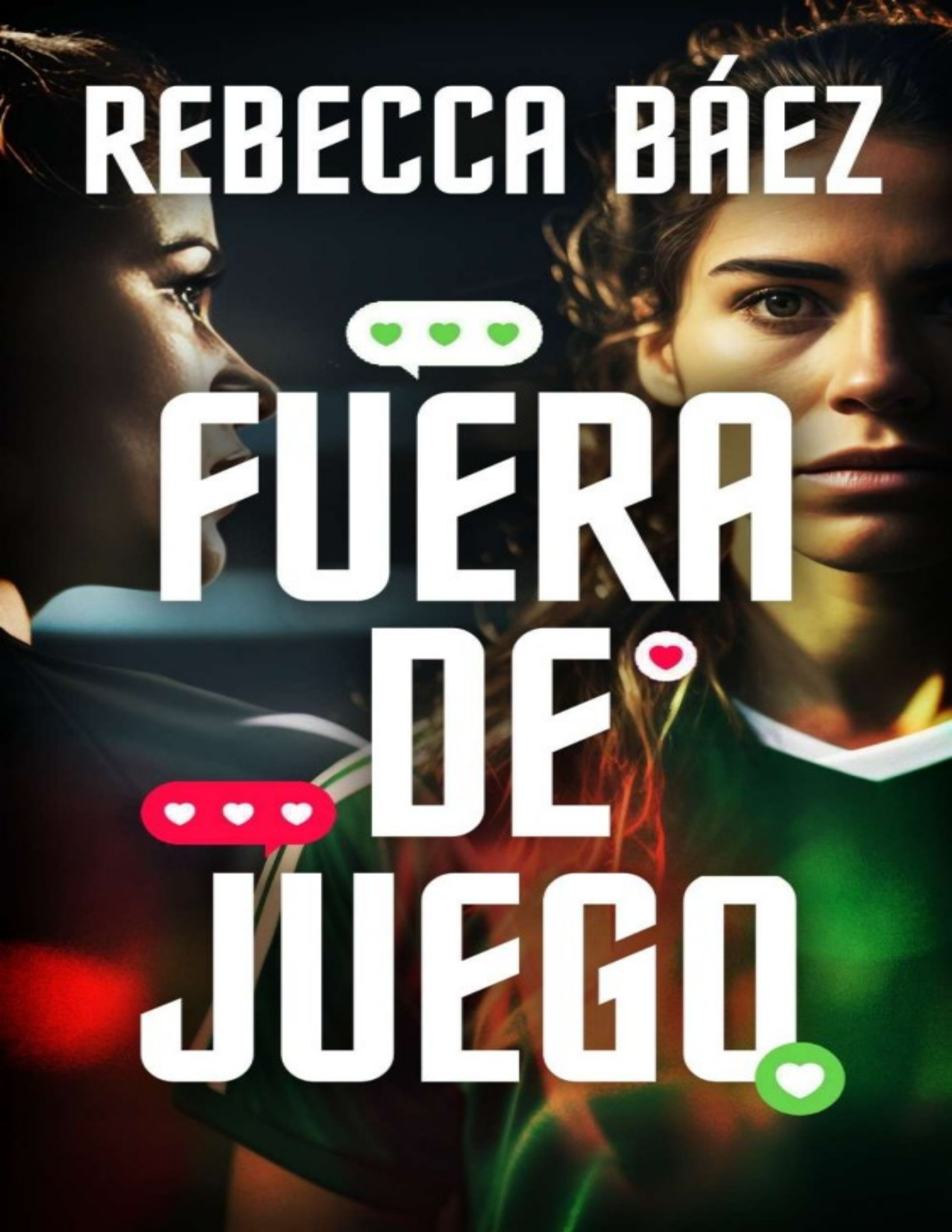

REBECCA BÁEZ
FUERA DE JUEGO

FUERA DE FUEGO

Rebecca Báez

Copyright © 2025 Rebecca Báez

Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducido en ninguna forma ni medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotografías, grabación o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos que aparecen en este libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: **2505251843454**

Registrado el: **25/05/2025**

Instagram: @rebeccabaezlibros

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
Epílogo

1

Partido explosivo.

La respiración se me aceleraba mientras escaneaba el campo analizando los movimientos de mis compañeras, la posición de la defensa contraria y, sobre todo, la presencia de ella.

Vera Collins.

La delantera estrella del San Diego Wave. La pesadilla de cualquier defensa. Y, por desgracia, mi rival desde hacía unos cuantos años.

El marcador estaba 1-1, con solo cinco minutos en el reloj para que terminara el partido con el tiempo añadido. El Providence Park rugía a nuestro favor, con las gradas teñidas de rojo y negro mientras la afición del Portland Thorns cantaba y golpeaba los bombos con furia. El balón rodaba rápido sobre el césped húmedo, el partido era físico, agresivo, como si todos supieran que algo más se jugaba esta noche además de los tres puntos. Incluso si no era una final, las veintidós jugadoras del terreno de juego, siempre lo dábamos todo.

Y ahí estaba ella. A unos metros de mí, en la media luna del área, esperando su oportunidad. Y mi trabajo era evitar que la tuviera, detenerla a toda costa.

—Cuidado con la 10, Lydia —escuché la voz de Cami, mi mejor amiga y mediocentro, mientras corría a recuperar su posición.

No hacía falta que me lo dijera. Sabía perfectamente quién era la dorsal número 10.

Vera se movió en diagonal, buscando el pase entre líneas, y en el instante en que su compañera filtró el balón, supe que tenía que interceptarlo antes de que llegara siquiera a rozarlo. Me lancé en un sprint notando el pinchazo habitual en mi rodilla, sintiendo cómo mi cuerpo se tensaba, cómo mis tacos se enredaban en la hierba y cómo el aire frío me cortaba la piel.

Pero ella también era rápida. Jodidamente rápida. Y el desastre, llegó poco después.

Vera y yo nos encontramos en el mismo punto, al mismo tiempo. Mi pie rozó el balón, el suyo también. Un segundo de fricción, de falta de equilibrio… y el impacto fue inevitable.

Ambas caímos al suelo con fuerza.

El golpe me sacudió el cuerpo, pero no solté el aire hasta que escuché el silbato de la árbitra. Falta.

—¿En serio, Collins? —bufé, sentada en el césped, sintiendo el ardor en mi rodilla raspada.

—No es mi culpa que seas tan lenta, Lydia. —Su voz era una mezcla perfecta de arrogancia y burla, siempre dando guerra.

Alcé la vista y me encontré con su maldita sonrisa torcida. Se apoyaba en los antebrazos, con el pelo desordenado y una rodilla doblada entre las mías. Demasiado cerca para mi gusto, y para… poder mantener el control.

Intenté no mirarle la boca. Pero fallé en el intento.

—Lenta mis cojones —repliqué sin pensarlo.

—¿Tienes ganas de que vuelva a demostrártelo? —arqueó una ceja, mordiéndose el labio—. Te desafío a intentar ganarme.

—Qué graciosa. —Rodé los ojos, empujándola con la pierna para apartarla.

Vera se dejó caer de espaldas con una risa baja, mientras yo me ponía de pie. Cami ya estaba ahí, tendiéndome una mano.

—¿Por qué siempre terminas en el suelo con ella? —susurró con diversión mientras me ayudaba a incorporarme.

—Cállate.

Cuando miré hacia Vera otra vez, ella también se había levantado. Sacudió el césped de sus muslos y me sostuvo la mirada con un brillo afilado en los ojos, nunca daba un partido por perdido.

—Nos vemos en la próxima jugada, capitana.

Y con ese tono provocador, se alejó.

****

El partido terminó 1-1. En los vestuarios, el ambiente era una mezcla de frustración y cansancio. Habíamos jugado bien, pero no lo suficiente para llevarnos la victoria tal y como habíamos pretendido. Mientras me desataba las vendas de los tobillos, escuché el sonido de una notificación en mi teléfono.

Era de Daisy, mi hermana menor.

Daisy:
¿Me lo explicas, por favor?

Adjuntó un enlace a un video. Lo abrí.

"¡Momento tenso entre Lydia Thomas y Vera Collins!🔥"

"Joder".

Recién subido a Twitter, el video ya tenía miles de reproducciones. En cámara lenta, se veía el momento exacto en que caíamos juntas al césped, con las piernas enredadas. La forma en que nuestros rostros quedaron peligrosamente cerca, y también, el intercambio de palabras que, sin audio, parecía una conversación mucho más íntima de lo que realmente fue.

El tuit de algún fan decía:

"¿POR QUÉ ESTO ME PARECE TAN GAY?"

"De puta madre".

Odiaba ese fanatismo que se había creado en torno a nosotras.

—Lydia, ¿qué narices has hecho esta vez? —Cami apareció detrás de mí, mirando la pantalla de mi teléfono.

—Nada. Fue una jugada normal.

—Claro, muy normal. Como todas las veces que terminas en el suelo con Vera.

Chasqué la lengua y apagué la pantalla.

—Deja de decirlo así —gruñí.

Cami no se molestó en ocultar su sonrisa burlona mientras se alejaba. Y aunque intenté ignorarlo, mi mente regresó a la imagen de Vera en el suelo,

mirándome con esa sonrisa cargada de desafío.

No era la primera vez que teníamos un momento así en un campo de fútbol. Y probablemente no sería la última. Porque si echaba la vista atrás, podía descubrir que siempre hubo algo en su mirada que me inquietaba, como si supiera algo que yo no.

O peor… como si estuviera esperando a que yo lo descubriera.

2

Historia de una revalidad.

Si me preguntaran cuándo empezó este maldito juego, podría decir que fue la primera vez que la vi jugar. Aunque muchos dirían que fue la primera vez que me sacó de quicio en el campo. O quizás, esa vez que se rio en mi cara después de un regate humillante.

Sea como sea, desde que Vera Collins puso un pie en la liga femenina, supe que sería un problema. De esos que no puedes sacarte de la cabeza.

Flashback – Dos años atrás

El San Diego Wave era el nuevo flamante equipo de la NWSL, y Vera Collins, su gran fichaje estrella. Recuerdo haber visto la noticia en la televisión del vestuario, con mi equipo reunido antes de un entrenamiento, en un día cualquiera donde no tuve ni idea de cómo iba a cambiar el sentido de mi carrera futbolística.

—Otra delantera con complejo de estrella —murmuró Cami, con los brazos cruzados.

—Bah. Seguro no es para tanto —dije sin mucho interés, hasta que vi su video de presentación.

Ella apareció en pantalla con una sonrisa confiada, el ego por las nubes, su pelo recogido en una coleta alta y una expresión de "vais a flipar" que me irritó de inmediato.

"No vengo solo a aprender. Vengo a hacer historia."

Dios, qué sobrada.

—Voy a disfrutar marcándola —solté sin pensarlo—. En el primer partido que juegue contra nosotras, se le van a bajar esos humos que tiene.

Y lo hice.

O eso pensaba.

El primer enfrentamiento entre Portland Thorns y San Diego Wave fue... casi un infierno.

Los primeros minutos la marqué como a cualquier otra jugadora. Pero enseguida me di cuenta de que Vera Collins no era como cualquier otra jugadora a la que me hubiera enfrentado.

Era rápida, ágil, tenía un control de balón que se salía de lo normal y, lo peor de todo era...

Que disfrutaba humillarme.

La primera vez que me regateó, pensé: "*Vale, ha sido un golpe de suerte."*

La segunda vez: "*Bueno, relájate un poco."*

La tercera: *"Que alguien la pare o la mato."*

—Venga, Thomas, pensaba que eras la mejor defensa de la liga —me dijo después de hacerme un caño en el borde del área.

—Y yo creía que este era un deporte de contacto —respondí, dándole un pequeño empujón con el hombro.

Soltó una risa y me mató un poco por dentro de lo bien que sonó.

Entonces, me tiré al suelo en una entrada perfecta, quitándole el balón y mandándola directa al césped.

Silbato. Falta.

—Bienvenida a la NWSL, novata —le solté mientras me ponía de pie.

Ella sonrió.

Sonrió como si se estuviera divirtiendo.

—¿Eso es todo lo que tienes para mí, Thomas?

Era una maldita descarada, y me enfadó tanto que no perdí su marca en los minutos que restaron.

Para el final del partido, ya había suficientes momentos tensos entre nosotras como para que las cámaras nos enfocaran constantemente.

Y después, llegó la prensa.

Un escenario que recuerdo perfectamente. Estaba sentada frente a los micrófonos cuando un periodista me preguntó:

—Lydia, al parecer ha habido varios roces con Vera Collins dentro del campo —dijo, con ese tonillo que todas sabíamos qué significaba—. ¿Ha nacido una rivalidad?

Intenté no sonreír con sorna.

—No creo que puedas llamar "rivalidad" a algo que ha pasado en un solo partido.

—¿Eso significa que la ves como una oponente fácil?

—Significa que ya veremos si puede mantener el nivel en los próximos encuentros.

Diplomático, ¿no?

Pues resulta que a Vera la entrevistaron después.

Y, como era de esperar, subió la apuesta.

—¿La verdad? No sé si Thomas me odia más dentro del campo o fuera de él. Lo único que sé es que me encanta ver su cara cuando le hago esos caños.

Y con esas pocas palabras, desató el infierno absoluto.

Desde entonces, todo fue escalando. Los medios comenzaron a hablar de nuestra "rivalidad explosiva". Cada encuentro entre San Diego Wave y Portland Thorns se convirtió en un espectáculo mediático, sin importar que fuese un amistoso o un encuentro de liga.

Nos comparaban, analizaban cada jugada, cada cruce de miradas, cada roce de piernas sobre el césped.

Y, para mi desgracia, Collins nunca perdía la oportunidad de meterme el dedo en la llaga.

—¿Te gusta la vista desde atrás, Thomas? —me soltó una vez, después de pasarme de velocidad.

—Solo estoy esperando el momento para quitarte el balón.

—No sabía que me querías tan cerca.

"Asquerosa."

Lo peor era que el público amaba esta dinámica. En vez de unos cuatro partidos al año, tenía la sensación de que Vera Collins era mi eterna competidora, incluso en las malditas galas a las que siempre teníamos que acudir por obligación.

Cada tuit, cada meme, cada video editado con música dramática… todo contribuía a que nos convirtieran en una especie de "enemigas icónicas". Un juego que iba más allá del terreno de juego.

Pero para mí, solo podía significar una cosa:

Necesitaba ganarle. Fuera como fuera.

****

Actualidad.

Cerré los ojos un segundo, exhalando con fuerza. No era nada personal, pero sentía que las cosas se me estaban yendo de las manos. El dolor de cabeza después de cada video o cada tuit ya me estaba cansando.

Sacudí la cabeza y dejé el teléfono sobre el banco del vestuario. No iba a darle más vueltas. Necesitaba una ducha, un descanso y, con suerte, un par de horas sin que nadie mencionara a cierta delantera creída.

Pero apenas me puse en pie, Cami me bloqueó el paso con una sonrisa sospechosa.

—Dime que no estás viendo ese video otra vez.

—¿Qué? No. —Fruncí el ceño, demasiado rápido. Demasiado obvio.

Cami levantó las manos con falsa inocencia.

—Yo no digo nada, pero parece que la obsesión es mutua, ¿no te parece?

—No estoy obsesionada —gruñí.

—Claro que no. Solo la sigues con la mirada en cada partido, hablas de ella más de lo que admites y miras entrevistas antiguas como si estuvieras haciendo el estudio de un caso.

—¿Quieres morir ahora mismo? —repliqué.

—Mejor mañana, que ahora tengo una cita.

Rodé los ojos, pero Cami se rio antes de volver a su taquilla.

Intenté no pensar en lo que dijo. Intenté no pensar en Vera. Intenté no pensar en lo que pasaría la próxima vez que nos enfrentáramos.

Pero era inútil.

Porque Vera Collins era mi rival. Mi némesis. Esa espina dolorosa en el costado.

Y por más que lo negara con cada fibra de mi ser, tenía muy claro que estaba esperando el próximo partido más de lo que debería.

3

El retiro en el horizonte.

El café de la esquina al que solíamos ir muy a menudo tenía un ambiente relajado, con mesas de madera desgastada, olor a expreso recién hecho y una barra llena de pasteles que Cami miraba como si estuviera a punto de adoptar a uno.

—Podrías dejar de babear sobre el cristal… —comenté, mientras daba un sorbo a mi frappé.

—Y tú podrías dejar de ser una amargada y aceptar que estos bollos son puro arte —respondió sin apartar la mirada de su futuro desayuno.

Suspiré, mirando por la ventana. Las calles de Portland estaban vivas, como siempre a esta hora de la mañana. Ciclistas y corredores pasaban junto a las aceras, los vendedores ambulantes preparaban sus puestos y la naturaleza parecía estar viva cada día que pasaba. Me encantaba esta ciudad. Desde que la pisé supe que nuestra relación iba a ser como esos amores a primera vista.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer hoy? —preguntó Cami, dándole el primer bocado a su cruasán con un sonido de satisfacción exagerado.

—Caminar. No quiero pensar en fútbol… por al menos una hora.

—Vaya, Lydia Thomas queriendo evitar al amor de su vida —dijo, rodando los ojos—. Esto es histórico. ¿Quieres que lo publique en Twitter?

—Cállate.

Salimos del café y nos internamos en la ciudad. El viento fresco me revolvía el pelo mientras avanzábamos por las calles, pasando por murales llenos de color y tiendas con escaparates brillantes. Durante unos minutos, simplemente disfruté el momento, el sonido de los coches a lo lejos, la risa de Cami, esa sensación de libertad.

Hasta que, inevitablemente, ella me recordó mi futuro más próximo.

—Entonces… ¿ya lo has decidido?

Su tono era casual, pero yo sabía a qué se refería.

Me detuve junto a un puesto de flores y fingí estar fascinada por los girasoles.

—¿Decidir qué?

Cami no mordió el anzuelo.

—No te hagas la tonta. Tu retirada, Lydia.

El dulce en su mano quedó olvidado cuando me miró con seriedad. No había presión en su voz, pero sí esa preocupación sincera que la caracterizaba.

Suspiré, cruzándome de brazos.

—Voy a hacerlo al final de temporada.

Decirlo en voz alta hizo que mi pecho se sintiera más ligero… y al mismo tiempo, más pesado.

Cami asintió lentamente, procesando mis palabras.

—Wow. Así que ya es oficial.

—Sí. —Jugueteé con la manga de mi sudadera—. Ya no soy la misma de antes. De hecho, cada día voy a peor. Mi cuerpo lo siente, mi rodilla lo sabe. No puedo seguir el mismo ritmo, y si no estoy al 100%, no quiero estar en el campo. Sobre todo, si mis rivales me siguen superando de esa manera.

Era imposible no añadir esas últimas palabras y no pensar en Vera Collins.

****

Podía recordar el primer momento en que lo sentí en la piel. El primer aviso de que mi tiempo en un campo de fútbol se estaba terminando.

Fue en un partido contra Kansas City, un año atrás. El marcador estaba 2-2, faltaban cinco minutos y teníamos un córner a favor. Cuando corrí al área para marcar a mi oponente, sentí un pinchazo en la rodilla derecha. Una punzada leve, insignificante… pero que estaba ahí.

Dos días después, al levantarme de la cama, me dolía más de lo habitual. Mi reflejo en el espejo no mostraba la misma frescura de antes. El desgaste había empezado. Y ya no se detendría más. Por más que intentara ignorarlo,

cada sprint, cada caída, cada partido, lo confirmaban. Y por mucho que quisiera negármelo, el momento estaba cada vez más cerca.

****

—Lo entiendo —dijo Cami, sacándome de mis pensamientos—. Pero me cuesta imaginarte sin estar en el campo. ¿Qué vas a hacer después? Porque tú sin fútbol… no sé si lo veo.

Buena pregunta.

Exhalé, dejando que el aire fresco llenara mis pulmones.

—No sé, tal vez me dedique a entrenar… o tal vez a odiar a Vera Collins a tiempo completo.

Cami soltó una carcajada.

—Desde luego sería un trabajo de jornada completa.

—Sí, y algo que se me daría muy bien —dije con sorna.

—Mira que eres ridícula —soltó, dándome un pequeño empujón.

Sonreí. Bromeaba, pero una parte de mí sabía que Vera Collins seguiría estando en mi cabeza, incluso después de colgar las botas. Sobre todo, porque sentiría esa envidia de verla en el campo y no ser yo la que defendiera el área de su rival.

Seguimos caminando, perdiéndonos entre las calles de Portland mientras el sol subía en el horizonte, pero en el fondo de mi mente, la verdad seguía latiendo como una advertencia.

Al final de esta temporada, todo cambiaría. Y no estaba segura de estar lista para eso.

Cami chasqueó los dedos frente a mi cara, sacándome de mi ensimismamiento.

—Ey, ¿en qué piensas?

—En nada.

—Mentirosa.

—En serio, en nada importante.

Cami me observó con una sonrisa traviesa y luego sacó su teléfono.

—Oh, hablando de cosas importantes… —su tono era descaradamente divertido.

Fruncí el ceño cuando me pasó el teléfono.

Era un nuevo tuit.

“Otro día, otro capítulo en la saga de miradas intensas entre Lydia Thomas y Vera Collins 🔥. Dadme esto en slow motion, por favor.”

Debajo, se veía un video de la repetición del partido, justo en el momento en que Vera y yo nos habíamos caído juntas.

Rodé los ojos.

—¿Por qué la gente está tan obsesionada con nosotras? Joder, si hasta creo que nos ponen partidos amistosos a propósito solo para hacernos trending topic.

Cami sonrió con malicia.

—Porque es divertido. Porque las dos sois intensas. Y… porque, admitámoslo, si no estuvieras tan ocupada odiándola, seguro que te la acabarías follando.

El frappé estuvo a punto de salir por mi nariz.

—¡¿Pero de qué vas?!

Ella se encogió de hombros, mordiéndose el labio para no soltar una carcajada.

—Solo digo lo que todos piensan —se burló.

La ignoré y seguí caminando, pero el calor en mi cuello y la imagen involuntaria de Vera demasiado cerca, con su sonrisa arrogante y su mirada afilada, no me abandonaron.

Y lo peor, es que me temía que Cami pudiera tener razón.

4

Un cruce inesperado.

Las luces cálidas del bar daban un ambiente acogedor, el aire olía a una mezcla de cerveza, madera y el inconfundible aroma de mis patatas fritas recién hechas. La música sonaba lo suficientemente fuerte como para sentirla en el pecho, pero no tanto como para impedirnos hablar. Después de un resultado favorable, nos merecíamos este momento.

—Por la victoria —dije, levantando mi botellín de cerveza.

Cami chocó la suya con la mía antes de darle un trago largo.

—Joder, cuánto necesitaba esto —suspiró, recargándose contra el respaldo de la silla.

Yo también. El partido contra Houston Dash había sido una batalla épica —y también dura—, pero al final, las Thorns nos habíamos hecho con la victoria. Y ahora, podíamos disfrutar de nuestro escaso tiempo libre, en un bar tranquilo, mientras nos dábamos un respiro antes de volver a la rutina del día a día.

Todo parecía perfecto.

Hasta que vi a Vera Collins entrar por la puerta.

—Oh, por el amor de Dios.

Cami alzó una ceja.

—¿Qué pasa?

—Que está aquí, ¡¿qué coño hace aquí?! —gruñí en voz alta.

Por suerte, la música tapo por completo mi voz.

Cami giró la cabeza y la vio.

Vera había llegado con Taylor Brooks, su mejor amiga y otra mediocentro con demasiado ego del San Diego Wave. Vestían ropa casual, pero de alguna manera, Vera siempre tenía esa maldita aura de estrella de rock, con su chaqueta de cuero y su pelo castaño dorado ligeramente despeinado, como si hubiera salido así de un anuncio de champú.

—¿Por qué narices está en la ciudad? —repetí, frunciendo el ceño.

—Supongo que para lo mismo que nosotras. Relajarse y beber. —Cami se encogió de hombros.

—¿Es que no tiene más ciudades en todo Estados Unidos? —gruñí.

Juré que Cami estuvo a punto de reírse.

—Habrá venido a ver a una de sus amigas, tengo entendido que varias militan en el Angel City, y juegan contra ellas en unos días. Casualmente, esas amigas tienen familia por aquí, no se me haría raro que hubieran viajado por eso.

Genial. Perfecto. Increíble.

—Ahora resulta que la NWSL es un puto pañuelo —me quejé.

Podría haber ignorado su presencia, podría haberme concentrado en mi cerveza y en la conversación con Cami… pero mi cerebro decidió mirarla en el momento equivocado.

En ese preciso momento en el que Vera también me estaba mirando. Y en cuanto nuestras miradas se cruzaron, sonrió. De esa forma que…

Con esa maldita media sonrisa arrogante que me sacaba de quicio.

—No hagas contacto visual —murmuré, girándome hacia Cami—. Hay que evitar llamar su atención.

—Demasiado tarde. Ya viene para acá.

Mi corazón dio un vuelco, pero fingí que no me importaba.

—Me estás tomando el pelo —dije.

—¿Te parece que bromeo?

Respiré hondo y decidí no darme la vuelta, como si fuera una niñata que quiere ignorar a su último ligue de instituto.

A lo mejor si hacía eso pasaba de largo. Tal vez iría a otra mesa. O quizás el universo me daría un descanso por una vez en la vida.

—¿Me estás siguiendo, Thomas?

“Oh, por favor.”

Me giré lentamente sobre mi asiento y la vi. Vera Collins, de pie junto a nuestra mesa, con una cerveza en la mano y una sonrisa de pura diversión.

—No te emociones tanto, Collins. Además, ¿no debería ser yo la que te preguntara exactamente eso? Porque, que yo sepa, estás en mi territorio.

La tensión se podía cortar con un cuchillo.

—No he venido a verte perder el tiempo fuera del campo también —dijo arrogante, y estuve a punto de estamparle mi cerveza en la cara.

Taylor llegó a su lado, apoyándose en la mesa con expresión divertida.

—¿Ya empezamos?

—Siempre están así. Es su idioma del amor —intervino Cami, dándole un trago a la cerveza.

Y yo, casi escupo la mía.

—¡Cállate de una vez!

Ella se encogió de hombros con toda la inocencia del mundo.

—Yo solo digo que os veis mucho. Os tocáis mucho. Os insultáis con cariño… —Cami se encogió de hombros—. La gente habla, querida.

Mi mandíbula se tensó.

—La gente es gilipollas.

Vera sonrió.

—Vaya…, me acabas de llamar gilipollas sin decirme gilipollas a la cara.

—No te lo lleves a tu terreno —pedí.

—No lo hago, esa eres tú —dijo con esa petulante burla en su voz.

La fulminé con la mirada. Me giré de vuelta hacia Cami, ignorando completamente la presencia de Vera, como si no estuviera justo al lado, demasiado cerca, con su perfume envolviendo el aire entre nosotras.

—Cami, por favor dime que hay un botón de emergencia en esta mesa para desaparecer de una maldita vez.

Vera rio y se inclinó un poco más hacia mí, con esa sonrisa pícara que solo significaba que podía traer más de un problema.

—Vamos, Lydia. Sabes que me echas de menos en el campo, ¿o no?

Puse los ojos en blanco.

—Te extraño como extraño una patada en la espinilla —gruñí.

—Bueno, no soy tan mala con los pies. Aunque tal vez debería intentarlo.

Su amiga chasqueó la lengua.

—Dios, la tensión aquí es ridícula. —Puso los ojos en blanco—. Mejor me voy a por otra cerveza.

Cami la siguió, dejándonos a solas en la mesa.

El aire entre nosotras cambió, pero Vera no se alejó, y yo tampoco pude.

Su mirada era intensa, directa, como si esperara que hiciera algo.

Una especie de desafío silencioso.

—¿Sabes? Me encanta verte frustrada —murmuró, sentándose en el lugar donde estaba Cami.

—¿Ah, sí? —crucé los brazos—. ¿Por qué?

Su sonrisa se amplió.

—Porque te pones... interesante.

Mi garganta se secó.

No sé si fue el alcohol o la iluminación del bar, pero por un instante, pareció que iba a besarme.

El ruido del bar desapareció. En ese instante no existía nada más que el calor de su cuerpo demasiado cerca, el brillo desafiante en sus ojos y el estúpido cosquilleo en mi nuca. Pero justo cuando el aire entre nosotras se volvió insoportablemente denso, Vera sonrió de lado y se echó hacia atrás.

—Tranquila, Thomas. No quiero que desperdicies tu cerveza.

Y con un maldito guiño, se alejó, dejándome ahí, con el corazón desbocado y la sensación de que acababa de perder en un juego que ni siquiera sabía que estaba jugando.

5

Una apuesta peligrosa.

Era un hecho científicamente comprobado que mi hermana menor disfrutaba verme sufrir.

Lo supe en el momento en que Daisy me miró con esa expresión de satisfacción diabólica mientras revolvía su milkshake con la pajita tras comer juntas —como era habitual— dos veces al mes. Cami no desperdiciaba un segundo para salir con nosotras e intentar buscarme algún ligue, aunque muchas veces fallara en el intento. Ahora estaba al lado de mi hermana y también tenía esa mirada de "esto se va a poner interesante".

Y yo, como una idiota, aún no entendía por qué.

—¿Me podéis explicar por qué tenéis cara de villanas de telenovela? —bufé, cruzándome de brazos sobre la mesa.

—Porque lo somos —respondió Daisy, antes de sonreír y soltar la bomba—. ¿Ya has visto el video del bar?

Mi corazón se detuvo.

—¿Qué video?

Cami sacó su teléfono y deslizó la pantalla hasta encontrar lo que buscaba, su gesto fue cambiando conforme pasaban los segundos, y con una sonrisa pícara me lo mostró sin decir palabra.

"LA QUÍMICA ENTRE LYDIA THOMAS Y VERA COLLINS NOS TIENE NERVIOSOS Y A MIL 🔥"

El video tenía más de cien mil reproducciones.

Le di al play y me quedé boquiabierta con lo que estaba mirando: la escena en el bar, *nuestro encuentro en el bar*, el intercambio de miradas, la tensión entre las dos, el maldito momento en que Vera se acercó demasiado y yo… no me aparté ni un solo centímetro.

Los comentarios iban de mal en peor:

"Dios mío, ¿se besaron después o no?"

“Thomas, no te hagas la tonta, sabemos que te gusta”

“Esa apuesta se tiene que hacer oficial”

—¿Apuesta? ¿Y quién ha grabado esto? —fruncí el ceño, volviendo a mirar a dos mujeres que estaba claro que disfrutaban mucho.

Daisy apoyó los codos sobre la mesa, encantada con el desastre que estaba a punto de desatar.

—Verás, hermanita, viendo cómo os miráis tú y Collins, se me ocurrió un jueguecito, pequeño, apenas nada.

—No quiero participar en ninguno de tus jueguecitos.

—Tarde —canturreó—. Le dije a todo Twitter que la rival que pierda en el próximo Portland vs. San Diego tiene que invitar a la otra a cenar. Vuestros fans ya están esperando el resultado.

Silencio.

Lo único que se escuchaba era el sonido de mi paciencia desmoronándose.

—¿Perdón?

Daisy se encogió de hombros con la sonrisa más inocente y falsa del mundo.

—Vamos, ¿es que tienes miedo de perder?

—No —espeté.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Que la última persona con la que quiero cenar es con Vera Collins.

Cami soltó una carcajada y se limpió las lágrimas con una maldad que iba a costarle muy caro.

—¿Seguro? Porque anoche en el bar parecías bastante interesada en ella —dijo, sin dejar de reírse.

Le lancé una servilleta a la cara.

—No voy a aceptar esa apuesta ridícula.

Daisy sonrió. Demasiado confiada.

—Bueno… en realidad ya lo has hecho —confirmó, dejándome descolocada.

—¿Qué?

Le dio un sorbo a su milkshake antes de mostrarme la pantalla de su teléfono, donde había un nuevo tuit.

“Lydia Thomas acepta la apuesta: Portland vs. San Diego.”

Los likes empezaron a subir por segundos.

“Joder, por el amor de Dios.”

****

Unas semanas después…

Mi error fue confiar en que la tontería de la apuesta se iría difuminando con el paso de los días, que al final, sería algo anecdótico de lo que nadie se acordaría. Pero resulta que, el fandom —o algo así—, deseaba un nuevo enfrentamiento entre nuestros equipos, y a los publicistas les encantó llevarlo a cabo con un amistoso durante un parón estipulado en el que me robaron parte de mi preciado descanso.

La típica excusa de recaudar fondos a mí no me servía de nada.

El partido fue duro, de esos que te dejan sin aire y con las piernas temblando. Portland Thorns jugó bien, pero San Diego Wave jugó mejor.

El marcador final: 2-1 a favor de la maldita Vera Collins.

Cuando la árbitra pitó el final, aún no me había recuperado del shock. No podía creerlo, había perdido una apuesta para la que ni siquiera había dado permiso. Tenía que cambiar la contraseña a mis cuentas y rápido.

En el campo, Vera me encontró con la mirada y sonrió. Fue una sonrisa pequeña, pero calculadora, con diversión. Como un depredador saboreando su victoria.

Se acercó con calma, mientras yo seguía intentando procesar lo que acababa de pasar.

—¿Lista para nuestra cita, capitana? —preguntó con burla.

—No es una cita —repliqué de inmediato.

—Por supuesto que lo es. Y lo sabes.

Apreté la mandíbula. Cami pasó junto a nosotras y me dio un golpecito en la espalda, como si quisiera darme ánimos cuando sabía perfectamente que ella también tenía la culpa de esto.

—Me muero por saber cómo vas a salir de esta —murmuró divertida, antes de alejarse.

Genial. Estaba jodida.

****

En los vestuarios, el ambiente era una mezcla de frustración y resignación. Algunas jugadoras se quejaban de las jugadas del rival, otras simplemente intentaban olvidar el partido. Como si hubiéramos jugado el final de una copa.

Yo estaba delante de mi taquilla, quitándome las vendas de los tobillos, cuando mi teléfono vibró con un mensaje.

Número desconocido:
¿Prefieres sushi o algo más elegante, Thomas?

Se me heló la sangre.

—Dime que no es lo que creo —dijo Cami, espiando la pantalla por encima de mi hombro.

No respondí.

Otro mensaje.

Número desconocido:
Por cierto, soy Vera. Aunque sé que ya lo sabías. ☺

¿Quién coño le había dado mi número de teléfono?

Cami soltó una carcajada.

—Dios, Lydia, esto es glorioso —dijo con burla.

La ignoré, más me valía hacerlo, porque si no, le habría estrellado el teléfono en la cara. Tecleé una respuesta, con mi orgullo aún demasiado herido como para dejar que me divirtiera con esto.

Yo:
No me hagas esto más difícil.
Vera:
Qué va, capitana, apenas estoy empezando.

Me llevé una mano a la cara. ¿En qué demonios me había metido?

6

¿Cita o castigo?

San Diego tenía un encanto peligroso, ya lo había comprobado durante los días anteriores a un partido, pero esta vez, lo aseguré en el momento en que bajé del taxi frente al restaurante. La brisa del Pacífico rozó mi piel, las luces cálidas del local destellaban con un brillo acogedor y el aire olía a mar y especias.

Demasiado bonito para lo que realmente era esto: una trampa.

Una trampa en la que yo misma había caído, gracias a mi estúpido orgullo y a la boca afilada de Vera Collins.

Respiré hondo y me ajusté la chaqueta de cuero sobre mis hombros antes de entrar a mi cita. Aunque no, más bien era una condena. Un castigo autoimpuesto por haber perdido el partido.

Y estaba muy segura de que Collins iba a disfrutarlo.

****

Vera ya estaba ahí cuando llegué. Sentada en una mesa junto a la ventana, con una copa de vino en la mano y una media sonrisa en los labios. Parecía completamente en su elemento. Cómoda. Relajada. Como si esto fuera lo más natural del mundo para ella.

—Mira quien se ha atrevido a venir —murmuró en cuanto me vio—. Pensé que ibas a huir.

Rodé los ojos y me dejé caer en la silla frente a ella.

—No me hagas reír.

—No lo haré —dijo con una mirada divertida—. Pero sí que te haré beber.

Me lanzó la carta de vinos y yo la atrapé en el aire.

—¿Lista para tu peor cena del año? —pregunté con una sonrisa mordaz.

Vera apoyó el codo en la mesa y ladeó el rostro con un gesto casi perezoso.

—No me subestimes —dijo, ahora esbozando una sonrisa—. Podría ser la mejor si te relajas un poco.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

Ignoré la sensación y centré mi atención en la carta. La cena comenzó con la misma dinámica de siempre: provocaciones, sarcasmo y miradas afiladas. El problema fue que, en algún punto, empezó a sentirse menos como una pelea y más como… otra cosa.

—Admite que te sorprende que haya elegido un buen restaurante —dijo Vera, tomando un sorbo de su vino.

—Me sorprende que no me hayas llevado a un McDonald's, la verdad —solté.

Ella rio, un sonido bajo y vibrante que me atravesó la piel.

—Quería impresionarte.

Alcé una ceja.

—¿Impresionarme o humillarme?

—Las dos cosas —contestó sin vergüenza alguna.

Dios, como siguiera así, iba a darle su merecido. Negué con la cabeza y me llevé la copa a los labios. Mala idea. En ese momento, Vera también extendió la mano para alcanzar su copa y nuestros dedos se rozaron.

Fue un instante, apenas un segundo de contacto, pero mi cuerpo lo sintió como una descarga eléctrica que me puso todos los pelos de punta.

Tragué saliva y aparté la mano como si la superficie del cristal quemara. Y ella lo notó. Por supuesto que lo notó.

Sonrió de lado, con ese maldito gesto suyo que decía “te tengo justo donde quiero”.

—Relájate, Thomas, que no voy a morderte.

—Lástima —murmuré antes de poder siquiera pensar en lo que decía.

Vera arqueó una ceja, claramente entretenida.

—¿Acabo de escuchar decepción en tu voz?

Le lancé una mirada asesina y ella se rio, apoyándose en la mesa.

—Tienes miedo de divertirte conmigo, ¿no? Qué adorable.

Apreté la mandíbula.

—No tengo miedo de nada.

—Anda ya, no digas mentiras.

Se inclinó apenas un poco más, reduciendo la distancia entre nosotras.

—Dime la verdad —susurró—. ¿Cuántas veces pensaste en cancelar esta cena?

—Diez —admití sin dudar.

—¿Y cuántas veces pensaste en cómo iba a terminar?

Mi corazón dio un vuelco. La miré, sosteniéndole la mirada con terquedad, negándome a reaccionar.

Ella sonrió. Como si ya supiera la respuesta.

Esa maldita sonrisa suya se quedó flotando en el aire, como un desafío silencioso. Un juego que solo nosotras entendíamos.

Y de repente, entré en una especie de burbuja donde solo las dos éramos protagonistas. Su boca atrapaba la mía con la misma arrogancia con la que me hablaba, con la misma seguridad con la que jugaba en el campo de fútbol. Sin dudar, sin titubear, como si fuera un derecho y no una pregunta. La imaginé inclinándose sobre la mesa, ignorando el restaurante lleno de gente, ignorando que nos miraran.

La sentí con sus manos recorriendo mi cuello, bajando por mis clavículas, arrugando los dedos en mi chaqueta con un toque firme y decidido.

Tocando lugares que nadie había tocado antes. No porque no hubiera estado con otras personas, sino porque ninguna lo había hecho de esa manera.

Con la paciencia de alguien que sabe exactamente cómo torturar a otra.

Con la seguridad de que yo no me apartaría.

Con los dedos deslizándose por mis costillas, deteniéndose justo debajo de mis pechos, rozándolos lo suficiente para que mi respiración se entrecortara, para que mi cuerpo pidiera más antes de que mi cerebro pudiera reaccionar. La imaginé mordiendo mi labio inferior, arrastrándome al maldito borde de la locura con una facilidad insultante.

Y lo peor fue que, por un segundo, no supe si solo lo imaginaba… o si lo quería de verdad.

Volví a tragar saliva y parpadeé.

La imagen desapareció.

Pero Vera seguía ahí, sonriendo de lado.

Como si supiera exactamente lo que acababa de pasar por mi cabeza.

****

La comida llegó y, con ella, un cambio sutil en la conversación. Seguía habiendo sarcasmo y pullas, pero lo sentí totalmente distinto.

Tal vez fuera por el vino. Tal vez era la maldita iluminación del lugar que hacía que Vera se viera mejor de lo que debía.

O tal vez era el hecho de que me resultaba demasiado fácil hablar con ella.

No de fútbol, ni de rivalidad, sino de cosas simples. De la vida fuera del campo.

Descubrí que Vera odiaba la pizza con piña, que no sabía silbar y que tenía un perro llamado Duke que siempre terminaba durmiendo en su cama, aunque lo intentara evitar.

Descubrí que cuando se reía de verdad, inclinaba un poco la cabeza hacia atrás, como si no pudiera contener las emociones.

Y descubrí que una parte de mí quería seguir escuchándola.

Lo cual era inaceptable.

Así que decidí cambiar la dinámica.

—Bien, hora de la parte divertida de la noche —dije, apoyando los codos en la mesa—. Te toca responder una pregunta sin querer escapar con tu sarcasmo.

—Difícil, pero acepto el reto.

—Si no fueras futbolista, ¿qué serías?

Vera parpadeó, como si la pregunta la hubiera tomado por sorpresa.

Se quedó en silencio un instante, jugando con el borde de su copa.

—No lo sé —confesó finalmente—. Es lo que siempre he sido. Desde que tengo memoria.

Su honestidad me desarmó por completo. Asentí, entendiendo exactamente lo que quería decir. Porque yo también sentía lo mismo.

—¿Y tú? —preguntó, mirándome de reojo.

Apreté los labios.

—Supongo que aún tengo que averiguarlo.

Vera sostuvo mi mirada por un segundo de más.

—Todavía tienes tiempo.

Mi pecho se contrajo con algo que no quise analizar. Para mi suerte, el camarero llegó en ese momento para preguntar si queríamos postre.

Dije que no. Vera dijo que sí.

Y la verdad es que no me molestó quedarme un poco más.

****

Cuando salimos del restaurante, la brisa del mar nos envolvió. Me crucé de brazos, sin saber bien qué hacer.

—Supongo que ya estamos empatadas —dije.

Vera sonrió.

—¿Empatadas? —repitió, con ese brillo peligroso en los ojos—. Capitana… Esto no ha hecho más que empezar.

Mi estómago se revolvió. No supe si por la amenaza o por la promesa oculta en su voz. Pero sí que me di cuenta de una cosa, y es que no había odiado ni un segundo de nuestra cena.

Y eso me aterraba.

7

A distancia.

La temporada avanzaba y, con ella, los constantes viajes. Entre partidos y entrenamientos, mi vida se había convertido en una sucesión de aeropuertos, hoteles y estadios. Intentaba mantener la concentración en el fútbol, pero había una distracción que se colaba insistentemente en mi rutina: la mujer en la que no podía dejar de pensar. Y los titulares y fans de Twitter no ayudaron para nada.

"¿Rivalidad convertida en algo más?"

Después de un partido especialmente intenso contra uno de nuestros rivales directos, en el que logramos una victoria ajustada, subí una foto del equipo celebrando en el vestuario. Los comentarios y me gusta no tardaron en llegar, pero uno en particular llamó mi atención: Vera había dejado un emoji ardiente acompañado de la frase **"Bien jugado, Thomas"**. Fruncí el ceño, preguntándome qué pretendía con eso.

Aunque tampoco pude evitar sonreír.

—¿Esa sonrisa es porque Collins te ha comentado la foto o porque hemos metido tres goles? —bromeó Cami, asomándose por encima de mi hombro mientras revisaba el teléfono.

—No leo los comentarios de Vera —mentí descaradamente, bloqueando la pantalla y guardando el móvil en el bolsillo.

No podía admitir ante ella que me gustaba, todavía no. Bueno, que Vera me gustaba y que habíamos iniciado una especie de "algo" a distancia.

****

La verdad es que sí leía cada uno de sus mensajes. Y no solo eso, sino que además, los esperaba. Cada publicación parecía ser una oportunidad para que me dejara algún comentario ambiguo o provocador. En una foto mía entrenando bajo la lluvia, escribió: **"Siempre supe que te gustaba mojarte."** En otra donde aparecía estirando después del partido comentó: **"Qué flexible. Interesante".**

Intentaba ignorarla, pero me era imposible. Y mis compañeras no ayudaban en absoluto; cada nuevo comentario de Vera era motivo de bromas y miradas cómplices.

—Parece que tienes una admiradora —dijo mi Daisy, durante una videollamada.

—No es nada. Solo le gusta molestar.

—Claro, claro. Y tú no disfrutas ni un poco de la atención que te está dando, ¿verdad?

Negué con la cabeza, pero mi reflejo en la pantalla mostraba un leve sonrojo que me delataba.

La situación escaló cuando, durante una entrevista post-partido, le preguntaron a Vera sobre nuestra rivalidad en el campo.

—La rivalidad con Thomas es... intensa. Nos encanta desafiarnos —comentó con esa sonrisa ladeada que conocía tan bien.

Después miró a la cámara y sentí que me estaba mirando directamente a los ojos. El video se volvió viral en cuestión de pocos minutos, y mis compañeras no tardaron en mostrármelo, riendo y lanzando comentarios sugerentes.

—Parece que alguien tiene una obsesión contigo —dijo Cami, mostrando el video en su teléfono.

—Es solo una táctica para desconcentrarme —respondí, intentando restarle importancia.

Pero, en el fondo, sabía que no era solo eso. Había una tensión palpable entre nosotras, una que se extendía más allá del campo de juego. Cada interacción, cada comentario, cada mirada, añadía combustible a un fuego que ambas parecíamos disfrutar avivando.

Una noche, después de un largo día de entrenamiento, me encontré revisando nuestras conversaciones pasadas. Los mensajes, inicialmente

hostiles y competitivos, habían evolucionado hacia algo más juguetón y provocador. Me detuve en uno en particular, donde Vera me había enviado una foto de su nuevo tatuaje: una pequeña estrella en la muñeca.

Vera:
Para que me recuerdes cuando mires las estrellas.

En su momento, rodé los ojos, pero ahora, observando la imagen, no pude evitar sonreír.

****

Tras una agotadora sesión de entrenamiento, me dirigí a casa de mi madre, buscando un respiro del constante ajetreo de la temporada. El aroma familiar de su cocina me recibió al entrar, evocando recuerdos de mi infancia, sobre todo, cuando me encontré con ella en la sala de estar, hojeando una vieja caja de fotografías.

—Mamá, ¿qué haces? —pregunté, dejándome caer en el sofá junto a ella.

Ella sonrió, sosteniendo una foto de mis días en el equipo juvenil.

—Estaba recordando tus primeros partidos. Siempre con esa determinación en los ojos.

Observé la imagen: una versión más joven de mí, con el uniforme demasiado grande y una sonrisa radiante. La nostalgia me golpeó con fuerza.

—Parece que fue hace una eternidad —murmuré.

Mi madre me observó con esa mirada penetrante que siempre parecía ver a través de mí.

—¿Cómo te sientes con todo esto, cariño? Sé que el final de una carrera puede ser... desafiante.

Suspiré, jugando con el borde de la fotografía. Todavía no había encontrado las fuerzas para anunciarlo.

—Es complicado, mamá. El fútbol ha sido mi vida durante tanto tiempo que… Pensar en colgar las botas me aterra. ¿Qué voy a ser sin correr a través de un campo de fútbol?

Mamá sostuvo mi mano con suavidad.

—Eres más que una futbolista de élite. Eres mi hija, una mujer fuerte y apasionada. Este es solo un capítulo de tu vida, no el final del libro.

Asentí, aunque la inquietud persistía.

—Pero, ¿y si no encuentro algo que me apasione tanto como el fútbol?

Ella sonrió con calidez.

—La pasión no desaparece. Se transforma. Tal vez descubras nuevas facetas de ti misma que aún no has explorado.

La idea de reinventarme era tanto emocionante como aterradora.

—Supongo que es cuestión de perspectiva.

Mi madre asintió.

—Exactamente. Y recuerda, no estás sola en esto. Tienes una familia que te apoya, amigos que te quieren. Juntos, encontraremos el camino.

La calidez de sus palabras alivió parte del peso que sentía en el pecho.

—Gracias, mamá. Necesitaba escuchar algo así.

Ella acarició mi pelo, como solía hacer cuando era niña.

—Siempre estaré aquí para ti, Lydia. En cada paso del camino.

En ese momento, comprendí que, aunque el fútbol había sido una parte fundamental de mi identidad, no me definía por completo. Con el apoyo de mi familia y seres queridos, estaba lista para enfrentar lo que viniera, descubriendo cosas apasionantes en el proceso.

****

Los días siguientes transcurrieron con una mezcla de concentración en los entrenamientos y distracciones constantes provocadas por las notificaciones de mi teléfono. Cada vez que sonaba, mi corazón daba un pequeño golpe contra mi pecho, anticipando otro comentario o mensaje de Vera. Aunque intentaba mantener la compostura, era evidente que su presencia virtual tenía un efecto en mí.

Durante un vuelo hacia nuestro próximo partido, Cami se sentó a mi lado, observándome con una ceja levantada mientras yo revisaba mi teléfono por enésima vez.

—Deberías cobrarle alquiler a Collins por el espacio que ocupa en tu cabeza —comentó con una sonrisa burlona.

—No sé de qué hablas —respondí, bloqueando la pantalla y mirando por la ventana.

—Seguro, y yo soy la reina de Inglaterra.

Suspiré, sabiendo que negarlo solo alimentaría su curiosidad.

—Es solo una rivalidad en el campo. Nada más.

—¿Rivalidad? —Cami soltó una carcajada—. Lydia, he visto rivalidades antes, pero lo tuyo con Vera tiene... otra energía.

—¿Otra energía?

—Sí, una que normalmente se encuentra en las comedias románticas antes de que los protagonistas se den cuenta de que están locas la una por la otra.

—Estás delirando.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué te sonrojas cada vez que menciono su nombre?

Negué con la cabeza, intentando ocultar el rubor que seguramente teñía mis mejillas.

Al llegar a nuestro destino, nos dirigimos al hotel para descansar antes del partido. Mientras deshacía la maleta, mi teléfono vibró con una nueva notificación.

Vera:

Buena suerte mañana. No te lesiones; quiero que estés al 100% para derrotarte en nuestro próximo encuentro.

No pude evitar sonreír ante su audacia. Decidí responderle.

Yo:

No te preocupes por mí, Collins. Preocúpate por mantener el ritmo.

Su respuesta llegó casi de inmediato.

Vera:

Siempre lo hago. Pero me gusta cuando intentas seguirme la corriente.

Sacudí la cabeza. Esta dinámica se estaba convirtiendo en una distracción peligrosa. Lo triste de esta historia, es que Vera todavía no sabía que ese futuro partido de liga, sería el último en el que nos enfrentaríamos.

8

Viviendo un caos emocional.

Tras una intensa victoria contra el Houston Dash, el equipo y yo regresamos al hotel para descansar. Mientras el autobús avanzaba por las calles iluminadas de Houston, mi teléfono vibró en el bolsillo. Al sacarlo, vi una notificación que hizo que mi corazón se acelerara:

"Vera Collins te ha mencionado en una publicación".

Con una mezcla de curiosidad y aprensión, abrí Instragram. Vera había compartido una foto de nuestro último enfrentamiento en el campo durante la liga hace semanas atrás, ambas luchando por el balón con intensidad. El pie de foto decía:

"Siempre es un placer enfrentarme a @LydiaThomas. ¿Habrá revancha?".

—¿Otra vez? —preguntó Cami, asomándose por encima de mi hombro.

Últimamente había adquirido esa puta manía que tan nerviosa me ponía.

—Parece que no puede evitarlo —respondí, intentando sonar indiferente. Pero mi mejor amiga sonrió con picardía.

—Tal vez deberías responderle. Mantener a tus fans contentos y eso.

Rodé los ojos, me pregunté si eso era justamente lo que Vera estaba haciendo con nuestro juego, pero al final no pude evitar que una sonrisa se asomara en mis labios. Decidí no responder y guardé el teléfono, enfocándome en la vista de la ciudad que pasaba rápidamente por la ventana.

Al llegar al hotel, el vestíbulo estaba tranquilo, con solo unos pocos huéspedes yendo y viniendo. Mientras me dirigía al ascensor, una figura familiar se destacó cerca de la entrada. Vera estaba apoyada casualmente contra una columna, con esa sonrisa confiada que conocía demasiado bien.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, más que sorprendida.

No sé si para mal o para bien.

—Nuestro partido fue antes de ayer, y tenía un par de días libres, así que he decidido hacer un viaje de última hora —respondió como si nada—. He pensado que podríamos hablar.

Miré alrededor, consciente de las miradas curiosas de algunos compañeros de equipo.

—No creo que sea el momento ni el lugar, Vera.

Ella arqueó una ceja, desafiándome.

—Siempre tan formal. Solo quiero que tengamos una conversación, como… rivales.

Suspiré, sabiendo que no se rendiría fácilmente.

—Está bien. Cinco minutos.

Salimos del hotel y caminamos por la acera iluminada por las farolas. El aire nocturno de Houston era cálido y húmedo, pegándose a la piel.

—Buen partido —comentó Vera, rompiendo el silencio.

—Gracias. Tú también jugaste muy bien —dije con cierta incomodidad.

Ella sonrió, pero había algo más en su expresión, una chispa en sus ojos que me puso nerviosa.

—Últimamente disfruto mucho de cada partido, me estoy sintiendo… en el mejor punto de mi carrera.

"Qué suerte, porque la mía está a punto de acabar."

Me detuve, girándome para enfrentarla.

—¿Eso es lo que querías decirme? —dije, consciente de mi sequedad.

Vera dio un paso más cerca, reduciendo la distancia entre nosotras.

—No exactamente.

Mi corazón latía con fuerza mientras su mirada se posaba en mis labios. La tensión entre nosotras era palpable, una corriente eléctrica que parecía conectar nuestros cuerpos.

—Vera... —comencé, pero ella me interrumpió.

—Quería saber si sientes lo mismo que yo, si esto que tenemos… despierta en ti ese cosquilleo en el estómago que yo siento cada vez que te imagino cerca de mí.

Las palabras se atascaron en mi garganta. Porque, sí, lo sentía. Cada fibra de mi ser era consciente de su proximidad, del calor que emanaba de

su cuerpo, de la forma en que su mirada parecía despojarme de todas mis defensas.

Antes de que pudiera responder, Vera cerró la distancia que nos separaba y sus labios encontraron los míos en un beso que fue todo menos delicado. Era urgente, apasionado, como si ambas hubiéramos estado esperando este momento durante demasiado tiempo, al final de cada enfrentamiento.

Mis manos encontraron el camino hacia su pelo, tirando ligeramente mientras profundizábamos el beso. El mundo alrededor desapareció; solo existíamos ella y yo, consumidas por una llama que amenazaba con devorarnos.

De repente, la realidad me golpeó como un balde de agua fría y me alejé de forma brusca, respirando con dificultad, el corazón desbocado.

—Esto… no puede pasar.

Vera me miró, una mezcla de sorpresa y diversión en su rostro.

—¿Estás segura? Porque no parecías pensar eso hace un momento.

Me pasé una mano por el pelo, intentando ordenar mis pensamientos.

Ella dio un paso atrás, levantando las manos en señal de rendición.

—Entiendo…, seguimos siendo rivales ¿no? —espetó, pero enseguida volvió ese gesto pícaro—. Pero no puedes negar lo que acaba de pasar.

Negarlo sería inútil. Lo que acababa de suceder entre nosotras era real, tangible. Pero eso no significaba que fuera correcto.

—Buenas noches, Vera.

Me giré y caminé de regreso al hotel, sintiendo su mirada clavada en mi espalda. Cada paso se sentía pesado, como si estuviera caminando a través de arenas movedizas.

Al entrar en mi habitación, me apoyé contra la puerta, dejando la frente contra la madera por un segundo, como si eso pudiera apagar el incendio que llevaba dentro.

Me dejé caer sobre la cama sin siquiera cambiarme. Miré al techo, las luces de la ciudad filtrándose por las cortinas semiabiertas. Todo se sentía demasiado intenso, demasiado rápido. El sabor de Vera todavía me ardía en los labios, como una provocación que no sabía cómo enfrentar.

Y el hecho de que hubiera volado hasta aquí, incluso me gustaba.

Mi teléfono vibró. Lo miré con el corazón en un puño.

Vera:

¿Te ha parecido mejor que un partido?

Solté una carcajada incrédula, mezclada con un gruñido frustrado. ¿Cómo podía ser tan arrogante incluso a través de un mensaje? Pero, para mi desgracia, también tenía razón. Había sido mejor que cualquier partido.

Apagué el móvil sin contestar, dejándolo boca abajo en la mesita. No podía lidiar con Vera Collins y su sonrisa de "te lo dije", no ahora. Y, sin embargo, mientras cerraba los ojos e intentaba dormir, su imagen no se esfumó. Ese maldito beso seguía repitiéndose en bucle. La forma en que me sostuvo. Su respiración entrecortada. Su mano rozando mi cintura con un descaro que me desarmó por completo.

Me alejé como si me hubieran electrocutado. Como si besar a Vera Collins no hubiera sido la mejor y peor idea del mundo al mismo tiempo.

9

“Esto no significa nada”.

Sentada en el sofá con una taza de té humeante entre las manos, deslicé el dedo por la pantalla de mi tablet hasta encontrar una entrevista reciente de Vera. La curiosidad me venció; quería escuchar de sus propios labios cómo había iniciado su carrera en el fútbol y quiénes habían sido sus referentes.

Al pulsar el botón de reproducción, su imagen apareció en la pantalla, con ese porte confiado y esa sonrisa característica que llenaba todo el encuadre.

Entrevistador:
Vera, cuéntanos, ¿cómo fueron tus inicios en el fútbol?

Vera:
Bueno, crecí en un pequeño barrio donde el fútbol era más que un deporte; era una forma de vida. Desde que tengo memoria, siempre había un balón rodando por las calles. Mis hermanos mayores jugaban y, aunque al principio me decían que era “cosa de chicos”, pronto se dieron cuenta de que podía darles pelea.

Entrevistador:
¿Hubo alguien que te inspirara a iniciarte como futbolista?

Vera:
Sí, absolutamente. Siempre admiré a Marta Vieira da Silva. Su habilidad, pasión y dedicación al fútbol eran inigualables. Recuerdo ver sus partidos y pensar: “Quiero jugar como ella algún día”. Marta rompió tantas barreras y demostró que el talento no tiene género.

Entrevistador:
Y ahora, estando en la cima de tu carrera, ¿cómo ves tu propio legado?

Vera:

Es curioso, nunca pensé en términos de "legado". Para mí, se trata de jugar con el corazón, darlo todo en el campo y, si en el proceso inspiro a una niña a perseguir sus sueños, entonces habré logrado algo significativo.

Apagué la pantalla y me recosté en el sofá, reflexionando. Vera siempre había sido una jugadora excepcional, y escuchar sobre sus humildes comienzos y su admiración por Marta me hizo verla bajo una nueva luz. No podía evitar sentir una punzada de envidia; mientras ella hablaba de inspirar a futuras generaciones, yo me encontraba lidiando con el inminente final de mi carrera. La idea de retirarme todavía me aterraba. ¿Qué haría después? El fútbol había sido mi vida, y la incertidumbre del futuro pesaba sobre mis hombros.

Sin embargo, había algo en sus palabras que me reconfortaba. Quizás, al igual que ella, podría encontrar una manera de seguir conectada al deporte que amaba, de inspirar a otros, incluso fuera del campo. Pero, por ahora, debía enfrentar la realidad de que mi tiempo como jugadora profesional estaba llegando a su fin.

****

El aroma a carne asada y maíz a la parrilla impregnaba el aire en el patio trasero de casa de mis padres, en Point Loma. Mi padre, manejaba la parrilla con la destreza de un chef experimentado, mientras mi madre, disponía una colorida variedad de ensaladas y guarniciones sobre la mesa de picnic. El sol californiano acariciaba mi piel, pero ni siquiera su calidez lograba disipar el torbellino de pensamientos que me consumía desde aquel beso con Vera.

Me apoyé en la barandilla de madera que delimitaba el patio, observando a mis sobrinos jugar en el césped. Sus risas resonaban como un eco lejano mientras mi mente se debatía entre la culpa y el deseo. Desde niña, siempre fui la que tomaba las decisiones correctas, la que seguía las reglas al pie de la letra. Mi madre, inmigrante mexicana, y mi padre, de

familia humilde, trabajaron arduamente para brindarnos una vida mejor. Mi madre, enfermera en el hospital local, y mi padre, carpintero, inculcaron en mí y en mis hermanos la importancia del esfuerzo y la dedicación.

Mi hermana mayor, Sofía, había seguido sus pasos en el ámbito de la medicina, mientras que yo me desvié hacia el fútbol, una pasión que descubrí en las calles polvorientas de nuestro vecindario. Mis padres apoyaron mi elección, aunque siempre con la preocupación latente de la inestabilidad que conlleva una carrera deportiva. Ahora, con el final de esta asomándose en el horizonte debido a una lesión persistente en la rodilla que iba y venía, esa preocupación se había convertido en una realidad palpable.

—Hija, ¿estás bien? —la voz suave de mi madre me sacó de mis pensamientos.

Asentí con una sonrisa forzada.

—Sí, mamá. Solo estaba recordando viejos tiempos.

Ella me estudió con esa mirada penetrante que siempre parecía ver a través de mis defensas.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad?

Tragué saliva, sintiendo un nudo formarse en mi garganta.

—Lo sé, es solo que... últimamente he estado lidiando con muchas cosas.

Mi madre asintió lentamente.

—La vida siempre nos presenta desafíos, pero recuerda que no tienes que enfrentarlos sola.

Antes de que pudiera responder, Cami, se acercó con una cerveza en mano, observándome con una ceja arqueada.

—¿Por qué te escondes como si hubieras cometido un crimen?

Solté una risa nerviosa, intentando restarle importancia.

—¿Yo? Para nada. Solo estoy... disfrutando de la barbacoa.

Cami entrecerró los ojos, claramente escéptica.

—Lydia, te conozco demasiado bien. Algo te traes entre manos.

Antes de que pudiera responder, sentí la vibración de mi teléfono en el bolsillo trasero. Lo saqué y vi la notificación de un mensaje. El corazón me dio un vuelco.

Vera:
Espero que no estés pensando en mí.

El mensaje iba acompañado de un emoji de guiño.

Intenté ignorarlo, guardando el teléfono de nuevo en el bolsillo. Pero la curiosidad y la inquietud eran demasiado fuertes. Cinco minutos después, lo saqué nuevamente y releí el mensaje unas veinte veces, buscando entre líneas algún significado oculto.

Cami notó mi distracción y se cruzó de brazos.

—¿Tu amante oculta? —se burló—. Tienes una cara...

—Nadie importante —mentí, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

Ella me estudió por un momento antes de encogerse de hombros.

—Está bien, sigue guardándote tus secretitos. Aunque cualquier cosa, ya sabes que aquí me tienes.

Asentí, agradecida por su comprensión. Pero, ¿cómo podía explicarle que mi enemiga en el campo de juego se había convertido en una obsesión fuera de él?

No es que Cami no lo supiera, de lo que no tenía idea, era de los sentimientos que crecían dentro de mí.

****

La tarde transcurrió entre risas, anécdotas familiares y el sonido chisporroteante de la parrilla. Sin embargo, mi mente estaba a kilómetros de distancia, atrapada en el recuerdo de los labios de Vera sobre los míos y en la electricidad que había recorrido mi cuerpo en ese instante.

Al caer la noche, mientras ayudaba a mi madre a recoger los platos, mi teléfono vibró nuevamente con otro mensaje:

Vera:
Estoy deseando volver a verte.

Mi respiración se entrecortó. ¿Qué pretendía con esos mensajes? ¿Por qué jugaba de esta manera conmigo?

Me alejé de la mesa con una excusa rápida y me dirigí al jardín delantero, buscando un momento de privacidad. Marqué el número de Vera antes de que mi racionalidad pudiera detenerme.

Ella respondió al segundo tono.

—Lydia —su voz era suave, casi seductora.

—¿Qué estás haciendo? —solté, intentando sonar firme.

—Solo me divierto un poco. Pensaba que te gustaba jugar —respondió con un deje de diversión en su tono.

—Esto... esto no significa nada —dije, más para convencerme a mí misma que a ella.

Ella rio suavemente.

—Si eso es lo que necesitas creer, adelante. Pero ambas sabemos la verdad.

El silencio se extendió entre nosotras, cargado de tensión y expectativas no dichas.

Finalmente, suspiré.

—Buenas noches, Vera.

—Dulces sueños, Lydia —respondió, y pude imaginar su sonrisa al otro lado de la línea.

Colgué, sintiendo que acababa de meterme en una piscina de agua helada y caliente al mismo tiempo. Un estremecimiento me recorrió de pies a cabeza, esa mezcla adictiva entre la incertidumbre y la adrenalina.

Volví al patio trasero, donde las luces cálidas colgaban entre los árboles como luciérnagas atrapadas en sus tarros, y mi familia seguía riendo, ajena al terremoto que era ahora mi cabeza. Mi madre me saludó desde la mesa con un gesto tierno, y por un momento, deseé volver a esa versión de mí que sólo se preocupaba por meter goles y no por si su supuesta enemiga iba a besarla otra vez.

Me senté en una de las sillas vacías, hundiéndome en ella como si pudiera desaparecer entre los cojines. Tomé una cerveza de la hielera, di un trago largo y cerré los ojos.

“No significa nada”.

Pero claro que parecía hacerlo. Porque si no, no estaría aquí, con el corazón galopando cada vez que recibía un mensaje suyo. No estaría repitiendo su nombre en mi cabeza como un maldito mantra. No estaría viendo su cara incluso con los ojos cerrados.

10

Encuentro furtivo.

Había formas sencillas de perder el control. La sala de eventos del hotel en Chicago estaba repleta de jugadoras, entrenadoras y entrenadores, y representantes de la NWSL. La liga había organizado una gala para celebrar su nueva asociación con e.l.f. Cosmetics, convirtiendo el evento en una mezcla de glamour y deporte a la que nunca acababa de acostumbrarme.

Me movía entre las mesas, sonriendo y asintiendo en las conversaciones, pero mi mente estaba en otra parte. O, mejor dicho, en otra persona. Desde nuestro último encuentro, había decidido mantener un poco las distancias y no responder a cada uno de sus mensajes. No necesitaba más complicaciones en mi vida, sobre todo con el anuncio de mi retirada en el horizonte, y menos con la prensa siempre al acecho.

Sin embargo, el destino parecía tener otros planes. Al otro lado de la sala, Vera destacaba incluso entre la multitud de atletas y celebridades. Su vestido negro abrazaba cada curva de su cuerpo, y su sonrisa iluminaba la habitación.

"No tenía idea de que iba a venir, joder."

Hablaba con un grupo de personas, pero sus ojos me encontraron en cuestión de segundos. Me sostuvo la mirada con una ceja ligeramente levantada, desafiándome.

Me giré rápidamente, enfocándome en la conversación que tenía con Cami y otras compañeras de equipo. Fingí interés, pero mi corazón latía con fuerza, consciente de su presencia en la sala

La noche transcurrió lentamente.

Entre discursos y brindis, evitaba mirar en su dirección. Sabía que cualquier interacción podría ser combustible para los rumores. Además, necesitaba demostrarme a mí misma que podía resistir su magnetismo.

De regreso en mi habitación, me desplomé en la cama, exhausta. Estaba a punto de dormirme cuando mi teléfono vibró en la mesita de noche. Con

el ceño fruncido, lo tomé y desbloqueé la pantalla.

Había un mensaje de un número desconocido:

Habitación 503. Si te atreves.

Mi respiración se detuvo por un instante. Sabía perfectamente de quién era ese mensaje. Me quedé mirando el teléfono, la tentación luchando contra la razón.

Sabía que lo más sensato era ignorarlo, dormir y prepararme para el entrenamiento de la tarde siguiente. Pero la curiosidad y el deseo eran fuerzas difíciles de combatir.

Antes de que pudiera detenerme, mis pies ya me llevaban hacia el ascensor. Pulsé el botón del quinto piso y observé cómo los números ascendían lentamente. Mi reflejo en las puertas metálicas me devolvía una mirada llena de incertidumbre y anticipación.

Frente a la puerta 503, levanté la mano para tocar, pero la puerta se abrió antes de que pudiera hacerlo. Vera apareció en el umbral, descalza, con una camiseta holgada que apenas cubría su ropa interior. Su pelo estaba ligeramente desordenado, como si acabara de salir de la ducha o de la cama.

—Sabía que vendrías —dijo con esa sonrisa arrogante que tanto me irritaba y atraía al mismo tiempo.

—No digas nada —respondí, entrando en la habitación y cerrando la puerta tras de mí.

Vera retrocedió, dándome espacio, pero sus ojos nunca se apartaron de los míos. La habitación estaba tenuemente iluminada, creando sombras que bailaban en las paredes. El ambiente estaba cargado de una tensión palpable, como si el aire mismo esperara lo que estaba por suceder.

—Atrévete a decirme que no me deseas —susurró Vera, acercándose lentamente, su aliento cálido rozó mi oído.

Mi fortaleza se desmoronó en ese instante cuando debería haber hecho lo contrario.

La atraje hacia mí y nuestras bocas se encontraron en un beso feroz, lleno de hambre y necesidad reprimida. Mis manos exploraron su espalda, sintiendo la suavidad de su piel bajo mis dedos. Ella respondió con igual

fervor, con las suyas deslizándose bajo mi camisa, tocando mi piel y encendiendo cada nervio de mi cuerpo.

Nos movimos torpemente hacia la cama, despojándonos de la poca ropa que nos quedaba en el camino. Cada caricia, cada beso, era una batalla por el control, una lucha por ver quién podía llevar al otro al límite primero.

Sus labios encontraron mi cuello, explorándolo con lentitud, con intención. Jadeé al sentir cómo uno de sus muslos se deslizaba entre los míos.

—Dime que no te lo has estado imaginando todos estos días —murmuró, sus labios rozando mi clavícula, húmedos, precisos.

—Cállate de una vez —espeté, enredando mis dedos en su pelo mientras me colocaba sobre su cuerpo.

Nos terminamos de desnudar sin prisa, pero con hambre. Sus manos acariciaron mis caderas, ascendiendo por mi cintura, delineando mi figura como si memorizara cada curva. Besó el centro de mi pecho, bajando lentamente, con una sonrisa peligrosa.

—Sabía que debajo de todo ese carácter, estabas esperando esto —susurró entre dientes y sus labios rozaron mi ombligo.

Mi piel ardía bajo sus dedos, bajo su lengua. Mi espalda se arqueó cuando exploró mi cuerpo con una devoción que me dejó sin aire, hasta que el sudor perló nuestras pieles.

La miré entre jadeos, perdida en la intensidad de sus malditas caricias.

—No juegas limpio, Collins.

—Nunca dije que lo haría —dijo, antes de hacerme olvidar cómo se pronunciaba mi propio nombre.

Mis dedos se aferraron a su pelo, se enredaron en él y disfruté como nunca de su lengua, y de cómo se hizo con cada curva de mi cuerpo sin necesidad de pedir permiso.

****

Minutos después, yacíamos juntas, nuestras respiraciones entrecortadas llenaron el silencio de la habitación. Me incorporé lentamente, buscando mi ropa esparcida por el suelo.

—¿Ya te vas? —preguntó Vera, apoyándose en un codo, con su pelo cayendo en cascada sobre su hombro.

—Esto no es buena idea, hay muchas cosas en las que deberíamos centrarnos —murmuré, evitando su mirada mientras me vestía.

Ella soltó una risa baja, casi burlona.

—Claro, Lydia. Sigue diciéndote eso.

Me giré para enfrentarla, sintiendo una mezcla de frustración y deseo.

—Eres una maldita pesadilla —gruñí.

Vera sonrió, esa sonrisa que prometía problemas y placer en igual medida.

—Nos vemos en los campos de fútbol, capitana.

Salí de la habitación sin mirar atrás, pero incluso mientras caminaba por el pasillo desierto, podía sentir su mirada siguiéndome. Debería sentirme culpable. Pero lo único que sentía era la necesidad de hacerlo otra vez.

11

Maldita Vera Collins

—¿Seguro que estás bien?

La voz de Cami sonó como un eco insistente por tercera vez en la última hora, y si le sumaba las miradas de reojo que Sam llevaba lanzándome desde que llegamos a la ciudad deportiva, sabía que mis excusas ya no colaban.

—Estoy bien —respondí, girando el cuello y enfocándome en mis estiramientos como si fueran lo más interesante del mundo.

—Estás que te creo —masculló Cami, cruzando los brazos con una ceja levantada.

No respondí. No podía hacerlo sin soltar una sarta de barbaridades que no venían a cuento. Porque la verdad era que no estaba bien. Mi cuerpo se encontraba ahí, entrenando, mis pies obedecían, mi respiración se regulaba como debía… pero mi cabeza estaba en otra maldita parte. En otra habitación. En otra noche que no dejaba de repetirse en bucle, incluso en momentos más inoportunos.

Y para colmo, Vera parecía divertirse muchísimo con ello.

Te he visto jugar. No sabes lo caliente que me has puesto.

Decía uno de sus mensajes.

Ojalá pudiera pillar un vuelo y follarte ahora mismo.

Escribió en otro, y yo me había quedado mirando la pantalla como si estuviera viendo una película erótica a cámara lenta.

Y claro, en aquel momento, a diez minutos de salir al campo, había respondido lo único que se me ocurrió con algo de dignidad:

Yo:
Déjame centrarme en el partido.

Pero eso era precisamente lo que no podía hacer.

****

El partido del sábado llegó rápido, y con él, la tormenta perfecta: mi cuerpo cansado, mi mente distraída, y una defensa que parecía hecha de papel mojado y por el que se colaban todos los balones. Jugábamos contra el Racing Louisville y, desde el minuto uno, su delantera nos presionó con una intensidad infernal.

Normalmente, habría sido un reto que me emocionaría. Un partido tenso, físico, sucio. De esos en los que terminas con marcas por todo el cuerpo que te recuerdan por qué amas el fútbol. Pero esa tarde, yo estaba desconectada.

Una jugada por la banda derecha, centro raso al área pequeña, y yo… llegando demasiado tarde a mi marca. Desastroso y…

Mi marcaje, desastroso.

Gol.

—¡Joder, Lydia! —gritó Rachel, nuestra lateral izquierda, corriendo hacia mí mientras recogíamos el balón del fondo de la red—. ¡¿Estás en el puto partido o qué?!

—Sí… —murmuré, pero ni yo me creía.

La segunda parte no fue mucho mejor. Cometí una falta innecesaria que me costó una amarilla y regalé un balón que casi se convierte en otro gol. Al final, conseguimos mantener el empate a uno, pero cuando llegamos al vestuario, el silencio fue espeso como el sudor que empapaba nuestras camisetas.

Me senté en el banco de la esquina, pasándome una toalla por el cuello, evitando las miradas del resto de mis compañeras.

Pero no funcionó.

—¿Puedo preguntarte qué coño te pasa? —dijo Rachel, sin filtros, parándose frente a mí.

Levanté la vista, con el orgullo dañado.

—Nada. Estoy bien.

—Y una mierda, hoy has jugado como el culo. No has hecho ni una sola jugada bien. ¿Qué tienes en la cabeza, Thomas? ¿O debería decir *quién*?

No fui capaz de responder.

—Mira, lo que hagas con tu vida me importa una mierda. Pero cuando estás en el campo, tienes que estar en el puto campo. Y si lo tuyo con esa… —hizo una pausa dramática— …rival, está empezando a joder tu forma de jugar, más te vale dejarlo. Por más que le duela a vuestras queridas fans.

Sentí una punzada en el pecho, entre rabia, vergüenza y algo mucho más difícil de admitir.

Y lo curioso es que no me defendí. No podía. Porque Rachel tenía razón.

****

Esa noche, me encerré en la habitación del hotel con la tele encendida solo para que hiciera ruido de fondo. Tenía el móvil en la mano y la conversación con Vera abierta. No había contestado a sus últimos mensajes. Había fingido distancia. Pero mi mente estaba todavía reviviendo su voz jadeando mi nombre, su cuerpo sobre el mío, su maldita sonrisa después de un orgasmo increíble.

Y ahora, después de una mierda de partido, ahí estaba yo, con los nudillos blancos de tanto apretar el puto teléfono.

—Esto es solo físico —me dije en voz baja—. Deseo. Pura química. Nada más.

Me recosté contra la almohada, cerrando los ojos.

Pero volví a revivir todo. Su boca. Su mirada. Sus dedos rozándome como si supiera exactamente dónde y cómo tocarme. Y, sobre todo, lo que me decía justo antes de perderme del todo:

“Dime que no te lo has estado imaginando todos estos días.”

****

—¿Vas a quedarte todo el día encerrada como un bicho raro o vas a salir a cenar con nosotras? —preguntó Cami, golpeando la puerta con los nudillos poco después.

—No tengo hambre.

—Mentira número setecientos.

Suspiré.

—¡Solo necesito pensar! —gruñí levantando la voz.

—¿En Vera? —preguntó sin más.

Silencio.

—Mira Lydia… tienes que decidir qué quieres. Porque la estás dejando entrar en tu cabeza, y cuando lo hace, jode todo lo demás. Incluso tu magnífico juego. Y tú sin fútbol… no eres tú.

Me giré hacia la pared, apretando los ojos. Cami tenía razón.

Yo sin fútbol no era yo. Pero eso no cambiaba el hecho de que cuando pensaba en Vera, el fútbol… extrañamente pasaba a un segundo plano. Algo a lo que tendría que acostumbrarme en pocos meses.

—Si quieres venir con nosotras, estaremos abajo.

—¡Vale!

Me giré sobre la cama y miré la pantalla del teléfono. Vera me había enviado otro mensaje.

Vera:

Sigo pensando en ti, capitana. ¿Jugamos otra ronda?

No le respondí. Pero tampoco borré el mensaje. Ni cerré la conversación.

Y ahí supe que no se trataba solo de deseo. Que lo que estaba produciendo Vera en mí, era muy distinto a querer que solo jugase conmigo. Y esto, no estaba en mis malditos planes.

12

Esto no es solo un juego.

Hay días en los que el universo se despierta con ganas de joderte.

Y no hablo de una mala jugada durante un entrenamiento o de una torcedura de tobillo a última hora. Hablo de esos días en los que, sin previo aviso, todo parece estar diseñado para meterse bajo tu piel… y justo cuando crees que has recuperado el control, aparece una Vera Collins que, con su sonrisa de "sé exactamente lo que estás pensando", puede llegar a convertir tu alma en una revolución.

Y yo, estaba a una notificación de perder por completo la compostura.

—¿Seguro que no quieres comprarte nada? —preguntó Daisy mientras entrábamos en una tienda de ropa vintage con demasiadas cosas colgando del techo y demasiada personalidad en cada rincón.

—No, gracias. Lo último que necesito es acumular más cosas que no voy a usar —respondí, distraída, con el teléfono vibrando por tercera vez en menos de dos minutos en el bolsillo de mi chaqueta.

Daisy me miró de reojo, con una ceja levantada.

—¿Va todo bien?

—Sí, de maravilla… —Saqué el móvil y lo desbloqueé—. Solo son los mensajes del grupo del equipo.

Una mentira descarada. Porque sabía perfectamente por qué vibrara sin cesar.

Era Cami. Otra vez.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó Daisy, rebuscando entre los percheros.

Mi hermana siempre había tenido un don espectacular para saber cuando le decía o no la verdad.

Leí el mensaje en voz alta.

—"Por favor entra a Twitter. Ya. Confía en mí."

Daisy se giró en seco y abrió los ojos como platos.

—Eso suena a caos. ¡Dame el teléfono!

—Ni lo sueñes.

Luchamos durante varios segundos por ver quién pillaba el teléfono, ajenas a las miradas de la clientela que nos observaba como si fuéramos dos crías pequeñas.

—No pienso distraerme con esto —espeté.

Pero claro, yo no tengo autocontrol, así que, terminé por abrir Twitter.

Y ahí estaba.

Un video en primer plano y sin vergüenza alguna: Vera Collins, en medio de un evento, riéndose a carcajada limpia con una jugadora del OL Reign. La otra le acariciaba el brazo. Vera le devolvía la sonrisa. Una complicidad demasiado… obvia.

Justo encima del video decía, en letras mayúsculas:

"¿A VERA COLLINS LE VA EL JUEGO DIRECTO CON SUS RIVALES?"

Y en los comentarios, se había desatado el infierno.

GIFs. Capturas. Comparaciones con nuestras fotos del partido. Tweets citando mi nombre.

Y luego, venían los comentarios:

"Lydia Thomas viendo esto: 😨🔥"

"La tensión sexual con Lydia era mejor, Vera pls."

"Si Thomas no le parte la cara a esa chica en el próximo partido, nos descepcionará como fandom."

Daisy se acercó como una abeja a la miel, leyó por encima de mi hombro y soltó una carcajada al ver el impacto que me había creado lo que estaba leyendo.

—Vaya, vaya, mi hermanita celosa.

—No estoy celosa —repliqué de inmediato, guardando el teléfono como me quemara en las manos

—Lydia… admítelo.

—No.

—Lydia.

—¡Daisy, para ya! —gruñí, llamando la atención en toda la tienda.

—Estás actuando como una novia celosa, punto. Y eso que ni siquiera eres su novia —dijo con una sonrisa tan grande que quise tirarle una percha a la cara.

—Solo me molesta que la gente saque conclusiones de la nada —dije, cruzándome de brazos mientras fingía ver unos pantalones horribles.

—Claro. Porque lo que pasa entre tú y Vera… es *nada*, ¿verdad?

—Exacto.

—Y ese "nada" te tiene tragando veneno porque otra se le ha puesto cariñosa y tiene más disponibilidad de tiempo que tú con ella.

—¡Se llevan demasiado bien!

—Ahí está —dijo triunfante, señalándome con el dedo—. Te declaro culpable de todos los hechos. Estás celosa y lo sabes.

Me giré hacia otro perchero. Necesitaba un cambio de tema, una bocanada de aire… o que alguien me metiera en una jaula y me encerrara hasta el final de temporada.

El problema era que no se trataba solo del video. Se trataba de la forma en que mi pecho se encogió cuando lo vi. De cómo mi estómago se revolvió con esa familiar punzada de rabia disfrazada de desinterés.

Intenté seguir el resto de la tarde como si no pasara nada. Sonreí a medias, fingí que me importaban las rebajas, tomé un café con Daisy y hasta hablamos de cualquier cosa que no fuera fútbol. Pero todo el tiempo, tenía ese maldito cosquilleo en el cuerpo.

Y claro, el universo no iba a dejarme tranquila.

Cuando volví al apartamento, con el sol cayendo sobre el horizonte, el teléfono vibró una vez más.

Vera:

Espero que cuando nos veamos, vengas a reclamar lo que es tuyo.

"Seguro que ha visto el drama en twitter."

Me quedé sentada en el borde de la cama, con el mensaje abierto y los dedos temblando sobre la pantalla.

Quise lanzar el teléfono por la ventana. O responderle con un insulto. O enviarle algo igual de provocador.

Pero no hice nada.

Solo lo leí. Una, dos, diez veces. Cami me llamó un par de minutos después.

—¿Estás respirando? Porque Twitter está *on fire*, y tú no has dicho ni pío.

—¿Qué se supone que tengo que decir?

—No sé, ¿algo? ¿Una indirecta? ¿Un meme pasivo-agresivo? ¿Una foto tuya con un cartel que diga "Collins es mía"?

—Cami, por favor…

—No me digas que no te ha afectado, si hasta se te nota en los entrenamientos.

—Porque no me afecta —gruñí.

—¿Entonces por qué estás hablando con ese tono de "estoy a punto de borrar mis redes y cortarme el pelo para iniciar una nueva etapa"?

Solté una carcajada.

—Porque no entiendo este maldito juego.

—¿Qué juego?

—El suyo. El mío. Lo que sea a lo que estamos jugando. Un día me dice que me desea, al siguiente se ríe con otra como si yo no existiera. Y yo... ya no estoy segura de que esto sea solo por… —me tragué las palabras—. No sé, llamar la atención.

Cami bajó la voz.

—¿Y qué es lo que quieres tú, Lydia?

Esa era la maldita pregunta, ¿no?

No sabía si quería gritarle, besarla, bloquearla o llevármela a la cama otra vez.

Quizás las cuatro cosas no en ese orden específico.

Me despedí de Cami y dejé el móvil boca abajo sobre la almohada. Cerré los ojos. Pero no pude dormir. Porque seguía sin entender nada.

Y lo peor… es que estaba empezando a necesitar dar con esas respuestas.

13

¿Jugando sucio?

Hay cosas que una debería poder ignorar y joder, hacerlo con firmeza. Cosas como las notificaciones de mi móvil en plena madrugada. O los recuerdos de un cuerpo que ya me he aprendido de memoria. También esa maldita sonrisa que aparece en entrevistas y te atraviesa la pantalla como si supiera exactamente lo que estás pensando.

Y que, irremediablemente. Me estaba volviendo loca.

****

—Ni se te ocurra ponerla —le gruñí a Cami.

—Tarde, acabo de hacerlo.

—¡Maldita cabrona! —espeté, ella se echó a reír y se metió un puñado de patatas a la boca.

—Lo siento, Thomas. Tendrás que aguantar nuestro *shippeo*.

Bufé, poniendo los ojos en blanco.

Daisy se tiró a su lado en el sofá con una bolsa de palomitas, como si las dos estuvieran viendo el estreno de una telenovela. Que, si lo pensaba bien, era exactamente como se veía mi vida en ese momento. Tenía de todo: drama, giros inesperados y un público expectante que no se perdía detalle de cualquier novedad.

En la pantalla, Vera apareció perfecta, maquillada, radiante y con ese maldito aire de superioridad que odié unos treinta segundos. Estaba sentada en un plató elegante y la periodista frente a ella, le dedicó una sonrisa de complicidad.

—No me vas a negar que atrae a todo el mundo —comentó Cami.

—Cállate de una vez —gruñí, y me senté en el sillón libre.

—Vera, vamos al grano —dijo la entrevistadora—. Los fans no dejan de hablar de ti y la capitana del Portland Thorns, Lydia Thomas. ¿Qué hay entre vosotras? ¿Rivalidad? ¿Tensión? ¿Algo más… íntimo?

El corazón se me detuvo medio segundo. Cami bajó el volumen del televisor, pero no lo suficiente como para que no llegase a escuchar lo que respondió a continuación:

—¿Mi relación con Lydia? —repitió Vera con una sonrisa perezosa—. Digamos que… disfruto mucho de cualquier desafío. Y ella es mi favorito.

Daisy soltó una carcajada.

—¡Cómo puede ser tan descarada!

Cami me miró como si estuviera viendo a un volcán a punto de hacer erupción.

—¿Vas a hacer algo al respecto o vas a seguir apretando los dientes como si no quisieras tirártela sobre esa mesa?

—¡Cállate de una puta vez! —espeté, tirándole un cojín a la cara.

Mi hermana parecía ser la que más disfrutaba del espectáculo.

—¿Qué? Ya hemos pasado la fase de la negación, ¿no?

No respondí. Estaba demasiado ocupada viendo cómo Vera cruzaba las piernas en cámara y sonreía como si no acabara de incendiar el planeta entero. Twitter estaría que arde.

La entrevista siguió su curso, pero yo ya no escuchaba nada. Mi teléfono empezó a vibrar. Notificaciones de Twitter, Instagram, mensajes en el grupo de WhatsApp del equipo… Habían recortado la frase exacta de Vera y la estaban compartiendo como si fuera un manifiesto al que rezarle dentro de este maldito fandom.

“Vera Collins CONFIESA la atracción que siente por Lydia Thomas.”

“¿Más que rivales?”

“¡La química traspasa el campo!”

“¿Un amor fuera de juego? ¡Queremos saber más!”

La prensa lo estaba disfrutando. Y, para variar, Vera parecía encantada.

“Está jugando con fuego”.

—No puedo con esto —murmuré, cruzándome de brazos—. Se está riendo en mi cara y todo el mundo la está viendo.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Daisy, con los ojos brillando por el espectáculo.

—Le voy a escribir ahora mismo —dije, ya tecleando en el teléfono—. Se ha pasado, joder.

—¿Vas a mandarle un mensaje caliente o a echarle la bronca de verdad? —preguntó Cami, haciendo que la fulminara con la mirada.

—¿Tú que crees?

—Que enfadada o no, la vas a poner caliente igual —dijo Daisy, dándome una palmadita en la pierna.

No les hice caso. Escribí sin pensarlo mucho, dejando que la rabia y la humillación guiaran mis dedos:

Yo:
¿Quieres que toda la maldita liga piense que estamos follando?

La respuesta llegó tan rápido que parecía que Vera estaba esperando el mensaje con una copa de vino y una sonrisa en los labios. Su imagen no estaba en pantalla.

Vera:
¿Es que no lo hacemos?

Mi hermana pequeña y mi mejor amiga vieron cómo el alma me abandonó el cuerpo. Cami jadeó dramáticamente, y Daisy se tiró de espaldas en el sofá como si estuviera viendo el final de una serie.

—¡Dios, qué arte tiene! —dijo Daisy entre carcajadas.

—¡No tiene ni puta gracia! —protesté, pero nadie me estaba tomando en serio.

—Vamos, Lydia —dijo Cami, ya sin la menor intención de contener su risa—. Esto es oro puro. ¡Y ni siquiera ha tenido que confirmar las insinuaciones de verdad para que el mundo supiera de lo que hablaba!

—Exacto —añadió Daisy—. Eres su "desafío favorito". ¡Es hasta casi romántico!

—No necesito romanticismo de alguien que hace esto por puro espectáculo. Para... para...

—¿Para qué, Lydia?

Me callé.

Porque la verdad era que no lo sabía. No sabía si Vera estaba jugando conmigo o si, en su mundo caótico y provocador, esta era su forma de decir que le importaba. O al menos... que yo le importaba *algo*.

Mi teléfono vibró otra vez.

Vera:

No mientas, Thomas. Te encanta ver cómo disfruta la gente, tanto como a mí.

Sentí que me ardían las mejillas. Pero no respondí.

Me levanté del sofá y caminé hacia la cocina, necesitaba alejarme de las bromas, de las pantallas, de las miradas inquisitivas. Abrí la nevera sin saber qué hacer y cerré la puerta de golpe.

Estaba frustrada. No solo con Vera, también conmigo. Porque no era una idiota. Sabía que este tipo de juego tenía un precio. Y yo, que siempre había sido tan firme, tan controlada… estaba perdiendo el control.

Volví a la sala con la excusa de buscar mi chaqueta.

—¿A dónde vas? —preguntó Cami, alzando una ceja.

—A correr.

—¿De noche?

—Mejor. No hay prensa. Y puedo gritarle a la luna sin que nadie me grabe.

Daisy rio, pero su mirada se suavizó.

—¿Te largas de tu propia casa?

—He dicho que necesito respirar, joder —gruñí.

—Lydia… ¿no te cansa no saber si estás en un juego o en algo real?

No respondí. Porque la verdad es que sí me cansaba. Pero más que eso… me estaba enganchando y aunque no entendía este juego, no podía dejar de jugar.

14

Presión en la grada.

Hay cosas que deberían haber pasado ya. Como superar el drama post-entrevista. Como dejar de pensar en alguien que claramente disfruta arruinando mi paz mental. Como, no sé, volver a dormir una noche entera sin soñar con una sonrisa que se me queda grabada detrás de los párpados.

Pero no. Eso no ha sido mi caso.

Vera y yo llevábamos días sin hablarnos desde aquel jueguecito mediático suyo. Yo, como buena defensora de mi estabilidad emocional, la había bloqueado en WhatsApp (temporalmente, claro), silenciado en Instagram (solo sus historias) y había evitado abrir cualquier entrevista o tuit con su cara.

Aun así, no dejaba de pensar en ella. Porque me era meramente imposible.

Y para colmo, poco después nos habían enviado a Los Ángeles para jugar un partido que habían cambiado de ubicación para hacer algo grande, atraer a las masas. Portland Thorns contra Gotham FC en el BMO Stadium, como parte de un fin de semana "especial de eventos" que incluía retransmisiones y un despliegue mediático al que solo le faltaba una alfombra roja.

—¿Y adivina quién juega también mañana en el estadio? —dijo Cami desde la cama del hotel, agitando el móvil.

—No me lo digas.

—San Diego. Contra Angel City. ¿Y adivina quién ya está alojada en este mismo hotel?

—Perfecto —bufé, lanzándome de espaldas contra la almohada—. Como si no fuera suficientemente incómodo ver a Vera en mi hotel, ahora la voy a tener a una grada de distancia.

—Tendrás que arreglarte un poco antes de verla, ¿no? —dijo Cami, tirándome una toalla a la cara desde el aseo.

—¡Cállate de una vez! —gruñí.

****

El día del partido amaneció con esa brisa traicionera de California: soleada, templada, ideal para correr... y sudar puros nervios. El BMO Stadium era una olla a presión que te ponía los pelos de punta. La grada retumbaba, y las cámaras ya estaban grabando incluso el calentamiento.

Lo supe desde que puse un pie en el terreno de juego: estaban mirándome. No solo al equipo. A mí.

Y sí, por supuesto, no tardé en encontrarla entre la multitud. En uno de los palcos laterales, con las gafas de sol puestas, vestida con ropa del equipo como si no fuera una distracción andante.

Maldita Vera Collins. Sonriendo. Mirándome. Como si supiera exactamente lo que provocaba.

Tragué saliva.

Tenía que concentrarme. En el balón. En el rival. En no mandarla a la mierda en mitad del partido.

****

Gotham empezó fuerte. Presionaban alto y con agresividad. Me tocó marcar a Lynn Williams, lo que básicamente era como intentar detener a una tormenta con una sombrilla rota. Pero yo estaba lista y mentalizada para ello.

Al menos hasta que la voz del comentarista, amplificada en los altavoces de fondo, soltó:

—"Y en el palco podemos ver a Vera Collins, estrella del San Diego Wave, siguiendo de cerca este partido… especialmente a su "rival" Lydia Thomas."

Quise gritar. Pero logré concentrarme y Cami me lanzó una mirada desde el centro del campo, diciéndome "Respira", y eso es justo lo que hice.

En el minuto 12, intercepté un pase peligroso, lo recuperé, giré sobre mi propio eje y envié un pase largo a la banda. El estadio rugió. Bien, íbamos

bien.

En el minuto 25, hubo una falta a mi favor tras anticiparme en el área. Me levanté sin mirar a la grada, pero sabía que todo el mundo estaba pendiente.

En el minuto 31, Lynn me regateó, y sí, me jodió viva. Pero le metí el cuerpo y recuperé al borde de la línea de fondo. La tribuna se levantó.

Todo el estadio volvió a aplaudir.

Y aun así, mis ojos volaron hacia el palco, justo donde estaba Vera, donde incluso en la distancia, la vi levantando la botella de agua en mi dirección. Un brindis mudo. Arrogante. Y sexy como el infierno.

****

El partido avanzó como si los minutos estuvieran arrastrándose con nuestros movimientos. Íbamos 1-1, y la tensión crecía en cada pase y pérdida de balón. Gotham tenía una línea ofensiva muy agresiva y nosotras estábamos al límite.

En el segundo tiempo, tuve una jugada crucial, un centro desde la derecha, la delantera rival se adelantó, pero yo me lancé al cruce con una entrada milimétrica que me nació por puro instinto. El balón salió rebotado, limpio y sin cometer falta.

El público estalló en vítores.

Me levanté con el pulso por las nubes a pesar de que mi rodilla ya se estaba quejando. Las cámaras me enfocaron, pero no fue la única mirada que sentí sobre mí.

Con el marcador 1-1 quedaban pocos minutos para el final del tiempo añadido. El estadio rugía como si cada grito pudiera empujar el balón dentro de la portería rival. Nos habían pitado córner tras una internada rápida por la derecha, y mientras caminaba hacia el área, mi corazón latía como un tambor de guerra.

Cami fue hacia el banderín para lanzar el córner y yo me quedé en mi posición habitual, pegada al segundo palo. Sabía lo que iba a hacer: un centro tenso al punto penalti, tenía la habilidad de leerla con los ojos

cerrados. Habíamos ensayado esa jugada mil veces. Pero esta vez, tenía algo más empujándome por dentro. Algo que me hervía en la sangre. Un nombre, una sonrisa, unos ojos en la grada.

Vera.

Cami levantó la mano, dándonos la señal. Pisé fuerte con el izquierdo. Uno. Dos. Salí de mi marcaje como una flecha. El centro fue perfecto, cruzando el aire con la precisión de un puñal y salté, sintiendo los dedos de una defensora rozándome la cintura.

Cerré los ojos y conecté con el balón, como si fuera parte de mí. Un impacto limpio, violento. La pelota voló dentro de la red, y el estadio estalló.

Gol.

Abrí los brazos mientras corría hacia la banda, gritando, liberando todo lo que tenía dentro de mí. Cami me alcanzó con un salto que casi me derribó, igual que el resto del equipo.

—¡Por fin, joder! —me gritó, riéndose.

Pero mis ojos no la buscaron a ella, buscaron el palco.

Vera estaba de pie, aplaudiendo

Con una sonrisa que era puro desafío.

Cuando el árbitro pitó el final, el marcador siguió 2-1. No fue nuestra mejor victoria, pero había sido una batalla limpia. Dura. Intensa. Como las que me gustaban. Como las que me distraían de lo demás.

Salí del campo con los muslos ardiendo, el corazón latiéndome en las orejas, y la prensa esperándome junto al túnel de vestuario. Hice un gesto con la cabeza y pasé de largo. No estaba para titulares.

Ni para entrevistas.

Ni para nadie más

Aunque sabía perfectamente que ella no pensaba igual. Y cuando llegué a los vestuarios, mi teléfono ya tenía una notificación suya.

Vera:

Bonito cruce en el 68’. Estabas preciosa deslizándote por el césped.

Me apoyé en la taquilla sin responder. Y un segundo después, esbocé una sonrisa.

15

Tú y yo.

Estaba recién salida de la ducha, con el pelo mojado y la piel ardiendo por la adrenalina del gol, cuando tocaron la puerta y mi cuerpo se estremeció al instante. No me hizo falta acercarme para saber que era ella.

Me puse la camiseta más grande que encontré, sin sujetador y con el pantalón corto de entrenamiento. Caminé hasta la puerta como si me llevaran los pies, y no la cabeza. Vera sonrió en cuanto abrí la puerta. Tenía una mano apoyada en el marco y llevaba puesta la chaqueta de cuero negra que parecía hecha a medida para la provocación.

—Hola, capitana —dijo con ese tono que usaba cuando sabía perfectamente que estaba cruzando una línea.

Me quedé en silencio. Apretando los dedos en el marco de la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba de paso y… pensé que sería una lástima no saludar a la goleadora del día —inclinó la cabeza, descarada—. Menudo golazo, por cierto. Me mojaste más que la cerveza del palco.

—Vera…

—¿Qué?

Respiré hondo. No quería esto. No después de su jueguito con los medios. Pero ahí estaba, con esa mirada de lobo, y con una actitud que volvía el aire más denso cada segundo que pasaba.

—¿Tú te crees que esto es gracioso? —solté de golpe—. ¿Lo de la entrevista? ¿La frasecita esa de “mi favorita”? ¿Te parece divertido?

—Lo fue. Admitámoslo, sonó precioso.

—¡No soy tu juguete, Vera!

—Claro que no —dijo dando un paso al frente, bajando el tono de su voz—. Eres mucho más divertida que un juguete.

Mis dedos temblaron.

—Eres insoportable. No te aguanto —gruñí.

—Entonces dime que me odias —susurró—. Dímelo mirándome a los ojos y te juro que me voy, y no te vuelvo ni a escribir.

La miré, claro que la miré. Con la boca abierta y el pecho agitado.

No pude decir nada. La rabia se mezcló con la tensión, con el deseo, con el fuego que llevaba días subiendo por dentro de mí sin encontrar salida. La odiaba. Pero la necesitaba. Y ella lo sabía.

Así que la empujé.

La sujeté de la chaqueta y la estampé contra el interior de la habitación, cerrando la puerta de un portazo, sin importarme que mis compañeras de equipo pudieran haber escuchado algo.

Sus labios se curvaron, justo antes de que los tomara con los míos.

El beso no fue suave. No fue dulce. Fue de hambre, de guerra. Fue un "me hartas, pero no puedo dejar de tocarte, ni de pensar en ti".

Vera gimió contra mi boca, y eso fue todo lo que necesité para perder la cabeza.

Sus manos encontraron mi cintura, me empujó hasta la pared y su pierna se deslizó entre las mías. La camiseta me colgaba de un hombro. Sentí su lengua, sus dientes, su respiración agitada en mi cuello.

—No te mientas, capitana —dijo contra mi oído, entre besos húmedos —. Te encanta que te provoque allá por donde vaya.

No respondí. Le arranqué la chaqueta. Ella me levantó la camiseta y sus labios saborearon mi pecho. Solté un gemido ahogado que no pude contener.

A los pocos segundos, caímos sobre la cama, entre risas nerviosas y gruñidos de placer que salían una y otra vez.

Me aferré a sus caderas mientras se movía sobre mí, mientras sus dedos me hacían olvidar mi nombre, dónde estábamos, incluso el gol de hoy y la maldita liga entera.

—¿Ves? Esto te gusta demasiado —susurró con una sonrisa, bajando por mi vientre.

—Cállate —le respondí, tirando de su pelo—. Solo cállate.

Pero, por supuesto, no lo hizo. Vera nunca obedecía. Y eso, por razones que no entendía del todo, me enloquecía.

Sus labios descendieron con lentitud exasperante, dejando un camino de besos húmedos desde mi ombligo hasta mi sexo, donde la necesitaba sin esperas. Su lengua rozó mi piel con precisión quirúrgica, como si supiera exactamente qué parte de mí rogaría por más. Jadeé, entrecerrando los ojos, el cuerpo arqueándose sin permiso, como si el control ya no fuera mío. Y estaba claro que no lo era, porque Vera sabía cómo desarmarme con apenas dos movimientos.

—Tan mandona en el terreno de juego —susurró—. Y tan dulce cuando pierdes el control.

—Eres una idiota —murmuré, pero mi voz se rompía entre gemidos.

Ella rio, bajito, contra mi muslo, justo antes de que su boca me devorara entera. Entonces dejé de pensar. Dejé de resistirme. Dejé de fingir.

Mis manos se enredaron en su pelo, mis caderas temblaron bajo su lengua, y mi espalda se arqueó una vez más, completamente suya.

Y por un momento, solo uno, no me importó el escudo del Portland ni las cámaras ni la imagen ni el secreto que tanto protegía.

Solo quería a Vera. Así. Despiadada. Adictiva.

Y mía.

****

Minutos, quizás horas después, yacíamos en silencio. Solo nuestras respiraciones llenaban la habitación. Vera tenía un brazo cruzado bajo su cabeza, los labios ligeramente rojos, el pelo alborotado. Yo estaba de lado, observándola, aún sin palabras.

—¿Vas a decir algo? —preguntó sin mirarme.

—No.

—Bien. Me gusta cuando estás callada. Te hace más… manejable.

La miré de reojo.

—Vas a conseguir que te saque de aquí a patadas —suspiré.

Ella sonrió, pero no se movió. Cerró los ojos por un segundo, como si disfrutara el momento demasiado.

Yo me senté al borde de la cama, recogiendo mi camiseta del suelo.

—¿Me vas a dejar aquí sola? —se quejó a mi espalda.

—No quiero que nadie te vea saliendo por mi puerta en plena madrugada.

—Vaya, así que sigues preocupada por tu imagen.

—Sigo preocupada por no convertir esto en una maldita telenovela.

Ella se levantó tras de mí, desnuda y preciosa, caminando hasta donde yo estaba, y después, me abrazó por la espalda.

—Lástima. Porque este capítulo ha estado de maravilla.

La miré a través del espejo, y lo supe, estaba perdida.

Sentí su respiración contra mi cuello. Su abrazo no era uno casual. No era solo deseo, sino algo más. Algo que dolía y calmaba al mismo tiempo.

—Vera… —empecé, bajando la mirada—. No podemos seguir así.

—¿Así cómo? ¿En mi cama? ¿En tu cama? ¿En la de un hotel?

—En público —solté con un suspiro. Me giré un poco para mirarla de frente—. Están hablando de nosotras como si esto fuera un reality show. Como si solo estuviéramos jugando a ser el tema caliente de nuestras rivales. Y yo… no vine al fútbol para esto.

Ella me sostuvo la mirada. No dijo nada por unos segundos. Su mirada era intensa, atenta, y muchas cosas más.

—¿Crees que todo esto va a hacer que juegues peor?

—No lo sé —confesé—. Pero no quiero que afecte al equipo. No quiero que te afecte a ti. A tu carrera. Tienes años por delante. Estás en tu mejor momento. Y yo...

Me detuve. La frase se quedó colgando entre nosotras, temblando como una hoja a punto de caer. Estuve a punto de decirlo, de hablarle de mi retirada. De lo que me esperaba al final de esta temporada.

Pero no lo hice.

Porque ella dio un paso más, cerrando la distancia, sujetándome la cara con ambas manos.

—Lydia. Escúchame bien. Yo juego mejor cuando sé que tú estás en las gradas o atenta tras una pantalla. En el campo. En mi vida. No me importa lo que diga la prensa. Ni los fans. Ni siquiera esa cuenta loca que sube edits nuestros con música romántica de los 2000. Me importas tú.

Tragué saliva.

—¿Y si no sale bien?

—Entonces ya lo veremos. Pero prefiero equivocarme contigo que seguir pretendiendo que esto es solo un juego. Porque no lo es.

Mi corazón latía como si acabara de correr noventa minutos. Su voz, su gesto, esa vulnerabilidad sin maquillaje me golpeaban con más fuerza que cualquier entrada rival.

—Tú y yo —dije, apenas un susurro—. ¿Fuera de juego?

Vera asintió.

—Tú y yo. Con todo lo que eso signifique.

Y cuando la besé, ya no fue con rabia. Fue con miedo, con esperanza, con una promesa que ni siquiera me atreví a decir en voz alta.

16

Mentiras arriesgadas.

Mi vida se había convertido en una coreografía de vuelos secretos, mensajes a escondidas y escapadas cronometradas. Y todo para estar con Vera. Lo más irónico de todo era que, después de años de enfrentamientos públicos, ahora parecíamos agentes de la CIA en plena misión clandestina. Nada de subir fotos juntas. Nada de verse en los estadios, cada vez que se nos presentara la ocasión. Nada de sonrisas cómplices frente a las cámaras cuando nos hacían hablar de la otra… Solo existían días libres, los aeropuertos con gafas de sol y las habitaciones de hotel con las cortinas siempre cerradas.

Algo que nos merecía totalmente la pena.

Porque cada vez que abría la puerta y la veía con esa sonrisa y los ojos encendidos de deseo, el mundo que existía a nuestro alrededor se me olvidaba. Y aunque solo fueran 36 horas a solas, sin la presión del fútbol ni los focos, me bastaban. Me bastaban para que todo doliera menos. Incluso el miedo. Incluso la fecha de una retirada que estaba cada vez más cerca.

****

Estaba en casa de mis padres, en el porche trasero, con Daisy y mi madre preparando una comida familiar. El sol se colaba entre los listones de madera, y el olor a carne asada flotaba en el aire como una canción de infancia.

—¿Ya has pensado cómo vas a anunciarlo? —preguntó Daisy, sentándose a mi lado con una cerveza en la mano.

—¿Anunciar qué?

—Que esta es tu última temporada. Que Lydia Thomas se retira del campo para siempre.

Suspiré y me removí en la silla.

—Pensaba hacerlo en el aniversario de las Thorns. Ya sabes, como algo grande y significativo, con dignidad. Como se supone que debe hacerse.

Daisy me observó en silencio un momento, tenía la mirada más seria de lo habitual.

—¿Y Vera lo sabe?

Me quedé quieta. Ella se había convertido en mi mayor confidente. Por más que Cami fuese mi mejor amiga, me arriesgaba a que su eterna curiosidad, arruinara esta relación.

—No.

—¿Y a qué esperas para decírselo?

—No es el momento. No quiero que piense que esto va a cambiar algo entre nosotras. Que... que voy a volverme su problema.

Ella negó con la cabeza y dio un trago largo.

—No deberías ocultárselo.

—No se lo estoy ocultando, solo nos protejo.

—¿Os proteges o tienes miedo Lydia?

Sí, lo tenía y más de lo que quería admitir. Porque mientras más tiempo pasaba con Vera, mientras más compartíamos, más me acercaba a ese abismo en el que podía perder muchas cosas. Y no sabía si cuando saltara, ella iba a querer hacerlo conmigo.

Me quedé mirando al suelo, moviendo la cerveza entre mis manos. Daisy no dijo nada más al principio. Solo me dejó respirar en ese silencio incómodo que las hermanas conocen tan bien.

—¿Y si no lo hace? —susurré al final—. ¿Y si cuando le diga que me retiro, que ya no estaré en un campo de fútbol, decide que eso era lo que le gustaba de mí? ¿Y si todo esto... es solo temporal para ella?

Daisy se inclinó hacia mí, más seria de lo que la había visto en semanas.

—¿Y si no? ¿Y si sí quiere saltar contigo? ¿Vas a dejar pasar algo real por miedo a un “y si”?

Negué con la cabeza, pero no con seguridad. Más bien con frustración.

—No lo sé, las cosas a veces son blanco o negro, y está claro que Vera disfruta mucho de este juego con los medios.

—Ha disfrutado, porque te recuerdo que sigue cumpliendo el pacto que las dos hicisteis —me recordó, con dulzura—. A veces tienes que permitirte creer que las cosas buenas también son para ti, Lydia. No solo el sacrificio, ni la disciplina dentro de un terreno de juego. También es esto, alguien que te mira como Vera lo hace.

—Es que… no quiero romperle el corazón.

—Entonces díselo antes de que sea peor y se entere por los medios. Dale la oportunidad de elegir si quiere estar ahí... incluso cuando ya no lleves el cuatro a la espalda.

Asentí, a pesar de que, dentro de mí, aún no sabía si sería capaz.

El móvil vibró y lo agarré sin pensar.

Vera:

Estoy en la cama. Sola y aburrida, pensando en ti. ¿Quieres que te enseñe cómo voy a ir vestida para entrenar mañana?

Una foto apareció justo después. No llevaba ropa de entrenamiento. Ni de cerca.

Estuve a punto de escupir la cerveza.

Daisy, que lo notó todo, arqueó una ceja.

—¿Ella otra vez?

—Te juro que me va a matar.

—No. Lo que va a conseguir es hacerte perder la cabeza, que no es lo mismo.

Otro mensaje.

Vera:

¿Sabes qué pasa esta semana? ¡Dos meses! Dos. Malditos. Meses. Desde nuestro primer beso. Nos debemos una celebración, capitana.

No pude evitar reír. Ni sonrojarme. Ni volver a mirar la foto. Varias veces.

Después, sentí esa punzada en el estómago. Ese recordatorio de que contábamos los meses como si el reloj no estuviera corriendo hacia el final, un final que ella todavía no conocía.

****

Esa noche, sola en mi cama, me quedé mirando el techo, con el teléfono apoyado sobre el pecho. *"No puedo enamorarme de Vera Collins"*, me repetí en voz baja, como si al decirlo lo hiciera verdad. Pero solo me estaba engañando. Porque cuando te enamoras, das partes de ti que no puedes recuperar. Y yo ya estaba al borde de perderlo todo: mi carrera, mi rutina, esa parte de mí que solo sabía vivir corriendo detrás de un balón.

"No puedo enamorarme de Vera."

Porque ella era caos, y no podía permitirme ese tipo de caos cuando todo lo demás se hacía pedazos a mi alrededor. No, no podía.

Pero entonces me llegó otro mensaje.

Vera:

Me haces sentir más viva que el fútbol, Lydia. No lo arruinemos por el exterior.

17

Una nueva jugada.

La notificación llegó a mi teléfono después del mediodía, justo cuando me estaba metiendo otro café amargo entre pecho y espalda, para intentar parecer una persona funcional y que el entrenamiento de la tarde no me pasara factura.

"CONVOCATORIA OFICIAL – SELECCIÓN FEMENINA DE FÚTBOL"

Me quedé mirando la pantalla como si fuera una bomba de relojería. Tardé cinco segundos en abrirlo. Otros cinco en buscar mi nombre, y diez segundos más en reaccionar. Mi nombre estaba en la lista de defensas convocadas, y justo debajo, como un maldito juego de seducción leí: Vera Collins.

El estómago me dio un vuelco, y no supe si gritar por volver a una convocatoria, o por darme cuenta de que compartiría esta pequeña victoria con la única persona que se robaba mi atención fuera del campo.

—Dios mío —murmuré, notando que las notificaciones iban a explotar en cuanto esto se hiciera público.

Y de hecho, así fue.

Primero llegó mi hermana, con un mensaje rápido:

Daisy:

¡HE VISTO TU NOMBRE! ¡Mi hermanita otra vez convocada con la selección!. Y con Vera… 😉

Al último emoticono lo acompañaban otro de varios dedos que me hicieron apagar la pantalla de golpe. Luego llegó Cami, que decidió acompañar su felicitación con un sticker animado de fueguitos y una captura de Twitter.

Y luego… llegó el fandom, con su forma de hacer la bola más grande.

En mi inicio había GIFs de partidos, teorías conspirativas, fanarts, edits con música sensual, montajes con el uniforme nacional y frases como "NWSL enemies-to-lovers core". Todo en menos de una hora.

—No puedo con esto —murmuré, tirándome al sofá, queriéndome hundir contra los cojines.

Lo peor de todo era que ya no estaba segura de que esta convocatoria hubiera llegado de nuevo por mi mérito en el juego. Y que todo internet especulara con lo que podría llegar a pasar en la concentración, tampoco ayudó en absoluto.

"¿Podrán centrarse en el fútbol o romperán sus camas?"
"Lydia, prométenos que no vas a distraer a Collins."
"Si hacen algo, que al menos ganen el partido."

Al final, decidí que lo mejor era no prestar atención a todo esto. Como si fuera una misión de lo más sencilla.

****

El lugar de concentración era en Chicago, en un centro de alto rendimiento moderno, lleno de ventanas de cristal y espacios abiertos donde el eco de los pasos se escuchaba desde cualquier rincón. El clima era fresco, el ambiente intenso… pero yo llegué con un nudo en la garganta.

Me prometí no dejar que se notara, no avivar las insinuaciones y los comentarios de nuestras compañeras de selección —rivales en la mayoría de partidos—.

Durante las primeras horas me mantuve ocupada entre revisiones médicas, sesiones de recuperación y saludos cordiales. Vera aún no había llegado. O no la había visto. Lo cual era raro, porque ella siempre llegaba llamando la atención como un eclipse que es imposible de ignorar.

Estaba almorzando con algunas compañeras cuando la vi entrar, con un pantalón ajustado, la sudadera de la equipación, sus gafas colgando del escote y una sonrisa que decía claramente *"he venido a hacer ruido"*.

Y por supuesto, su mirada me encontró en menos de diez segundos.

Contuve el aliento. Fingí no haberla visto.

Pero mi cuerpo, ese maldito traidor, ya la había sentido.

****

Durante el entrenamiento mantuve la compostura. Profesional. Correcta. Lejos de su mirada y atención… Los ejercicios estaban perfectamente estructurados: transiciones, posesión, presión alta. Todo lo que adoraba y en lo que solía perderme para evitar pensar demasiado. Pero ese día, mi mente no cooperaba. Mi cuerpo reaccionaba bien. Mis piernas obedecían. Pero el radar mental tenía un nombre constante que latía con cada impulso de mi corazón: Vera.

La maldita Vera Collins.

No importaba que intentara ignorarla. No importaba que fingiera que solo era una más del grupo, que su presencia no me afectaba, que íbamos a poder cumplir con lo que habíamos prometido. Cada vez que pasaba cerca de mí, me lanzaba una de esas miraditas, y no necesitó tocarme para que sintiera sus manos en mi cuerpo.

—Buen calentamiento, Thomas —susurró mientras pasaba por detrás de mí, con su voz tan cerca que sentí su aliento en la nuca—. El pantalón te queda de maravilla.

“Maldita seas”.

Tuve que morderme la lengua. No literalmente. Aunque lo consideré.

Me giré en seco, pero ya estaba lejos, trotando con toda la tranquilidad del mundo como si no acabara de dejarme sin aire. Necesitaba un poco de distracción, así que en cuanto terminamos, llamé a mi hermana.

—¿No deberías estar concentrada en defender el escudo nacional? —fue lo primero que dijo, sin filtro.

—Daisy…

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó, consciente de por qué necesitaba llamarla.

—Se pasa todo el puto entrenamiento provocándome —gruñí—. No le basta con haberme provocado el caos. Ahora también me hace perder la concentración con una frase de seis palabras.

—¿Qué te ha dicho?

—Que el pantalón me quedaba de maravilla. Entre otras cosas.

—¿Y tú qué hiciste?

—No responderle, estamos en una concentración con gran parte de nuestras rivales, aquí no podemos dejarnos llevar. Ya sabes que la federación tiene ojos en todas partes…

—Sin embargo, tú te mueres por lanzarte a su cuello incluso en mitad del entrenamiento.

—¡Daisy!

—Ay, Lydia, por favor. ¿En serio vas a seguir fingiendo que esto que tenéis no es exactamente lo que quieres?

—Ya sabes que… —me mordí la lengua—. Solo estoy… frustrada. ¿Vale?

—Ajá. ¿Y por qué, exactamente? ¿Porque te mira como si fueras su dulce favorito? ¿O porque tú quieres mirarla igual y tienes miedo a dejarte llevar?

Eché la cabeza hacia atrás.

—No puedo más con esto. Es como vivir en una montaña rusa hormonal. Me tiene tan jodida que hoy estuve a punto de pedir un cambio de habitación solo para respirar un poco.

—¿Y lo hiciste?

—No.

—Lydia… te estás enamorando de tu rival, ¿qué tiene de malo? —soltó de repente—. Lo que te pasa es que te pone nerviosa porque no sabes qué hacer con ese tipo de sentimientos.

—No estoy enamorada. Solo… estoy atrapada.

—Ya. Bueno, mientras estés atrapada con orgasmos incluidos, no me parece tan terrible.

—¡Daisy, por favor!

Ella se rio, y su risa, a pesar de todo, me alivió un poco la tensión en el pecho.

—Solo… cuida tu corazón, hermanita. Porque yo no tengo ni idea de si ella va a saber cuidarlo como te mereces. Pero si lo vale, lucha. Y si no, sal del campo a tiempo.

Solté un suspiro.

—Gracias.

—Para eso estoy. Y por cierto… mándame una foto del pantalón. Solo para confirmar que tiene razón.

—Vete a la mierda.

****

A pesar de que la conversación con mi hermana me quitó un peso de encima. La gota que colmó el vaso llegó en la cena. Toda la concentración compartíamos salón, pero cada una en su mesa. Vera se sentó con su grupo habitual… y una jugadora nueva, que claramente la adoraba. Risas, bromas, toques innecesarios. Vera se inclinaba hacia ella, hablaba en voz baja. Se reía como si no supiera que la estaba mirando. Como si no supiera *exactamente* lo que estaba haciendo.

—¿Te estás divirtiendo, Vera? —le solté al pasar cerca de su mesa, con la mandíbula tan tensa que sentía la presión en las sienes.

Ella levantó la vista y esbozó una sonrisa pícara.

—Pensé que aquí teníamos que disimular.

"Maldita seas".

Vera se encogió de hombros y me obligó a volver a mi sitio. Estaba empezando a estar harta, y solo llevábamos una hora aquí.

Después de cenar, entré a mi habitación y cerré la puerta con más fuerza de la necesaria. No me había cruzado con ella después ese pequeño "desencuentro", pero su maldito perfume estaba en mi ropa. Me duché. Me puse una camiseta vieja. Me tiré en la cama. Y entonces, alguien llamó a la puerta.

Abrí. Y ahí estaba. Con una chaqueta negra, el pelo húmedo y sin una pizca de arrepentimiento.

"Donde se habrán ido las chicas", me pregunté al no tener ni rastro de mis compañeras de habitación.

—¿Qué quieres?

—Pasar —dijo, y se coló sin esperar a que le diera permiso.

Se quedó de pie en medio de la habitación, cruzada de brazos.

—¿Estás celosa?

—No empieces, Vera.

—¿Te ha molestado que hablase con ella?

—¿Te divertiste haciéndolo?

Ella se encogió de hombros.

—Tú no me has mirado en todo el día. Alguien tenía que hacerlo. Además, nos prometimos celebrar los dos meses, ¿te acuerdas?

La rabia se mezcló con algo más caliente, más oscuro, más inevitable. La acorralé contra la puerta, y puse una mano firme sobre su cintura.

—Te juro que, si vuelves a mirar a alguien más así, voy a hacer que te olvides hasta de tu nombre.

Ella se mordió el labio, y cerró los ojos por un segundo.

—Así me gusta, capitana.

La besé sin pensar. Y ella me devolvió el beso con más hambre de la que yo misma sabía que tenía.

18

Lo quiero todo contigo.

Fue como si el resto del mundo dejara de existir. Como si las paredes desaparecieran, junto con los nombres, nuestras compañeras, las reglas, el entrenamiento y las sonrisas ensayadas cuando teníamos la atención de las cámaras. Solo estábamos ella y yo. El deseo que nos rompía la compostura. El deseo que me apretaba en el pecho y con el que me dejé llevar a través de mis labios.

Mis manos encontraron su espalda. Ella se aferró a mi camiseta como si quisiera arrancármela sin perder ni un segundo. Nuestros cuerpos chocaron como dos frentes opuestos en guerra, como si cada caricia fuera una bomba detonando justo debajo de la piel.

—Te odio —murmuré contra su boca, sin convicción.

—Mientes fatal —susurró, y me mordió el labio inferior.

Retrocedimos entre besos y jadeos hasta la cama. Me dejó caer sobre las sábanas, se subió sobre mí y empezó a besarme el cuello, lenta al principio, luego con una intención que me sacó un gemido que no pude contener.

Su camiseta voló. La mía no duró mucho más.

—No me provoques —le advertí cuando sus manos empezaron a descender por mi cintura—. Estoy lo bastante enfadada como para echarte de aquí y que reces por mi perdón.

Ella sonrió.

—¿Seguro? Porque yo me muero por pecar.

Y pecamos. Mucho.

Mis dedos marcaron su espalda mientras sus labios bajaban hasta el centro de mi pecho. Su lengua era fuego. Su respiración me acariciaba las costillas, como una corriente eléctrica que se enredaba entre mis nervios.

Cada movimiento suyo parecía estudiado, calculado para romper mis defensas. Y vaya si lo hizo.

La empujé sobre la cama, invirtiendo posiciones, sujetando sus muñecas con las mías. La miré desde arriba, teníamos las respiraciones entrecortadas, el sudor perlando nuestra piel y el deseo creando fuegos artificiales entre nuestros muslos.

—¿Sigues pensando en juguetear con otras? —pregunté, bajando la voz.

—¿Qué otras? —susurró—. Ahora mismo solo existes tú.

Y cuando su boca volvió a encontrar la mía, no quedó espacio para dudarlo.

La besé con fuerza, devorando su respuesta antes de que pudiera decir algo más. No quería más bromas, solo que lo sintiera. Que entendiera lo que provocaba en mí. Que no había espacio para nadie más.

Su piel ardía bajo mis dedos. Mis labios descendieron por su cuello, por el borde de su clavícula, dejando marcas que mañana probablemente tendría que disimular. Pero en ese momento, no me importó. Quería que llevara mi rabia clavada en la piel, como un recordatorio de lo que teníamos.

—Mírame —le ordené en un susurro, mientras mis dedos se deslizaban por su costado, lentos, peligrosos.

Abrió los ojos, y en ellos vi algo que no era solo lujuria. Había vulnerabilidad. Deseo contenido. Una entrega silenciosa que solo me mostraba cuando estábamos así, con el alma en carne viva.

Me deslicé entre sus piernas, y su espalda se arqueó al contacto. Gemía mi nombre como si fuera una plegaria. Como si en ese instante no importara el mundo, ni el fútbol, ni las cámaras, ni nadie más.

Solo yo. Solo nosotras.

Sus manos buscaron mi piel, su boca se perdió entre jadeos, y yo me aferré a cada latido, como si eso pudiera salvarme de la caída que ya sabía inevitable.

Porque amar a Vera Collins… era un peligro. Pero esa noche, con su cuerpo bajo el mío, con su aliento entre mis labios, decidí que no me importaba caer.

****

Después, con el cuerpo aun vibrando y la cabeza flotando en algún limbo entre la lucidez y el placer, me quedé tumbada a su lado. Vera respiraba profundamente, con una sonrisa relajada en los labios. Y ahí estaba, otra vez, esa parte de mí que no podía callarse, que no sabía disfrutar sin pensar en todos los posibles.

—¿Cómo es posible que no te afecte esto? —solté de pronto, sin mirarla.

Ella giró el rostro, apoyándose en un codo.

—¿Qué exactamente?

—Todo. La prensa, los comentarios, el fandom, las miradas, las suposiciones. ¿No te importa lo que puedan decir?

Se encogió de hombros.

—Solo me preocupo por lo que siento yo. Y por lo que siento contigo.

La miré, algo incrédula.

—¿Así de simple?

—Así de real —respondió, y su tono era tan seguro, tan Vera, que me descolocó.

—No todo el mundo es así. Yo no soy así —aclaré—. Yo no puedo fingir que no me importa.

—No te estoy pidiendo que finjas. Te estoy pidiendo que no te escondas.

—No lo hago —mentí.

Ella se acercó, despacio, como si pudiera oler mi mentira en el aire.

—Entonces, ¿por qué me miras intentando reconocer la verdad, como si esto fuera a explotar en cualquier momento?

—Porque puede explotar —repliqué, con los dientes apretados—. Porque un paso en falso y nos arrastrarán a un campo de minas. Porque esta historia, Vera… puede costarte cosas.

"Porque tú todavía tienes una carrera por delante", quise decir.

—¿Y no vale la pena?

Tragué saliva. Su voz tenía esa nota íntima, que me hacía querer creerle siempre. Me sentí débil por dentro. Como si algo se abriera en mí, algo que no estaba lista para mostrarle.

—A veces no sé si tú ves todo esto como algo real o como parte del juego.

Vera se sentó en la cama, cruzando las piernas, con el pelo cayendo por sus hombros y las marcas de mis dedos aún en su piel.

—¿Crees que dormiría contigo así, hablaría contigo así, te escribiría cada maldito día si fuera solo un juego?

—Eres competitiva. Capaz. Jodidamente encantadora. Yo… no sé.

Ella se acercó hasta quedar frente a mí, y me tomó la cara con ambas manos.

—Lydia Thomas, eres la mujer más insoportable, compleja y hermosa que he conocido. Y no tengo ni idea de qué va a pasar mañana, ni en el campo, ni con la prensa… Pero si hay una cosa que tengo clara, es que te quiero en mi vida. No en secreto. No como algo que se borra cuando se acaba el partido, no quiero un fuera de juego contigo. ¿Te queda claro?

Yo asentí, aunque no pude hablar. Y después, mientras ella dormía a mi lado, desnuda y enredada entre mis sábanas, me quedé mirando el techo. Pensando en lo mucho que me asustaba perder esto. Y en lo fácil que era amarla cuando yo me permitía sentir de verdad. Me había prometido mil veces no caer en lo más profundo de su ser.

Pero con Vera… cada una de estas promesas, se rompieron fácilmente.

19

Mi propia enemiga.

Era nuestra primera titularidad en la selección juntas. Primera vez compartiendo camiseta, escudo y vestuario sin ser enemigas públicas número uno. Y, francamente, no sabía si estaba más emocionada o al borde de un colapso nervioso.

Me miré al espejo del vestuario. El uniforme nacional me sentaba de puta madre —eso me lo decía Daisy cada vez que jugaba con la selección —, pero hoy sentía un peso diferente en mi espalda. Como si llevar esa camiseta significara algo más que representar a mi país. Como si llevarla junto a Vera fuera otra clase de prueba… una más complicada que cualquier jugada ensayada.

Ella se estaba atando las botas en silencio, un par de bancos más allá, mientras nuestras compañeras hablaban, reían, algunas bailaban con la música que sonaba baja en el fondo. Y ahí estábamos nosotras: dos polos opuestos que no podían dejar de girar, una alrededor de la otra. Cuando nuestras miradas se cruzaron, me lanzó una sonrisa rápida, como si me dijera *"tranquila, que esto es solo un partido"*. Pero yo sabía que no lo era.

No cuando todo el mundo estaba esperando ver si nos tocábamos, si nos mirábamos, si una de las dos tenía una caricia con la otra.

Jugábamos contra Canadá. Un equipo duro, técnico, rápido, con mediocentros que sabían romper líneas y delanteras que no te daban tiempo ni a pestañear un segundo.

Y Vera, bueno… Vera estaba en modo imparable, en su salsa. Como si ese fuera el partido de su vida.

Fue rápida, letal. Jugó con una frialdad que la hacía brillar entre todas las demás. Era la Vera que yo había odiado en el terreno de juego cuando San Diego Wave y Portland Thorns se enfrentaban. La que me volvía loca

con sus regates. La que podía dejar a dos defensoras en el suelo y, de paso, al público sin aire.

Pero yo…

Yo me sentí lenta. Torpe. Tensa.

El primer balón que toqué se convirtió en un pase corto. El segundo, demasiado largo. Perdí un balón tonto en una salida, y casi nos costó el gol en contra. Los gritos de las compañeras no me ayudaban. Las cámaras, las miradas desde la grada, y los flashes… mucho menos. Y luego estaba ella.

Que no me decía nada, pero que me miraba de vez en cuando como si supiera que algo en mí no estaba bien.

****

Estábamos en el minuto 57. El balón llegó con efecto a mi zona. Corrí hacia él para interceptarlo, con la vista fija y la adrenalina a tope. Pero mi pierna no reaccionó como se esperaba. Llegué medio segundo tarde, y el choque contra la rival fue brutal.

Lo siguiente que sentí fue un dolor inmediato. Sordo, profundo. Caí de costado contra el césped, con la respiración entrecortada.

Escuché el silbato. Y después… su voz.

—¡Lydia! —gritó Vera, antes que nadie.

Vi su cara antes que la del cuerpo médico. Se agachó a mi lado. Me tocó el brazo con cuidado. Tenía el ceño fruncido y los ojos abiertos como si el miedo se le hubiera instalado en la garganta.

—No te muevas —dijo, en voz baja, como si no quisiera entrar en pánico, pero estuviera a punto de hacerlo.

—Estoy bien —susurré, aunque la voz me salió más como un suspiro ahogado que como una afirmación.

Ella me examinó con su mirada recorriendo mis piernas, mi cintura, como si buscara heridas visibles. Sus manos, cálidas y temblorosas, rozaron mi cuello.

—Te juro que, si te has roto algo, voy a matar al árbitro, a la defensa y al campo entero —murmuró, solo para mí.

—Qué dramática eres —dije, forzando una sonrisa, aunque me dolía hasta el alma.

—No estoy bromeando, Lydia.

Y no lo estaba. Lo vi en su expresión. Lo sentí en cómo me sostenía la mirada, en cómo me protegía con el cuerpo del resto.

—¿Puedes ponerte de pie?

—Dame un segundo —gruñí, apretando los dientes.

No me gustaba perder, nunca me había gustado. Y mucho menos, contra mí misma.

Sentía el latido golpeando cada parte de mi cuerpo, como si los músculos gritaran por dentro. No era grave. Lo sabía. Pero me dolía muchísimo. Y también que ella me mirara así, como si en cualquier momento pudiera romperme de verdad, como si fuera una muñeca débil.

Me ayudaron a incorporarme. Caminé un par de pasos con apoyo del cuerpo médico. Pero el gesto del fisioterapeuta fue claro: cambio.

Y ahí supe que el partido había terminado para mí.

****

La enfermería era fría. Demasiado blanca. Demasiado silenciosa. Me senté en la camilla, con la camiseta aún sudada, la venda apretando mi rodilla y la garganta hecha un nudo. Nuestra médica salió un momento para buscar hielo, y entonces escuché la puerta abrirse con suavidad.

Vera la cerró sin decir nada. Caminó hasta mí y se quedó de pie, pero no sonrió, ni soltó una de sus bromas. Solo me miró como si quisiera arrancarme este dolor

—¿Estás bien?

—Sí —mentí.

Silencio. De ese denso. De los que arden.

—Ahí fuera no lo ha parecido.

—Solo ha sido un golpe, de verdad —dije, sin mucha gana.

Ella asintió despacio. Luego se sentó a mi lado, sin rozarme, como si supiera que el problema no estaba en el golpe recibido.

—No he jugado bien —murmuré—. He sido un puto desastre.

—Has estado tensa. Pero ni de lejos has sido un desastre, Lydia. Tienes que dejar de exigirte tanto.

—Ya no soy la jugadora de antes, he perdido en velocidad, en capacidad de reacción, en confianza…

Lo dije con los ojos clavados en el suelo. Casi sin voz. Y joder, nadie sabe cómo tuve que morderme la muerda para no contarle que mi cuenta atrás ya había empezado.

Ella me miró.

—Eso da igual.

Giré la cabeza, incrédula.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo, y deslizó su mano por encima de la mía—. Porque haces los partidos fáciles, porque entiendes el juego como nadie. Porque cuando estás en el campo, incluso si no tocas el balón, todas jugamos diferente. Eres nuestra capitana. Y lo serás cada vez que estemos ahí fuera.

El partido había quedado 2-0 a nuestro favor, pero yo sentía que acababa de perder el partido de mi vida.

Tragué saliva. Sus dedos acariciaron el dorso de mi mano, y me reconfortó con ese simple gesto.

—Tengo miedo —le dije, casi en un suspiro.

Vera apretó mi mano, pero seguí mintiéndole a la cara. Porque no fui capaz de decirle que pronto, todo esto terminaría. Que no volveríamos a vestir esta misma camiseta.

Y cuando estuve sola otra vez, con el vendaje más apretado y las luces apagadas, recordé su cara. La forma en que había corrido hacia mí. El modo en que me había tocado la mano como si pudiera detener mi caída incluso cuando ya había caído.

Y no sé qué me daba más miedo: que hubiera corrido a ayudarme, o que Vera fuera lo primero que pensé cuando me caí.

20

LI-DE-RA.

La escena no duró ni treinta segundos, pero se volvió viral en menos de una hora.

Una caída. Un grito. Un nombre.

"¡Lydia!"

Y Vera corriendo como si en vez de un campo de fútbol estuviéramos en mitad de un apocalipsis zombi y yo fuera la última persona viva sobre la Tierra.

Para cuando llegué de vuelta al hotel, con la rodilla vendada, los vídeos ya estaban en todas partes. Había muchos ralentizados, con música dramática de fondo. Ediciones con zoom en la cara que puso nada más irme al suelo. Algunos, incluso, con subtítulos inventados tipo *"Cuando te das cuenta de que Lydia Thomas te importa más que el partido"*.

Daisy me había mandado un montón de mensajes al WhatsApp.

¿Tú crees que esto es lo que hacen las no parejas?
Por favor, Lydia, están editando videos de todo tipo en TikTok con esto.
¡YA ESTÁN PROPONIENDO VENDER CAMISETAS QUE DICEN "LIDERA" COMO SHIP NAME!

—Esto es una puta locura… —gruñí, y me tapé la cara con las manos.

Me tiré sobre la cama y lancé el teléfono al otro extremo. Literalmente. Como si fuera una bomba que podía hacerme confesar frente a las cámaras lo que todo el mundo sabía a gritos que sentía.

Decidí quedarme en la concentración. La lesión no fue nada grave, pero sí lo suficiente para dejarme en el banquillo durante el segundo partido. Me recomendaron descanso, hielo, y apoyar a mis compañeras. Así que allí estaba, en los asientos, al lado de las suplentes, con una sudadera tres tallas más grandes, las piernas cruzadas y una expresión que gritaba *"No me miréis"*, cuando en realidad la que no podía dejar de mirar era yo.

A una mujer en concreto.

A unas piernas que… *"Quiero que esté encima de mí".*

Meneé la cabeza, sacándome el absurdo pensamiento.

Vera calentaba en la banda con esa energía eléctrica que la hacía parecer más viva que nadie. Jugaba con el balón como si fuera una extensión de su cuerpo. Y yo… yo no podía evitar sentir algo profundo y real cada vez que sonreía, cada vez que su mirada se cruzaba con la mía por accidente, o tal vez no tanto.

Cami:

Te estás comportando como si fueras su novia de verdad.

Ese fue el mensaje que me envió Cami, cuando le conté lo que había pasado, junto a una reacción exagerada a lo del ship name. Seguro que estaba viendo el partido por televisión, y podía apostar toda mi carrera, a que las cámaras estaban pendientes de mí y de Vera.

Cuando el resto no estaba pendiente de mí, le respondí con un emoji con cara de fastidio.

—No lo soy —murmuré para mí.

Pero, incluso a kilómetros de distancia, pude escuchar su *"Ajá"*.

****

Fue otro partido duro para Estados Unidos. El tipo de encuentro que te deja sin aliento y te lo devuelve en forma de goles. Y como era de esperar, Vera estuvo imparable.

Minuto 69.

Recibe un pase cruzado en el área. Amaga una, dos veces, se quita de en medio a la portera con un regate que me hizo aplaudir sin pensarlo, y un segundo después, remata con la zurda.

Gol.

Qué coño, ¡golazo!

Todo el estadio se vino abajo.

Y entonces llegó el apocalipsis. Vera corrió hacia la banda, se paró en la parte del banquillo donde yo estaba sentada, y se llevó los dedos a la frente

para hacer un gesto de saludo. Después señaló hacia mí. Y sonrió.

Esa puta sonrisa.

—Maldita sea, no me lo creo —susurré, para mí.

Pero sí, había pasado. Y la gente se volvió loca.

Primero fue un murmullo. Luego llegaron las voces. Luego gritos. Y después, como si se hubieran puesto todos de acuerdo, una ovación monumental.

Vítores. Aplausos. Gente de pie, sacando móviles, grabando.

Algunos empezaron a corear:

—¡LI-DE-RA! ¡LI-DE-RA! ¡LI-DE-RA!

Y yo me quedé paralizada. Congelada, en el sitio. Como si me hubieran dejado sola en mitad del campo sin saber dónde esconderme. Rose, que estaba sentada a mi lado —una suplente de rostro simpático con la que apenas había cruzado palabra— me dio un codazo suave y sonrió.

—Oye… creo que la grada intenta decirte algo.

—No —mentí, sin convicción alguna.

—Pues estáis en pantalla.

"Mierda". Primero vi la expresión Vera, con esa sonrisa ladeada, sexy y segura, ampliada sobre las pantallas del estadio como una estrella de rock. Y luego, como si el universo tuviera un retorcido sentido del humor, la mía. Sorprendida. Ruborizada. Tragándome mis propias emociones como pastillas sin aguas.

No me atraganté de milagro.

Y entonces, claro, el estadio estalló aún más. Gritos. Silbidos. Y un grupo de fans que ondeó una pancarta que decía: **"¡Queremos un beso!".**

—Genial —murmuré, hundiéndome más en mi asiento y cubriéndome la cabeza con la cabeza.

Y mientras la cámara volvía a Vera —y la arbitra intentaba recuperar el control—, ella se limitó a guiñarme un ojo.

Así de simple, como si no acabara de firmar un tratado de guerra contra mi autocontrol.

****

Después del partido, mientras las demás celebraban la victoria en el vestuario y la prensa se hacía de oro con las imágenes del partido, yo estaba sentada sola, con la sudadera subida hasta la nariz y el teléfono ardiendo con un millón de notificaciones.

Cami otra vez.

Cami:

Digo yo que, si no te sintieras su novia de verdad. No estarías así.

Quise contestarle. Decirle que exageraba. Que estaba emocional por no jugar. Que era la presión de la prensa, del público, de las cámaras. Todo menos la verdad. Pero mis dedos se quedaron suspendidos sobre la pantalla. Porque no tenía cómo rebatírselo. Así que simplemente dejé el móvil a un lado y hundí más el rostro en la sudadera, como si pudiera esconderme ahí hasta que el mundo se olvidara de mí.

Escuchaba a las demás reír, bromear, celebrar. El vestuario vibraba con la euforia de la victoria. Las duchas empezaron a encenderse, el vapor subía por los espejos y alguien había puesto música en un altavoz portátil.

Yo me quedé sentada en un rincón, invisible. Inmóvil. Sintiendo que, por dentro, algo se estaba rompiendo, o quizá naciendo. No sabía muy bien qué sentir.

No vi a Vera llegar, pero la reconocí por el perfume. Por la forma en la que el aire cambiaba cuando estaba cerca. Por cómo mi cuerpo se tensaba primero… y se rendía después. Se sentó a mi lado sin decir una palabra. Tenía varios mechones pegados en la frente, una toalla colgando del cuello, las mejillas rosadas del esfuerzo.

—¿No vas a decirme nada? —susurró.

No respondí.

Ella se acercó un poco más.

—¿Ni siquiera un "increíble gol, Collins"?

—Sabes que lo ha sido, no necesitas que te lo diga.

—Pero sí necesito que me mires.

Giré la cabeza despacio y me la encontré más cerca de lo que esperaba. Con los ojos brillantes, y la sonrisa apagada, como si supiera que había cruzado una línea invisible.

Pero eso no la espantó, más bien lo contrario.

Se inclinó con un movimiento lento. Nada escandaloso. Nada evidente.

Fue un simple roce. Una caricia con su nariz en mi mejilla. Sus labios rozando mi oreja.

—Estoy aquí —susurró.

Y por primera vez, rodeadas de jugadoras, voces, risas, el sonido de las duchas y los teléfonos sonando… no me importó.

No me importó que nos vieran. No me importó que alguien nos grabara. No me importó nada. Apoyé la cabeza en su hombro, y me dejé llevar. Porque, aunque no lo dijera en voz alta… yo también estaba aquí. Con ella. Y aunque aún no supiera cómo, aunque me negara a ponerle nombre, aunque las palabras se me quedaran atascadas en la garganta…

Cami tenía razón.

21

Como si el mundo se detuviera.

Volver a entrenar después de la lesión fue como volver a caminar sobre una capa de hielo. En el último par de años, siempre había sido así. Cada movimiento parecía una negociación entre mi cuerpo y mi mente: *"¿Puedes correr a esta velocidad? ¿Hacer esta entrada? ¿Este giro rápido?"*

La respuesta casi siempre era sí, pero un "casi" ya era suficiente para inquietarme, sobre todo, con la decisión que seguía pesando dentro de mí y que todavía no había informado al club. Cami y el resto de mis compañeras jugaban como si el mundo no fuera a detenerse nunca. Con esa fe ciega que yo solía tener antes de sentir como el reloj empezaba a marcar una cuenta atrás.

Ahora, cada paso sobre el césped me recordaba que el final estaba más cerca de lo que quería admitir. Porque sí, en las últimas semanas había tenido discusiones conmigo misma sobre la posibilidad de alargar mi retirada un poco más.

Mi cuerpo resistía, sí, pero a la vez, me lanzaba señales sutiles que debía tomarme al pie de la letra: un músculo que tardaba más en calentarse, la rodilla que crujía donde antes había silencio, una respiración que tardaba segundos extra en recuperar después de un sprint.

Pero lo peor, era mi cabeza.

Mi cabeza ya no pensaba en la táctica, en las jugadas que marcaba la entrenadora —con la que había perdido esa cercanía de años pasado—. Ahora ya no era solo un juego, porque también tenía presente a Vera, y lo lejos que estábamos en nuestras expectativas.

Vera se había metido dentro de mí, como la imagen de su risa que veía en mi móvil mientras hacía los estiramientos. Como el eco de su voz en mis auriculares mientras corría en la cinta. Era la forma en que, sin darme cuenta, buscaba su número antes de apagar las luces de mi habitación por la noche.

Y esa distracción —esa dulce y jodida distracción— me hacía sentir culpable, porque yo amaba este deporte. Porque le había entregado mi vida entera.

Y aun así, estaba empezando a pensar que lo que vendría después… podía ser mejor si ella estaba a mi lado.

Un pase fallido me devolvió a la realidad.

—¡Vamos, Thomas! ¡Concentración! —gritó la entrenadora.

Miré a los ojos de Cassidy y asentí, respiré hondo y volví a colocarme en mi posición. Apreté los dientes y recordé que, al menos por ahora, todavía era jugadora de este equipo, que todavía quedaban partidos que jugar, campos que pisar, porterías que defender.

Pero, por primera vez en mi carrera, me pregunté si había algo más importante esperándome fuera del terreno de juego.

Algo que no podía perder.

Alguien que no estaba dispuesta a dejar ir.

Y esa idea, aunque me aterrara, empezaba a sonar menos como un adiós a esta vida y más como una promesa de un futuro mejor.

Una promesa que, por una vez, quería cumplir.

****

La vuelta a la rutina también significaba volver a la distancia. Vera en San Diego. Yo en Portland. Dos ciudades, dos realidades, dos corazones que intentaban acortar los kilómetros de separación a fuerza de videollamadas, mensajes y fotos que a veces eran más insinuantes que saludables para mi necesidad de concentración.

El primer día que volvimos a entrenar, al llegar al vestuario, ya tenía una notificación suya.

Vera:
Mándame una foto tuya sudada o no pienso entrenar hoy.

Rodé los ojos y le envié una selfie rápida, con el pelo revuelto y la camiseta pegada al cuerpo.

Su respuesta fue inmediata.

Vera:

¿Sabes que podría enamorarme otra vez solo de verte así?

Me reí. Y un poco, solo un poco, sentí que me temblaba el pecho.

Guardé el móvil en el bolsillo de la sudadera, intentando disimular esa estúpida sonrisa que me estaba saliendo sola… justo cuando escuché pasos firmes acercándose detrás de mí. Cami se esfumó tan rápido que no pude evitar fulminarla con la mirada.

"Tener amigas para esto".

—Thomas —la voz de Cassidy, nuestra entrenadora sonó seca, como un latigazo.

Me giré despacio, tragándome la risa.

—¿Sí, entrenadora?

La mujer, de unos cuarenta y tantos, de mirada dura y siempre vestida como si pudiera correr un maratón en cualquier momento, se cruzó de brazos. Hacía siglos que no la llamaba así, pero supongo que ya no podía considerarla una amiga.

—¿Sabes cuál es tu prioridad en este momento?

—¿Recuperarme al cien por cien de mi lesión? —intenté bromear.

Cassidy arqueó una ceja. Vi a Cami aguantarse la risa.

—Exacto. Recuperarte, entrenar, prepararte mental y físicamente para el siguiente partido y ayudar al equipo —espetó—. No estar sonriéndole al teléfono mientras mandas mensajitos como una adolescente en mitad del gimnasio.

Sentí el calor subirme por el cuello.

—No era nada importante —mentí.

Ella me sostuvo la mirada un par de segundos más de lo normal.

—Escucha. No me importa si tienes un fandom entero haciéndote edits románticos o si tu relación con Collins es cierta o no. Mientras estés aquí, quiero tu cabeza centrada en el trabajo. No en tus flirteos de Instagram.

Fue como si me hubiera lanzado una bomba en el estómago.

"¿Pero qué coño le pasa?"

¿Así me veía desde fuera? ¿Como alguien que estaba distraída? ¿Como una adolescente enamorada perdiendo el foco en lo importante? ¿Qué pasaba con las cinco temporadas de entrega que había dado al equipo?

—¿Entendido? —insistió.

—Sí, Cas… entrenadora —respondí, apretando los dientes.

Ella asintió y se alejó a corregir a otra jugadora que no hacía bien los estiramientos. Me quedé quieta un momento, sintiendo el móvil arder en mi bolsillo.

—Eso ha estado muy fuera de lugar —dijo Cami entre susurros, volviendo conmigo.

Sí, estaba muy fuera de lugar. No me gustaba que insinuaran que hacía mal mi trabajo. Que lo que fuera que tenía con Vera, afectaba a mi profesionalismo.

Pero, en el fondo, una voz pequeña y traicionera me susurró:

"¿Y si es verdad?"

Apreté los puños. Respiré hondo y volví al trabajo. Esta vez, sin mirar el móvil. Sin pensar en Vera.

O al menos, intentándolo.

Porque la verdad era que ella ya vivía en mi cabeza. Con o sin mensajes. Con o sin permiso.

****

Las noches eran peores. No porque no tuviera cosas que hacer. Sino porque todo lo que hacía me parecía incompleto sin ella. Así que nos llamábamos. Siempre. A veces mientras cenábamos. A veces tumbadas en la cama, cada una en su ciudad. A veces solo para vernos respirar. Sin decir nada.

Aquella noche, la pantalla se encendió y su cara apareció iluminada por la luz tenue de su habitación.

Llevaba el pelo suelto, una sudadera enorme que seguramente le robó a alguien y esa sonrisa suya, esa que siempre parecía decir "no tienes escapatoria".

—Hola, capitana —dijo, su voz ronca del cansancio.

—Hola, guapa —contesté, sonriendo como una idiota.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Mirándonos, con una complicidad que siempre me ponía mariposas en el estómago.

Hasta que ella habló.

—¿Cuándo piensas decírmelo?

Fruncí el ceño, haciéndome la desentendida.

—¿El qué?

—No te hagas de rogar, que estás enamorada de mí —soltó, como quien dice "el cielo es azul" o "el césped es verde".

Rodé los ojos, pero el corazón me latía como si acabara de correr una maratón.

—Eres una imbécil.

—¿Y?

—Y muy arrogante.

—¿Y?

Suspiré.

Tapé la cámara por un segundo como si eso pudiera protegerme. Pero cuando la destapé, ella seguía ahí, esperando. Paciente y absolutamente hermosa. Tanto que habría movido cielo y tierra por comérmela entera.

—Te quiero, idiota —dije, apenas en un susurro.

La pantalla se quedó estática un instante. Y entonces la vi sonreír, no con su sonrisa de arrogancia, ni esa eterna sonrisa de provocación.

No. Esta era otro tipo de sonrisa. Una que me hizo pensar que tal vez, solo tal vez, estaba haciendo algo bien.

—Te quiero, Thomas —susurró de vuelta—. Más de lo que pensaba que podía querer a alguien.

Y en ese instante, en esa noche, con los kilómetros entre nosotras, el cansancio, las dudas, el miedo… todo desapareció. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que el mundo y el futuro no eran tan aterradores. Porque ella estaba en él.

Porque me miraba como si yo fuera suficiente. Porque la expresión en su rostro me decía que tal vez, por primera vez, sí, lo estaba haciendo bien.

22

Demasiado ruido.

Volver a la rutina tras el parón de selecciones debería haber sido un alivio. Una oportunidad para superar otra lesión y reiniciar el marcador. Para volver a ser solo Lydia Thomas, defensa y dorsal número cuatro de las Portland Thorns, veterana respetada, capitana silenciosa. No la jugadora cuyo nombre estaba en la boca de todos, con la mitad de una historia que la gente se empeña en contar por mí.

Me repetí esas mentiras durante días. Durante el trayecto en coche hasta la ciudad deportiva. Incluso mientras me cambiaba en el vestuario, atándome los cordones de mis botas con una fuerza casi violenta. Pero mi mente no dejaba de sobre pensar, como un aviso que no podía ignorar. Y menos, después de las insinuaciones de la entrenadora.

"Es solo fútbol." "Vas a volver a la normalidad." "Puedes manejarlo."

Pero en el fondo de mi pecho, algo ardía. Un presentimiento. Un miedo sordo que ni siquiera el calor del equipo, ni la rutina, ni las bromas de mis compañeras podían apagar. Lo sentía en el aire, pesado, denso. En el extraño silencio que parecía haberse instalado alrededor mío, como una nube tóxica.

Sabía que algo había cambiado. Que algo se había roto, incluso si nadie me lo decía a la cara.

Así que cuando entré otra vez al vestuario, con la toalla colgando del cuello y el sudor secándose en mi frente, supe que no hacía falta ver un titular para saberlo.

—¿Lo has visto? —me preguntó una de las chicas, en voz baja, mientras me quitaba las botas.

—¿El qué? —pregunté, aún atontada por el cansancio del entrenamiento.

Ella dudó un segundo, como si no quisiera ser la mensajera de mi próximo desastre, pero luego suspiró y me tendió su móvil.

Ahí estaba. Una página deportiva de esas que vivían de los rumores y las polémicas fáciles.

"¿Ha llegado el declive de Lydia Thomas? La defensa estrella pierde la concentración en los momentos clave de la temporada."

Y debajo, una recopilación de videos. Edits cortados con mala intención. Jugadas mías donde cometía errores —algunos recientes, otros de hacía meses—. Miradas fugaces hacia la grada. Pequeños fallos en el marcaje al resto de jugadoras. Y todo presentado con música dramática de fondo, como si fuera un tráiler de mi caída en picado.

El móvil se me resbaló de las manos. Cayó al suelo con un golpe seco. Y con él, toda mi entereza.

—Lyd… —escuché a Cami acercarse corriendo y cuando vio que me había puesto pálida, se sentó a mi lado—. No les hagas caso. Solo buscan hacerte daño.

Pero ya era tarde.

Las imágenes ya estaban clavándose en mi cerebro como astillas. Los comentarios ya explotaban en mi móvil, en mis redes, en todos los rincones donde alguna vez fui un poco más que una jugadora.

El ataque de ansiedad llegó tan rápido que no lo pude contener. Más rápido de lo que esperaba. Mi respiración se volvió errática, y las manos me temblaban. El vestuario empezó a cerrarse a mi alrededor, como si las paredes se encogieran para aplastarme.

—¡Ey! ¡Lydia! —Cami me sujetó por los hombros—. Mírame, mírame.

Pero no podía. Solo veía flashes. Comentarios hirientes. Mi rostro congelado en un gesto de derrota.

La sonrisa de Vera en la pantalla gigante. Todo mezclado.

—Voy a llamar a Daisy —dijo Cami, sacando su teléfono—. Tranquila, que estoy aquí.

Me dejé caer en el banco, con la cabeza entre las manos, el corazón desbocado. Y sin saber si llorar, gritar o desaparecer.

****

Daisy y mi madre llegaron en menos de veinte minutos. Me envolvieron en una chaqueta gruesa, me pusieron unas gafas de sol gigantes y me sacaron de la ciudad deportiva por una salida lateral, como si fuera una prisionera huyendo de la vergüenza.

Cami vino con nosotras, negándose a dejarme sola.

En el coche, nadie dijo nada al principio. Hasta que Daisy, siempre más valiente que prudente, soltó:

—No puedes contener las opiniones de todo el mundo, Lydia.

La miré de reojo.

—¿Y qué se supone que quieres que haga? ¿Ignorarlo?

—No, pero tampoco puedes dejar que te destruyan por dentro. Eso no sería justo para ti. Ni para la Lydia que empezó a jugar porque amaba el fútbol, no porque amaba complacer a desconocidos en internet.

Me mordí el labio hasta casi hacerme daño. Y no lo hice por la presión, sino por la culpa que sentí, con la sensación de que, si no hubiera dejado que este juego con Vera saliera a la luz, nada de esto habría pasado.

—No tendríamos que haber dejado entrever nada —dije, con la voz ronca.

—¿Y qué pretendes? ¿Dejar de vivir porque a otros no les gusta lo felices que sois? —bufó Cami—. Así no vas a ganar nada. Nunca vas a ser suficiente. Así que mejor sé suficiente para ti misma.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el cristal frío de la ventana. Y entonces, el móvil vibró en mis manos.

Tardé varios segundos en contestar a Vera. Tenía miedo. Miedo de lo que pensara. Miedo de que viera todo y se arrepintiera de estar conmigo.

Pero contesté y su voz fue como un bálsamo.

—Ey, preciosa.

No pude hablar de inmediato. Solo dejé escapar un sollozo contenido.

—Lydia, escucha —dijo, más firme—. No pienso dejarte. ¿Me oyes? No importa lo que digan. No importa lo que se inventen. No pienso poner en riesgo lo nuestro porque haya gente que no soporta vernos así.

—Te están arrastrando también a ti… —murmuré—. Y lo que dicen, es una sarta de mentiras.

—Que lo hagan. No les debo nada. A ti, sí.

Apreté los ojos, mientras varias lágrimas caían silenciosas.

—Prometo que esto va a pasar —añadió Vera, en voz baja—. Y cuando pase, vamos a seguir aquí. Juntas. ¿Me crees?

Asentí, aunque ella no podía verme.

—Te quiero, Lydia. Mucho más de lo que te imaginas.

Me llevé una mano al corazón, tratando de sostenerlo en su sitio.

—Yo también, Vera —susurré.

No era el momento perfecto, la verdad. No con mi familia mirando. No era la llamada que hubiera querido tener. Pero era real. Y eso me pareció suficiente.

****

Aquella noche, tumbada en la cama de mi habitación de adolescente, con los trofeos de mi infancia en las estanterías y el ruido del ventilador girando sobre mi cabeza, supe que estaba en medio de una batalla que no podía controlar.

La prensa. Las opiniones. Las expectativas.

Todo eso era ruido.

Y el miedo… El miedo estaba ahí. Asomándose con sus garras afiladas.

Me quedé mirando el techo, siguiendo con la vista el lento movimiento de las aspas, como si pudiera hipnotizarme y sacarme todos los pensamientos de la cabeza.

¿Quién querría hacerme daño así? ¿Quién ganaba algo viéndome caer casi al final de mi carrera?

No tenía enemigos declarados. No había tenido jamás un escándalo, ni una pelea pública. Solo había jugado al fútbol, había hecho mi trabajo, había defendido los colores de cada camiseta de cada club en el que había estado como si me fuera la vida en ello.

Y ahora… ahora parecía que eso ni siquiera importaba.

El móvil vibró junto a mí.

Cami:

¿Estás bien?

Sonreí con tristeza. Qué pregunta tan simple. Qué difícil era responderla de verdad.

Yo:
Sí. Todo bien.

Mentí. Mentí porque no quería cargar a Cami con esto. Mentí porque si empezaba a decir la verdad, temía que no pudiera parar.

Apagué el teléfono y cerré los ojos.
Intenté pensar en otra cosa. En Vera. En mi familia. En la niña de ocho años que soñaba con ser futbolista y que ahora, tumbada en esa misma cama, no sabía si quería seguir siéndolo un segundo más. Por primera vez, me quité de la cabeza la idea de resistir un poco más. De seguir luchando solo por orgullo. Por primera vez, pensé que tal vez retirarme no era una derrota. Que quizás… era el único final digno que me quedaba. Y aunque doliera admitirlo, aunque parte de mí quisiera rebelarse, en este instante supe que, si no jugaba un partido más, si no pisaba otra vez un campo... Quizá sería lo mejor. Quizá era hora de dejarlo estar.

Porque, en el fondo, el miedo seguía ahí. Agazapado. Esperando. Esperando a ver si era lo suficientemente valiente para dejar ir este sueño.

23

A fuego lento.

"No les debo nada. A ti sí." Las palabras de Vera aún daban vueltas en mi cabeza como un eco que no se marchaba ni en sueños. ¿Cómo que no les debía nada? Claro que sí. Le debía al fútbol. A la afición. A las niñas que llevaban nuestra camiseta con el número a la espalda y escribían nuestros nombres en sus libretas del colegio.

Ella no lo entendía del todo, porque era un fuego nuevo en su interior, pero yo ya sabía lo que significaba ser las cenizas que intentan brillar por una última vez.

Cada vez que pisaba la ciudad deportiva o un campo de fútbol, sentía todo lo contrario a esa excitación por el juego que siempre había estado dentro de mí. Ya no era Lydia Thomas, la veterana sólida del equipo. Era **"Lydia y su romance viral". "Lydia y la bajada de rendimiento". "Lydia y el rumor eterno de quien perdía voz en el equipo".**

Era nuevo día de partido, y apenas puse un pie fuera de vestuarios, los flashes comenzaron a deslumbrar mi alrededor. Micrófonos, cámaras, preguntas disparadas como dardos.

—Lydia, ¿algo que decir sobre las últimas noticias que han salido?

—¿Vera Collins verá este partido?

—¿Confirmas los rumores sobre tu alejamiento del equipo?

—¿Tu silencio es una forma de confirmar que la relación es real?

No respondí a nada. Caminé hacia delante, con las manos cerradas en puños, y los dientes apretados.

Detrás de mí, Cami bufó con fastidio.

—¿Estás bien?

—Estoy genial —contesté, sin mirarla.

No me creyó. Y yo tampoco.

****

La tensión se me notaba hasta en la forma de respirar. Durante el calentamiento, Cassidy me miraba como quien observa a una bomba a punto de estallar. Y tenía razón.

—¿Algún problema, Thomas? —me preguntó entre risas forzadas.

—Ninguno.

—No pareces muy entusiasmada de volver a jugar. ¿O es que estás esperando a que alguien te dedique un gol para volver reaccionar?

La sangre me subió a las mejillas. Cami me agarró del brazo antes de que pudiera soltar algo más ofensivo que una patada al balón.

Sinceramente, no me podía creer que hasta la entrenadora no estuviera de mi parte.

—No merece la pena —me susurró Cami—. Solo está buscando sacarte de quicio.

—Pues lo está consiguiendo, joder —gruñí, entre dientes.

Cassidy se alejó satisfecha, como si hubiera ganado algún tipo de apuesta que yo desconocía. Igual que a gran parte de nuestras compañeras.

—Así solo les estás dando algo de qué hablar —me regañó Cami en voz baja—. Si te ven enfadada, si te ven desequilibrada, lo único que consigues es que te provoquen más.

—Al menos así no se inventarán historias, y tendrán algo real con lo que joderme —dije, más cortante de lo que pretendía—. Sinceramente, ya me da igual.

Cami me miró con los labios apretados, pero no respondió.

No hacía falta. Yo ya sabía qué me estaba pasando, que estaba dejando que el ruido exterior entrase en mí, que me estaba convirtiendo en lo que prometí no ser nunca: una jugadora que ya no juega por amor al fútbol, sino por obligación.

El rival de la jornada era Kansas City, el fiel recordatorio de donde empezaron mis problemas de rodilla. Tenían un equipo muy técnico, duro y fuerte, y con ganas de subir puestos en la tabla. La ventaja era que nosotras jugábamos en casa, pero sin dudas, ellas tenían el hambre.

Y yo… yo solo tenía rabia acumulada.

El primer balón que toqué lo despejé con tanta fuerza que se fue directo a la grada derecha del estadio. El segundo, lo intercepté con precisión y durante el primer tiempo, fui así de efectiva, aunque algo torpe. Un poco descontrolada, pero totalmente necesaria para el equipo. Como una tormenta que arrasa con todo, pero que también riega los campos a su alrededor.

Cami me gritaba indicaciones desde el mediocampo, mientras Cassidy se mantenía en la banda, anotando cosas en su libreta como si estuviera diseñando mi autopsia.

El marcador seguía 0-0, y Kansas empezaba a presionar con más hambre que nunca.

Una de sus mediocentros filtró un pase peligroso hacia el hueco de nuestra defensa. Una línea fina, medida al milímetro, buscando dejar a su delantera mano a mano con nuestra portera. El estómago me dio un vuelco y reaccioné instintivamente.

Corrí como una flecha, anticipándome al movimiento antes de que la jugadora siquiera pensara en rematar. Mis piernas protestaban por la exigencia, pero no escuché nada más que el latido en mis sienes.

Y, por suerte, llegué justo a tiempo.

Deslicé mi cuerpo en una entrada perfecta, con el taco delantero rozando el balón antes de que el pie de la rival lo tocara. El césped se levantó y el estadio contuvo la respiración.

—¡Muy buena, Thomas! —gritó alguien desde las gradas.

Me levanté de inmediato, sin siquiera celebrar la jugada. Mi camiseta estaba manchada de barro, la rodilla izquierda ardiendo por el roce, pero me mantuve firme. Después, miré a la delantera con frialdad y ella me devolvió una mueca frustrada.

No iba a regalar nada. No mientras aún tuviera algo dentro que ofrecer.

La portera me lanzó una mirada de alivio y me levantó el pulgar.

Cami me señaló desde el medio:

—¡Eso es lo que necesitamos, capitana!

Pero seguí sin decir nada, porque no podía. Porque mientras el estadio aplaudía y mis compañeras me daban palmas en la espalda, sentía una punzada en el pecho.

Esa jugada, ese momento perfecto, había costado un pedazo más de mí.

Y no sabía cuántos me quedaban.

****

Al final del partido, ganamos 2-1. Yo no lo celebré.

No porque no estuviera feliz por el equipo, sino porque sabía que ese partido no me había devuelto el alma. Solo había servido para apagar un fuego. Pero dentro de mí, otro empezaba a arder.

En el vestuario, Cami se me acercó mientras me quitaba las vendas de los tobillos.

—¿Vas a seguir así?

—¿Así cómo?

—Como si todo te diera igual —me dijo, sin suavidad—. Como si la única forma de protegerte fuera endurecerte hasta no sentir nada.

Le sostuve la mirada, pero no le respondí. Tampoco tenía una respuesta clara, más que silencio y cansancio.

Aunque por primera vez, sentí que eso era justo lo que mi corazón pretendía decir.

24

El peor partido

El vestuario olía a sudor, a cinta adhesiva, a euforia contenida. Habíamos ganado, si y yo había jugado lo suficientemente bien. Pero el sabor que mantenía no era dulce, ni mucho menos reconfortante. No había alegría, ni siquiera alivio. Solo esa especie de nudo que me habitaba desde hacía semanas. Esa sensación de que todo estaba a punto de romperse, y que era yo la que mantenía el martillo en la mano.

Mientras me terminaba de cambiar en silencio, después de la no charla con Cami, Cassidy se acercó con su bloc de notas bajo el brazo y una botella de agua en la mano, como si viniera en son de paz, cuando todas sabíamos que ese no era su estilo. Al menos, no en el último año.

—Necesito que vengas conmigo a la rueda de prensa —dijo, sin rodeos.

La miré de reojo. Me imaginé diciéndole que no, que ya tenía suficiente, que no iba a seguir prestando mi cara para el espectáculo. Pero sabía que no podía hacer eso sin dejar otra bomba detrás.

—¿Por qué tengo que ir yo?

—Porque eres la capitana, y has hecho un buen partido. Además, nos guste o no, la gente quiere verte. Y, sinceramente, porque si no sales tú, se inventarán cualquier cosa que joderá más al equipo.

"¿Por qué tiene que pagarlo todo conmigo?"

Suspiré con fuerza, apoyando la cabeza en la pared.

—No quiero hablar de nada que no tenga que ver con el partido.

Cassidy sonrió con ese medio gesto que usaba cuando sabía que ya había ganado la discusión.

—Eso puede hacerlo cualquiera, pero no frenar las bombas que lancen los periodistas.

—¿Y tú quieres que yo las reciba por el resto? ¿Tengo que seguir tragando sus malditas insinuaciones?

—Quiero que controles la narrativa, Thomas. Eso es lo que hacen las líderes.

Y aunque toda mi alma pedía que mandara todo a la mierda, asentí. Porque aún tenía restos de responsabilidad en los bolsillos. Porque sabía que, si no lo decía yo, alguien más haría conjeturas por mí.

****

La sala de prensa estaba demasiado llena. Las luces me parecieron agresivas, los micrófonos como bocas abiertas esperando tragarse cualquier palabra que se me escapara. Me senté al lado de Cassidy, rígida como una columna, y esperé la primera pregunta.

Un dardo que, por supuesto, no tardó en llegar.

—Lydia, ¿te afecta todo lo que se está diciendo sobre ti últimamente? Hay quienes opinan que tu bajada de rendimiento tiene que ver con tu relación con Vera Collins. ¿Qué respondes?

Inspiré hondo, me pasé la lengua por los labios y sonreí de la forma más fingida que pude.

—Creo que, si las cámaras pasaran tanto tiempo enfocando los aciertos como los errores que tengo, la historia sería diferente.

El murmullo fue inmediato. Los teclados sonaron a mi alrededor, y las manos del resto de periodistas, se levantaron como flechas.

—¿Entonces confirma su relación con Collins?

—Confirmo que lo que ocurre en mi vida personal no debería estar compitiendo con lo que pasa dentro del terreno de juego —dije, con más sequedad de la que pretendía.

El periodista que había hecho la pregunta entrecerró los ojos, como si oliera la sangre.

—¿Y considera que su ciclo profesional está llegando a su fin? Porque es lo que dan por hecho algunos medios durante semanas.

Y ahí estaba. El momento perfecto que estaba buscando.

Me había prometido que sería en un momento de celebración, por el aniversario de las Portland Thorns, como regalo o homenaje a lo mucho que

me había dado este equipo.

Mi mirada cayó sobre la mesa durante unos segundos. Podía sentir la respiración de Cassidy a mi lado mientras observaba al frente con una sonrisa en los labios. El zumbido de las luces. El cosquilleo en la garganta que precedía a las decisiones grandes me azotó sin poder evitarlo.

Ya no podía callarlo. De hecho, ya no quería hacerlo. Así que, levanté la cabeza, miré directamente a las cámaras, y dije:

—Creo que es el momento perfecto para anunciar que esta será mi última temporada como jugadora profesional.

El silencio fue breve, como el filo de una hoja que toma aire antes de caer y cortar lo que encuentre a su paso. Y entonces explotaron las voces, los flashes, las preguntas desordenadas.

—¿Es por presión mediática?

—¿Ha influido su relación con Collins?

—¿Cassidy tiene algo que ver en esto?

Cassidy levantó una ceja ante esa última y dijo, sin siquiera alzar la voz:

—Yo solo entreno jugadoras. No emociones.

La frase cayó sobre mí como un golpe bajo, y aunque parte de mí sabía que no lo decía con maldad, no pude evitar sentirme sola.

—No me retiro por una relación —aclaré, mirando al centro de la sala —. No me retiro por un mal pase o por lo que digan de mí. Me retiro porque he estado toda mi vida dándolo todo por este deporte. Y ahora, mi mente, y sobre todo mi cuerpo, me piden otra cosa.

Ya no había marcha atrás. Cassidy anunció el final de la rueda de prensa y se levantó sin mirar atrás. Yo me quedé unos segundos más, no porque quisiera, sino porque necesitaba entender lo que acababa de hacer. Antes de salir de ahí y ver cómo el mundo ya había cambiado.

Y, de hecho, de vuelta al vestuario, no encendí las luces. Me senté en la oscuridad, sola, con el murmullo lejano de los pasillos y mi móvil en un hervidero de notificaciones.

Mensajes. Llamadas. Alertas.

Aun así, no lo toqué. No quería hablar con nadie. Ni siquiera con Vera. Porque, por dentro, algo me decía que cuando lo supiera… cuando leyera

las noticias antes de escucharlo de mi voz… puede que todo entre nosotras cambiara.

Finalmente, me obligué a desbloquearlo. Tenía nueve mensajes y dos llamadas perdidas.

Vera:
¿Esto va en serio?

Vera:
Lydia, dime que los titulares son mentira.

Vera:
¿Cómo que te retiras? ¿Ahora?

Vera:
¿Por qué no me lo dijiste antes?

Vera:
¿Tiene que ver conmigo? Porque si es así, juro que no lo permitiré.

Vera:
Contéstame, por favor.

El último mensaje era un audio que no me atreví a escuchar. Porque si lo hacía, estaba segura que me derrumbaría ahí mismo y, sinceramente, no estaba segura de tener la fuerza para enfrentar lo que Vera tuviera que decir.

Yo había elegido hablarle al mundo antes que a ella. Y tenía muy claro que eso… eso también podía rompernos.

"El fútbol, ya no es el amor de mi vida."

25

...

Nunca pensé que mi retirada iba a convertirse en una especie de trending topic.

Literalmente.

"Lydia Thomas anuncia su adiós al fútbol" estaba en cada maldito periódico, blog deportivo y cuenta del fandom. El resumen de mi carrera, recortado en clips de quince segundos con música triste y textos animados que decían cosas como **"Gracias, capitana"** o **"El fin de una era"**.

Pero el golpe más fuerte no vino de los medios tradicionales, sino de esas seguidoras que habían estado conmigo en cada momento.

Ese grupo salvajemente creativo, ruidoso y entregado que había convertido mi rivalidad con Vera en una saga romántica en tiempo real. El mismo que, a lo largo de los meses, había creado edits, camisetas, fanfics y hasta encuestas sobre quién era más dominante en la relación.

Ese fandom… estaba de luto.

"¿Qué vamos a hacer sin LI-DE-RA?"

"No puede ser el final, aún no se han besado en público 😭."

"Necesito una última temporada y una escena de beso dentro del terreno de juego, por favor."

"Lo único que nos queda ahora es llorar y ver sus partidos repetidos."

Y luego, claro, luego estaba la otra parte. Los que se jactaban de haber ganado en esta irreal lotería. Los que decían que me había rendido, que me estaba escondiendo, que era el amor lo que me había distraído.

Como si nunca hubiera sangrado por este deporte. Como si no me hubiera partido el alma por él. Como si no hubiera entrenado bajo la lluvia, con fiebre, con una pierna vendada y la otra tiritando de miedo. Como si no supiera lo que es marcar en el último minuto, defender en el 90+3, aguantar una final con el hombro luxado y el orgullo intacto.

Como si amar a alguien fuera incompatible con ser buena en lo que hago.
Como si enamorarte de una mujer brillante, sexy, difícil y maravillosa fuera motivo suficiente para anular todo lo que fuiste antes de ella.

“Se enamoró y se volvió blanda.”
“Desde que está con Collins, dejó de ser lo que era.”
“Se ha ido por la puerta de atrás.”
“Una pena, porque era una leyenda.”

Una leyenda. Así, en pasado. Como si ya no estuviera aquí. Como si por amar, por sentir, por tener miedo… hubiera dejado de valer.

Y por primera vez en muchos años, me di cuenta de algo que dolía más que todos esos comentarios juntos: que una parte de mí había empezado a creérselo. Que estaba empezando a pensar que tal vez tenían razón.

Y eso… eso sí que era una verdadera derrota.

****

En casa, mi madre había organizado una barbacoa con la excusa de “relajar el ambiente”.

Cami estaba allí, como siempre, fiel a su papel de mejor amiga y guardiana de mis impulsos. Daisy cortaba limones en la cocina mientras bromeaba con los vecinos sobre mi “renuncia al drama mediático”. Y yo… yo intentaba que el aire me entrara en los pulmones sin sentirme culpable solo por respirar.

—¿No vas a comer nada? —preguntó Cami, sirviéndose una hamburguesa.

—No tengo hambre —mentí.

—No tienes ganas de que alguien te saque una foto masticando y digan que estás deprimida.

Rodé los ojos, pero tenía razón. Cada gesto mío era ahora una lectura para los medios.

—No sé cómo seguir con todo esto —dije, sin mirar a nadie.

—No tienes por qué seguir igual —intervino Daisy, apareciendo con una jarra de limonada—. Solo tienes que seguir. A tu ritmo, de la manera que tú creas. El fútbol no se termina con una rueda de prensa, Lydia.

—Es tu historia —añadió Cami—. Y tú decides cómo contarla.

Tragué saliva. Sentí las lágrimas queriendo salir por mis ojos, pero me mantuve firme. Esa era la parte difícil: no llorar por lo que ya no tendría, sino entender que aún había algo esperando, aunque no supiera qué era realmente.

Fue entonces cuando sonó el timbre. Y mi estómago sintió esas mariposas que siempre se despertaban con una persona en concreto. Ni siquiera me hizo falta mirar por la ventana o mirar quien era para saber que Vera estaba aquí. Sobre todo, porque yo seguía ignorando sus mensajes y llamadas.

Me levanté despacio. Caminé hasta la puerta como quien se acerca a un paraje desconocido, y abrí.

Tenía el pelo suelto, el rostro cansado —seguramente por el viaje—, una camiseta negra y esa chaqueta que siempre parecía robada de una película de espías. Pero lo que no pude ignorar, fueron esos ojos intensos que no había visto jamás.

—¿Piensas ignorarme toda la vida? —dijo, sin darme espacio para saludar.

La abrí del todo, aún con una mano en el marco.

—No te estoy ignorando…

—¿Ah, no? Porque todo el país sabe lo que está pasando menos yo. ¿Te parece normal que me haya enterado de todo por las alertas de Google, Lydia? Joder, se supone que somos… nosotras.

Cerré los ojos un segundo, conteniendo el temblor en los dedos.

—No sabía cómo decírtelo.

—¿Y decírselo al mundo era más fácil?

El tono de su voz era bajo, pero cargado de un filo que se me clavó en el alma. Como si tuviera que medir cada palabra para no explotar.

—No quería que pensaras que tenía que ver contigo —aclaré.

Ella frunció el ceño y dio un paso adelante.

—Pero sí tiene que ver conmigo. Tiene que ver con todo. Con lo que estamos viviendo. ¿No ves que no se trata solo de ti?

—Claro que lo sé —contesté, subiendo la voz por primera vez—. Pero llevo años siendo el ejemplo, la roca, la que nunca falla en nada. Y de repente estoy cansada. Estoy jodidamente cansada, Vera. De pelear. De justificar cada emoción que tengo, de tener que obligar a mi cuerpo a dar un pase más.

Ella no dijo nada por un segundo y después, suspiró.

—Yo no te pido que justifiques nada. Te pido que no me dejes fuera.

Sus palabras me hicieron daño.

—No lo hice por herirte.

—Pero lo hiciste sin contar conmigo —replicó—. Y eso también duele.

Nos quedamos en silencio. Mi familia, en la terraza, se había quedado en pausa. Todos fingiendo normalidad mientras nosotras abríamos heridas a metros de la carne asada.

Finalmente, bajé la mirada.

—No sé cómo hacer esto —admití—. Cómo estar contigo sin sentir que estoy fallándole al resto.

Vera dio un paso más. Ya no estaba enfadada, al menos, no del todo.

—Hazlo como haces todo lo demás —susurró—. Con pasión. Con locura. Con esa intensidad que me volvió loca desde que te cruzaste por delante de mí la primera vez en el campo.

—Ahora sí que la he cagado, ¿verdad? —dije, con la voz temblándome.

Ella sonrió, con esa maldita expresión tan suya. Mitad arrogancia, mitad ternura. Una mezcla que, por mucho que intentara resistirme, siempre terminaba desarmándome.

—Sí —dijo, sin rodeos—. Pero si no me dejas ayudarte a recoger los pedazos… entonces sí que lo harás del todo.

Me quedé ahí, congelada. No por el reproche, sino por lo que había detrás de esas palabras. Vera no parecía enfadada, pero sí dolida, estaba eligiéndome incluso cuando yo me había escondido.

—No sé cómo hacerlo —murmuré—. No sé cómo tener esto… contigo… y no sentir que voy a cagarla en algún momento.

Vera alzó una mano y la apoyó en mi mejilla. No había más palabras en ese gesto que el contacto cálido de alguien que me conocía demasiado.

—No tienes que hacerlo todo perfecto. Simplemente, no huyas.

—Estoy cansada, Vera —confesé—. Cansada de pelear, de fingir, de esconderme.

De cargar con la versión de mí que todo el mundo espera.

—Entonces déjala caer —susurró—. Y quédate conmigo.

Y ahí, en ese umbral, con todos mirando sin llegar a prestar atención, sentí que, por fin, después de tantos partidos, tantas derrotas y tantos goles… alguien me estaba ofreciendo un empate que valía la pena aceptar. Un empate que no sabía si terminaría en victoria. Pero que, por primera vez en mucho tiempo, no me daba miedo jugar.

Porque si me iba a romper… al menos sería de la mano de alguien que también estaba dispuesta a recogerme.

26

Al filo del abismo.

Desperté con la espalda pegada al calor de su cuerpo. La cortina dejaba entrar una línea delgada de luz, como si el sol también se hubiese colado en mi habitación, invadiendo el colchón, las paredes con posters antiguos, y esa sensación de que, por un momento, el mundo de ahí fuera, se había detenido, para darnos un pedazo de tregua que me llenó el corazón.

Vera dormía tranquila, respiraba profunda y rítmicamente, como si no hubiera tormentas ahí afuera. Como si no hubiera titulares con nuestros nombres ni cuentas regresivas hacia mi final anunciado.

Pasé un dedo por su espalda desnuda, dibujando una línea invisible sobre su piel. Su piel estaba cálida, suave, y bajo la yema de mis dedos, sentí un leve estremecimiento, cuando la oí respirar, aún medio dormida, y apenas giró la cabeza hacia mí.

—¿Estás intentando despertarme… o provocarme? —murmuró, con esa voz grave y peligrosa que solo usaba entre nuestras sábanas.

—¿Y si es ambas? —susurré cerca de su oído, dejando que mis labios apenas lo rozaran.

Se giró por completo, quedando boca arriba, con el cuerpo apenas envuelto en la sábana, pero ya deslizándose como si supiera que estaba en juego algo más que un simple “buenos días”.

Mis labios buscaron su cuello, bajando con lentitud, con hambre, pero también con una necesidad que me era difícil disimular. Vera me recibió con una mano en mi nuca, enredando los dedos en mi pelo, y con la otra me atrajo hacia ella, apretando nuestras caderas, despertando un latido que ya no podía contener.

Me deslicé sobre su cuerpo, sintiendo cómo se arqueaba debajo de mí. La besé como si solo eso pudiera salvarnos del mundo exterior. Como si lo que había afuera no importara si podía quedarme entre sus piernas, si podía escuchar su respiración acelerarse con cada caricia.

—Mírame —le pedí, mientras recorría con la lengua el borde de su clavícula—. Quiero que me mires cuando te haga olvidar todo.

Vera abrió los ojos y los fijó en los míos.

—Hazlo —susurró—. Te estoy esperando.

Entonces descendí.

Mi boca bajó entre su pecho, mi mano acarició la curva perfecta de su cintura. Me movía despacio, rozándola solo donde sabía que la haría perder la cabeza. Su piel se erizó bajo mi lengua, y cuando mis dedos la tocaron por fin, ella soltó un gemido contenido que me hizo vibrar entera.

—Lydia… —susurró mi nombre como si lo gritara. Como si solo eso importara.

La sentí rendirse. Entregarse. Y también me rendí yo.

No había táctica ni defensa que me protegiera de esto. Era un gol inevitable. Uno que esta vez no iba a defender.

Y cuando sus caderas se movieron contra mi mano, cuando la sentí tensarse y luego rendirse por completo, entendí algo que ninguna rueda de prensa podía arrebatarme:

Con ella, siempre vivía el mejor partido.

****

Nos quedamos un rato mirándonos, acariciando nuestros cuerpos desnudos, disfrutando de este momento como si fuéramos a tardar en vivirlo de nuevo.

—¿Quieres hablar?

—No —dije—. Quiero quedarme en esta cama el resto de mi vida. Y que nadie vuelva a preguntarme nada. Nunca más.

Vera se rio, con una expresión tan bonita que me hizo sonreír de más.

—Podríamos hacerlo. Pedir comida, cerrar las persianas, ignorar al mundo.

—Tentador —murmuré, y la besé de nuevo.

Fue un beso sin urgencia, sin la desesperación de otras tantas veces. Fue suave, profundo, lleno de silencios que decían cosas que no me atrevía a

pronunciar.

Fue el tipo de beso que hacía que las heridas dolieran menos. El que echaría de menos cuando las dos volviéramos a la realidad.

Una realidad que vi de cerca mientras Vera se abrochaba los vaqueros y se ataba las botas sentada al borde de la cama.

—¿Estás segura de que quieres que me vaya hoy?

La pregunta quedó flotando en la habitación.

—Si te quedas más tiempo… me voy a acostumbrar.

Ella me miró, sonriendo con tristeza.

—¿Y eso es malo?

—No lo sé —admití—. Creo que todavía no sé quién soy sin el fútbol.

Vera no insistió. Se acercó, me besó la frente y susurró contra mi piel:

—Cuando lo sepas, sabes que estaré aquí.

"Claro que lo sé", me dije, y procuré aprovechar cada segundo de mi tiempo con ella sin que el aire que nos rodeaba, me robara un poquito de su atención. Al menos, hasta que se fue y la tarde cayó como un trapo húmedo sobre mi espalda de camino a la ciudad deportiva.

En el entrenamiento, todo pareció moverse más lento. Como si los conos estuvieran más lejos, el campo fuese más largo, el aire mucho más denso.

La entrenadora me miraba de vez en cuando, pero no decía nada. Solo tomaba notas. Nos observaba y juzgaba —como siempre— cada una de nuestras jugadas. Pero en su tono de voz, yo notaba el desprecio que no se atrevía a mostrar en voz alta.

Lo sentía en la nuca, en cada fibra de mi ser. Hasta que algo estalló y escuché sus gritos. Estábamos haciendo rondas de posesión cuando me gritó desde la banda:

—¡Thomas! ¿Estás presente o solo has venido a hacer acto de presencia?

El grupo se quedó en silencio y Cami me echó una mirada rápida.

—¿Perdón? —dije, dando un paso adelante.

Cassidy bajó su libreta, con una sonrisa tan cortante como un cuchillo.

—Si vas a hacer el papel de mártir, al menos hazlo bien. Porque ahora mismo, pareces más un fantasma en busca de compasión.

—Estoy haciendo mi trabajo —solté con sequedad, estaba harta de sus insinuaciones.

Y más, de que intentara ponerme en ridículo delante del equipo.

—¿De verdad? Porque desde fuera parece que te estás asegurando de darle la razón a los que dicen que te has perdido como jugadora por una relación.

Aquello fue como un disparo en medio del pecho.

—¿Qué mierda estás insinuando?

—Nada —dijo, alzando las manos con hipocresía—. Solo que nunca pensé que Lydia Thomas se iría por la puerta de atrás.

El aire se escapó de mis pulmones.

Cami intentó intervenir, pero levanté la mano. No quería que nadie me defendiera.

Porque, en el fondo, esas palabras… ya las había escuchado dentro de mí.

Me tragué la rabia. El impulso de tirarle algo a la cabeza. Sin embargo, me acerqué a ella, lo justo para que nadie más escuchara lo que iba a decirle. Ni siquiera Cami, que ya me miraba con los ojos bien abiertos, como si temiera que yo hiciera algo de lo que me pudiera arrepentir.

Estaba en juego no volver a jugar más por una decisión técnica, y yo lo sabía.

—Tú no tienes ni idea de lo que significa dejar las cosas ir —le dije a Cassidy, sin ningún ápice de temblor en mi voz—. Porque tú nunca te arriesgarías a quedarte sin nada.

Ella alzó una ceja, fingiendo sorpresa.

—Venga, Lydia… no me digas que ahora el amor te ha vuelto una filósofa.

—No. Me ha vuelto honesta —repliqué—. Y tú, entrenadora… solo te escondes detrás de una libreta para no admitir que te gustaría sentir lo que yo siento por alguien, o por jugar en un campo de fútbol con millones de personas.

Se le borró la sonrisa por un pestañeo, pero luego volvió.

—Qué discurso tan bonito para alguien que va a colgar las botas —respondió, cruzándose de brazos—. Pero tranquila… alguien lo editará con música triste y lo convertirá en viral. Como todo lo que haces últimamente.

Te vendría bien tener cuidado con lo que dices, no vaya a ser que dejes de jugar antes de tiempo —gruñó con una sonrisa déspota—. Ya veremos si Collins sigue contigo cuando ya no tengáis nada en común.

No dije nada más. Me giré y crucé el campo sin mirar atrás, con el calor subiéndome por el cuello. Cami corrió para alcanzarme, pero no le dije nada. Solo levanté la mano una vez más.

—No hace falta que vengas.

Cassidy se quedó dónde estaba. Y cuando me alejé lo suficiente, supe que estaba sonriendo. Como si me hubiera empujado justo donde sabía que me iba a doler.

Después del entrenamiento, me quedé sola sentada en la zona de banquillo. Con los tacos enterrados en el césped, la mirada en el horizonte y el corazón hecho un puño.

"Todavía no sé quién soy sin el fútbol". Y ahora empezaba a preguntarme si, en medio de todo esto, también estaría poniendo en peligro la estabilidad de Vera.

Tal vez Cassidy tenía razón, tal vez sí me había dejado llevar, quizás estaba renunciando a esto antes de tiempo. Tal vez lo que me dolía no era el final de mi partido, dar razón a mis múltiples lesiones… sino el miedo de haber apostado al amor y tener la oportunidad de perderlo también.

27

Norte

Me pasé el día de descanso encerrada en casa, con las persianas bajadas y el móvil boca abajo sobre la mesa de centro del salón, como si pudiera evitar el mundo ignorando las notificaciones o cualquier noticia que pudiera salir en los miedos.

Sin embargo, fue imposible evitar a mi hermana.

—¿Vas a dejar que lo que diga tu entorno arruine esto? —me preguntó sentada en el sillón, con los brazos cruzados y una mirada que, honestamente, me daba más miedo que cualquier periodista.

—No creas que es tan fácil —le respondí, sin mirarla.

—Claro que no lo es —siguió ella, tirándome un cojín a la cara—. Pero yo tampoco lo veo tan complicado, quieres a Vera y ella te quiere a ti, ¿qué más da si el fútbol ya no os une como antes?

—Daisy…

—No. No me pongas esa cara de "tengo treinta y seis años y sé lo que hago". Te estoy preguntando algo muy básico, Lydia. ¿La quieres lo suficiente?

—Claro que la quiero.

—Entonces… ¿vas a dejar que una entrenadora con complejo de diosa te haga creer que lo tuyo con Vera solo vale dentro de un campo de fútbol?

Bufé y le tiré el cojín de vuelta.

—No es solo Cassidy. Es por todo, por el ruido. La idea de que tal vez… lo nuestro solo tiene sentido con el fútbol rodeándolo todo. Que cuando esto termine, cuando el silbato suene por última vez… se acabará también lo que somos.

Daisy me dedicó una sonrisa.

—¿Y si no se acaba? ¿Y si el fútbol no es lo que de verdad os une, sino lo que os empujó a veros de verdad?

No supe qué responder. Pero sí tenía algo claro, y es que el tiempo era quien me lo diría.

****

Los entrenamientos siguientes fueron otra historia. Decidí callar el ruido con entradas perfectas, carreras sin descansos, con gritos de victoria y con el sudor manchando la camiseta. No fue un acto de redención, pero al menos era la dirección correcta que debía tomar. Una forma de no hundirme ni cagarla, porque iba a retirarme, sí, pero quería hacerlo por todo lo alto.

Cassidy no dijo nada durante las primeras dos sesiones. Ni una sola palabra, aunque sí la vi sonreír de vez en cuando. Parecía satisfecha de mi cambio de actitud.

Incluso cuando terminé un ejercicio de recuperación más rápido que cualquiera de las otras defensoras, levantó la vista y me asintió. Una aprobación que no pedí, pero que, por un momento, me pareció que calmaba la tormenta.

Al menos sabía que podía seguir adelante. Que aún había fútbol en mí. Aunque ya no fuera lo único que quería.

La noche de ese viernes era el partido de San Diego Wave —dos días antes que el nuestro—, me abrí una cerveza sin alcohol bien fría y me senté frente al televisor sin ninguna compañía. Ni Vera ni yo habíamos hablado desde que Cassidy me tiró esa frase como si fuera una bomba. Otra vez me había sumergido en mi burbuja donde solo existían lamentos y entrenamientos, y ella… bueno, Vera seguía estando en todas partes. La prensa. Las redes. Las fotos de ella marcando goles sin parar.

El partido fue de los que me gustan, intensos, luchados. Ella jugó como una bestia. Marcó un gol con la zurda y lo celebró con el puño al cielo, antes de desaparecer tras la cámara como si el mundo no pudiera alcanzarla.

Pero lo mejor —y también lo inesperado—, vino después. Durante la entrevista post partido.

El periodista mantenía una sonrisa típica, mientras los focos brillaban alrededor de Vera. Ella aún sudaba y tenía la camiseta medio remangada, con ese gesto entre encantador y desafiante que logró conquistarme.

—Vera, un gran gol y otra victoria. Pero últimamente no dejas de sorprendernos. Hoy jugaste con más calma, algo… distinta. ¿A qué se debe?

Ella sonrió, y por un segundo, apartó la mirada como si se estuviera pensando qué era lo que iba a revelar, después, sonrió con toda la intención y miró hacia la cámara.

—Alguien especial me enseñó que el fútbol no lo es todo —dijo, en voz baja pero segura—. Que a veces… hay que atreverse a elegir algo más, a buscar eso que el corazón te pide.

Hubo un breve silencio. Yo dejé la cerveza a medio camino de mi boca. El corazón me dio un vuelco y después, el periodista se rio, nervioso.

—¿Te refieres a… alguien en especial?

—Sí —respondió, sin vacilar—. Y no me importa que la gente lo sepa.

Lo que vino después fue el puro caos. Twitter estalló y el fandom se volvió loco.

“¿Vera también va a dejar el fútbol?”

“¿Esto es una declaración de amor?”

“¿Ha dicho eso por Lydia Thomas?”

“LI-DE-RA está VIVA, señoras.”

“El fútbol no lo es todo… ¿pero el amor sí?”

No podía dejar de mirar la pantalla.

Ni de pensar en ella diciendo eso. En su voz, tan clara, tan decidida. En cómo me había señalado a mí sin nombrarme. Y, también, en cómo, con una sola frase, había hecho lo que yo no había tenido el valor de hacer. Ella había apostado, había salido ahí, con el mundo mirándola, y había elegido algo más. Nos había elegido a nosotras. Vera Collins acaba de hacer algo que yo nunca tuve el valor de hacer: apostar por nosotras y no pude evitar sonreír.

El teléfono sonó y vi que era Cami.

—¿Ya te has desmayado de amor o te has puesto a gritar? —fue lo primero que dijo, sin saludo ni anestesia.

Me reí, sin quererlo, y me dejé caer de espaldas sobre el sofá, con el móvil apoyado en el pecho como si así pudiera calmar un poco mis nervios.

—Estoy procesándolo.

—¿Procesando que tu chica acaba de hacer historia o que te acaba de dejar en ridículo con una declaración pública preciosa mientras tú llevas días huyendo como si esto fuera el fin del mundo?

—Vete a la mierda —gruñí.

—Estoy en la cola. Pero antes: ¿vas a dejar esa actitud y a demostrarle lo que vales o no?

Cerré los ojos. Me costaba respirar, pero no porque estuviera mal. Todo lo contrario.

—Admito que me ha dejado sin palabras. Literalmente. No sé ni qué decirle.

—Pues empieza con "gracias" y termina con "quiero estar contigo, aunque me dé miedo el futuro". Fácil. ¿Ves? Ya te he escrito el discurso.

—Cami…

—Lydia.

Hubo un silencio breve, pero lleno de significado.

—Estoy feliz por ti, tía —dijo por fin, y esta vez la voz le tembló un poco—. De verdad. Aunque me des pena cada vez que no te permites ser feliz tú también. Deberías disfrutar de esto, y también de los últimos partidos que te quedan, aunque a Cassidy le joda.

Tragué saliva y me mordí el labio inferior.

—Creo que hoy… por primera vez en mucho tiempo… lo estoy.

—Bien —comentó ella, aliviada—. Porque lo mereces, joder, si alguien ha luchado cada puto día por su lugar en este mundo, eres tú.

Me limpié las lágrimas sin decir nada.

—Y ahora —añadió, recuperando su tono habitual—: búscala y dile algo bonito antes de que la prensa convierta eso en otro viral con edits de TikTok y música de Taylor Swift.

Sonreí, aún con los ojos húmedos.

—Gracias, Cami. Tú sí que eres una buena amiga.

—Gracias a ti, capitana. Ahora ve y gánate tu último gran partido.

Cuando colgó, me quedé estática, abrazando el móvil, con el corazón desbordado. Después de tantos días a la defensiva, me sentía feliz. Y, sobre todo, lista, para dejar de correr hacia una meta invisible. Para elegir lo que quería de verdad.

Abrí nuestro chat y escribí.

Yo:

Me ha encantado escucharte, y también el partido.

Te quiero.

28

Somos del mismo equipo.

No sabía exactamente qué esperaba encontrar cuando toqué el timbre, pero no era eso precisamente. Vera abrió la puerta sin decir una palabra, tenía el pelo recogido en un moño medio desecho y vestía unos pantalones cortos y una camiseta vieja de las San Diego Wave que le quedaba más provocativa de lo que cualquier prenda deportiva debería ser. Tenía la mirada cansada, un poco de ojeras y esa expresión que conocía de memoria: mezcla de orgullo, de desesperación, de dudas.

—¿Puedo pasar? —pregunté, tragándome la ansiedad que sentía con una sonrisa torpe que no sé si llegué a esbozar.

—Eso depende —dijo ella, cruzándose de brazos—. ¿Vienes a decirme algo… o a hacer como si no hubieras tardado siglos en reaccionar?

Levanté las manos en gesto de rendición. Desde que tuve la conversación con Cami, tardé varios días en poner mi cabeza en orden y dar señales de vida.

No podía culparla porque estuviera —un poco— enfadada.

—Vengo a decirte algo. Algo que debí dejarte claro hace mucho —susurré—. Pero me asustaba la idea de hacerlo. Me asustaba tanto que me metí debajo de capas y capas de excusas, de miedo, de tácticas que intenté seguir al pie de la letra, aunque no sirvieron de nada.

Vera no se movió ni un milímetro del umbral de la puerta. Era orgullosa, sí, pero esa era una de las cosas que me enamoraron de ella.

—Entonces dilo.

Respiré hondo. Di un paso hacia ella, y luego otro más, hasta plantar las manos en sus mejillas y mirarla a los ojos.

—Te quiero.

Se le escapó el aire como si lo hubiera estado conteniendo desde el primer partido en el que nos enfrentamos.

—¿Puedes repetirlo? —dijo, con ese brillo de orgullo que solía tener en los ojos.

—Te quiero, Vera Collins. Te quiero de verdad. No por cómo juegas, no por cómo me haces volar entre sentimientos extremos… Te quiero porque incluso cuando estaba huyendo de ti, eras el único sitio al que quería volver. Y no quiero terminar esta historia sin que lo sepas. Sin que lo escuches de mí, de frente, sin micrófonos, ni titulares, ni gradas de por medio.

Vera se acercó. Me rozó las mejillas y después, arrugó los dedos en mi chaqueta.

—Tonta —murmuró, antes de besarme.

El beso no fue suave, fue toda una declaración de intenciones. Una confesión que me erizó la piel. Una respuesta a todo lo que no nos habíamos dicho en días anteriores, en muchos de nuestros encuentros. Sus labios buscaron los míos con hambre contenida, con ese tipo de urgencia que solo se siente cuando se está al borde de perder algo y se decide no soltarlo nunca más.

La rodeé por la cintura, atrayéndola hacia mí como si una parte de mi cuerpo hubiera estado esperando este momento desde siempre. Mi espalda chocó contra la pared del pasillo y ella me siguió, pegándose más, sin dejar de besarme, sin romper el ritmo ni una sola vez. Mis manos se enredaron en su pelo, sus dedos se colaron por debajo de mi camiseta como si recordaran el camino exacto que me hacía temblar.

—¿Esto significa que me vas a dejar estar en cada aspecto de tu vida, a partir de ahora? —susurró contra mi cuello, mientras sus labios dibujaban fuego sobre mi piel.

—Significa que, si no vuelves a besarme, te vas a arrepentir —jadeé, con los ojos cerrados y el corazón golpeando como una alarma en mi pecho.

Se rio, de esa forma peligrosa que solía eclipsarme. Y me besó de nuevo.

Aquí no había un campo de fútbol, ni afición, ni entrenadora, ni titulares en el mundo que pudieran igualar esa sensación: la de ser elegida. No por lo que hacía, ni lo que representaba con una camiseta. Sino por quien era.

Vera Collins me tenía entre sus brazos. Y yo, por fin, estaba lista para quedarme.

****

El aniversario de las Portland Thorns llegó con más fuegos artificiales de los que jamás imaginé. El estadio estaba a reventar, teñido de rojo y negro, con banderas que llevaban mi nombre, mi número, y alguna que otra que decía **"Gracias, capitana".**

Pero lo mejor fue verlos a todos allí. Mi madre, con los ojos brillantes. Daisy con una pancarta hecha a mano que rezaba **"¡Aún puedes correr más que todas!"** —gracias por hacerme sentir tan vieja—. Y muchos fans que, por supuesto, con su camiseta personalizada que decía **"Team Lydia. Always."**

Ojalá hubiera podido ver a Vera sentada en la multitud, con unas gafas oscuras puestas y la capucha de su sudadera favorita. Pero yo sabía que estaba viéndome desde su casa, y con eso, era más que suficiente.

La celebración fue emotiva. Pusieron videos con las mejores jugadas del equipo desde que jugó su primer partido, y claro, también de mis mejores momentos. Cassidy no parecía estar contenta cuando me entregaron una camiseta enmarcada, aunque después de los aplausos de la afición, sonrió.

—He corrido este campo de fútbol mil veces —empecé, con una sonrisa —. Me he caído, me he levantado, he gritado goles y despejes, y he llorado con las derrotas más dolorosas. Pero lo que nunca imaginé, es lo difícil que sería decir adiós.

Hubo un silencio cálido. Casi reverente.

—Después de tanto tiempo, me he dado cuenta de que el corazón tiene espacio para muchos tipos de amor. El fútbol fue el primero. Pero estoy segura de que no será el último.

Cerré los ojos un segundo.

—Para mí, colgar las botas no es rendirse en absoluto —dije, y mi mirada fue hacia la entrenadora—. Es entender que lo que este deporte me ha dado todos estos años… ya es parte de mí. Es entender, que a veces el cuerpo habla más que nosotras, y que debemos escucharlo. Que, en el futuro, también están los éxitos que conseguiste en el pasado —Sonreí—. Y

por eso, sé que el fútbol no se acaba aquí, ni lo hará cuando defienda la última jugada.

Los aplausos no se hicieron esperar. Cami y algunas jugadoras más se emocionaron, como lo hizo el resto de la grada.

Más tarde, en un rincón del estadio ya vacío, grabé una entrevista íntima con el canal del club. Sin luces agresivas. Sin prensa Sin nada que pudiera enturbiar este momento.

Solo una cámara, un micrófono, y yo.

—¿Cuál ha sido tu mejor momento en el campo?

Sonreí.

—No fue un gol. Ni una final. Fue el día que me di cuenta de que jugaba por mí, no por lo que esperaban de mí. Que no tenía que demostrarle nada a nadie más.

—¿Y fuera del campo?

—Decirle a alguien que la quería. Aunque me temblara todo por dentro.

—Y ahora, ¿qué sigue para Lydia Thomas?

—Pienso en vivir —aclaré— Todavía no tengo un plan definido, pero estoy deseando ver cuáles serán mis siguientes pasos.

—Y nosotros también, porque como nos has dicho. El fútbol no se termina cuando se cuelgan las botas.

Por primera vez en las últimas semanas, fui capaz de sonreír, de dejar el estadio con la sensación de haber cumplido con mi cometido. Y esa noche, cuando llegué a casa, incluso mi teléfono vibró entregándome algo mejor.

Vera:

Estoy deseando ver cuáles serán tus siguientes pasos. Y caminar algunos contigo.

La sonrisa me salió sola. Porque había llegado el final de una era. Pero también, el comienzo de algo nuevo.

Y esta vez… no pensaba correr.

29

Última jugada.

Nunca pensé que caminar una última vez por el túnel del Providence Park fuera a doler tanto. Las luces me golpeaban en la cara como si estuviera en el escenario de un concierto, y el rugido de la afición me atravesaba el pecho como una ola. Mis botas golpeaban el suelo con una cadencia distinta, como si cada paso supiera que era uno de los últimos que iba a dar en el terreno de juego.

Cami me dio una palmada en el hombro, justo antes de que saliéramos al campo.

—¿Lista?

—Nunca lo estoy —le respondí—. Pero eso jamás me ha detenido.

Mi último partido era Portland Thorns contra OL Reign. Todo un clásico. Una rivalidad que siempre me había puesto los nervios de punta, la piel de gallina, y hoy, más que nunca, era algo personal.

El ambiente en el estadio era una absoluta locura. Las gradas rebosaban de pancartas: **"Gracias, Lydia", "Una capitana eterna", "LI-DE-RA FOR LIFE"** —esta última me hizo reír—. Incluso alguien había inflado un globo gigante con mi cara, lo cual era… aterrador y conmovedor a la vez, tenía que admitirlo. Las cámaras me seguían, y sentía la atención de cada par de ojos puesto sobre mí.

Cuando el himno terminó y nos colocamos en el centro del campo, la árbitra me dedico una sonrisa cómplice, yo respiré hondo, sorteamos los campos, saludé a Clarice —la otra capitana—, posamos ante las cámaras… Y el partido comenzó.

Durante los primeros minutos del encuentro me sentí como si flotara. Cada pase tenía un eco emocional, cada entrada llevaba un peso diferente, me di cuenta de que no era solo fútbol y técnica, sino una despedida. Era mi

legado. Cerrar una historia que había escrito durante años con el cuerpo, mis ganas y el corazón.

Corría el minuto 74, todavía íbamos 0-0 y sacábamos un córner a nuestro favor. Cami colocó el balón con la concentración de una cirujana. Nos miramos desde lejos, y sentí que las palabras sobraban.

Cuando lanzó el balón, corrí al primer palo, y lo vi venir justo donde lo quería, donde tantas veces habíamos ensayado durante los entrenamientos. Salté, sentí el zumbido del estadio desaparecer por un instante, y conecté el cabezazo con una fuerza que me salió del alma.

El grito fue ensordecedor.

Gol. Mi último gol.

Me quedé de rodillas unos segundos, mirando al cielo, con el corazón desbordado y el cuerpo vibrando como si este pudiera explotar. Las chicas me rodearon en segundos. Y después, llegaron los abrazos, los gritos, y también las lágrimas.

Y entre todo ese caos, vi a Cassidy en la banda. Observándome. No con ese gesto frío de siempre. No con la ceja arqueada, ni con su libreta en mano. Estaba ahí de pie, con los brazos cruzados, sí, pero sin esa coraza que la hacía inaccesible.

Por primera vez en toda la temporada, sus ojos no parecían evaluarme. Solo… acompañarme. Y eso, viniendo de ella, valía más que cualquier discurso.

Cassidy nunca fue mi enemigo, era el reflejo de todo lo que me exigía a mí misma, aunque hubiésemos perdido nuestra amistad. Era esa voz implacable que te obliga a llegar más lejos, no por el aplauso, sino porque es lo que debes hacer. Porque realmente puedes.

Y aunque nunca lo diría en voz alta, yo sabía que ese gesto suyo… era por puro reconocimiento.

****

Al final del partido, mientras la afición coreaba mi nombre y yo daba vueltas al campo, chocando palmas, recibiendo elogios y firmando

camisetas, ella se acercó.

—Lydia —dijo con un tono muy distinto al habitual.

Me giré, todavía agitada, con el cuerpo hecho un tambor.

—¿Entrenadora?

—Quiero decirte algo. Y sé que últimamente no suelo hacer esto, así que escúchame antes de que me arrepienta.

Asentí, sorprendida.

—Me equivoqué contigo —confesó—. Creí que eras solo otra jugadora brillante a la que había que controlar para no eclipsar al resto y que se había rendido sin más. Pero no eras solo eso. Eres una líder. Una estrella. Y te juzgué porque brillabas de una forma que yo nunca aprendí a entender.

Tragué saliva.

—Gracias. Eso significa más de lo que crees.

—Se te va a echar de menos en el campo —dijo, con una media sonrisa —. Aunque me alivia no tener que entrenar a una cabezota como tú nunca más.

Las dos reímos, porque admitía que sí, había sido difícil. Pero también había sido real.

Como la última ducha en los vestuarios, y las felicitaciones que se alargaron más de la cuenta, antes de salir por el acceso de prensa, cuando la noche ya empezaba a caer. El cielo tenía ese tono violeta que solo aparece cuando algo importante ha llegado a su fin, y de repente, estaba ella.

Con su chaqueta de cuero y las gafas de diadema, de pie junto al coche, como si supiera que no había nadie más que yo esperara ver al final de este día.

Me acerqué. El ruido de las cámaras nos rodeaba como espías que nos observaban en silencio. Lo sabía. Y ella también.

—¿No se suponía que jugabas hace dos días? —le pregunté, con una sonrisa.

—Por eso he venido en cuanto he podido. Me salté la sesión de recuperación —respondió, encogiéndose de hombros con picardía—. No iba a permitir perderme tu último partido.

La miré y me acerqué a ella.

—Están grabando.

—¿Y qué? —dijo, y antes de que pudiera pensar en nada más, me besó.

Los flashes estallaron sobre nosotras, y tenía muy claro que las redes arderían poco después. Pero me daba igual.

—¿Y ahora qué? —le pregunté, aún con su aliento en mis labios.

—¿Y si nos tomamos unas pequeñas vacaciones?

La miré de reojo.

—¿Estás pidiéndome que pase las 24 horas contigo?

—Estoy pidiéndote que, por una vez, hagamos algo sin pensar. Solo tú y yo. Sin fútbol. Sin entrevistas. Solo nosotras.

Asentí, con una sonrisa que ya no podía contener.

—Acepto.

Nos subimos al coche, aun escuchando los ecos del estadio. Condujimos sin destino, sin ningún tipo de prisa. Y por primera vez en mucho, mucho tiempo, sentí que estaba exactamente donde tenía que estar. Tal vez nunca imaginé mi vida de otra manera. Pero ahora, no puedo imaginarla si no es con ella.

Epílogo

Había pasado un año desde mi despedida, y muy poco desde que nos mudamos a vivir juntas, y todavía no sabía quién era la primera en dejar los calcetines tirados por la casa.

—Eres tú —dijo Vera desde el marco de la puerta, cruzada de brazos, con una sonrisa peligrosa.

—Más bien tú, y lo sabes —le respondí sin levantar la vista del cuaderno de planificación táctica que tenía sobre la mesa.

—¿Estás usando el sistema de entrenamiento como escudo?

—Estaba usando el sistema de entrenamiento para no estrangular a mi novia por acusarme injustamente.

Ella se rio y se acercó. Llevaba el pelo recogido, una camiseta negra sin mangas y esos malditos shorts con los que sabía perfectamente que me costaba pensar. Me quitó el bolígrafo de la mano, se sentó en mi regazo como si eso fuera lo más normal del mundo y apoyó su frente contra la mía.

—¿Puedo confesar algo? —murmuró.

—Siempre —le respondí.

—Me pone un poco ver cómo te tomas en serio lo de ser entrenadora.

—¿Solo un poco?

—Un poco… muchísimo.

La besé con todas las ganas, adorando la vida, que estábamos solas en casa, en San Diego, con las ventanas abiertas y el olor a café de media tarde flotando desde la cocina. Adorando también que el sol entraba por la terraza y le acariciaba los hombros como si también la deseara.

Aunque me costara admitirlo —por estar lejos de mi familia y de Cami —, me encantaba esa nueva vida.

El fútbol seguía siendo parte de mí. Pero ya no lo era todo. Ahora era yo. Y ella. Y las peleas por el mando de la televisión. Las discusiones sobre si la tostadora debía estar o no al lado de la cafetera. Las noches en que no podíamos dormir y terminábamos viendo partidos antiguos, burlándonos de nosotras mismas.

Vera seguía brillando en el campo como si no existiera techo que pudiera contenerla. Y yo… yo estaba a punto de empezar como asistente técnica en un equipo juvenil. No era la cima del fútbol profesional. Pero se sentía igual de importante. Porque me importaba enseñar lo que había aprendido en cada entrada sobre el césped, en cada gol, en cada despedida.

Mi madre había venido a visitarnos la semana anterior. Lloró cuando vio mi pequeño rincón con medallas y fotos enmarcadas. Me dijo que estaba orgullosa. Y luego le ofreció a Vera arroz con pollo y le advirtió que, si no me cuidaba, iba a tener que vérselas con ella. Vera la abrazó, sonrió con esa sonrisa suya que desarma a cualquiera y le dijo:

—La cuido. Todos los días.

Y lo hacía.

Cuando me quedaba mirando al techo sin poder dormir, acariciaba mi espalda sin decir nada. Cuando recibía algún mensaje incómodo por redes, me quitaba el teléfono y decía: *"Bloquéalos. O déjame hacerlo yo, que soy más efectiva."* Cuando dudaba, cuando tenía miedo de fallar, ella me recordaba lo mucho que había logrado sin dejar de ser yo.

—Ey —me dijo en ese momento, sentada encima de mí, acariciándome el cuello con la punta de los dedos—. ¿Sabes qué me gustaba más que verte entrenar?

—¿Verme cocinar? —bromeé.

—Ja. No, todavía no quiero morir. Verte dudar… y aun así hacerlo igual.

—¿Eso no es un poco cruel?

—Eso es sexy.

Después se levantó, caminó hacia la cocina y se sirvió más café. Yo la observé con la misma intensidad con la que había estudiado a mis rivales en el terreno de juego. Con esa mezcla de admiración y hambre que nunca desaparecía.

—¿Sabes qué echo de menos a veces? —le dije.

—¿El olor del vestuario?

—Los partidos contigo. Verte correr desde el otro lado. Sentir que íbamos a chocar, a provocarnos, a desafiarnos.

Ella apoyó la taza sobre la encimera y me miró. Esa mirada que siempre lograba empujarme a los bordes de mí misma.

—Podemos recrear eso cuando quieras, Thomas.

—¿Sí?

—Sí. Pero en nuestro propio campo. Y con otras reglas.

Caminó hacia mí, se inclinó y apoyó las manos en el respaldo de la silla.

—Te desafío a intentar ganarme.

Y sonreí. Porque esa frase la había escuchado una vez, mucho tiempo atrás, en medio de un partido, cuando todavía nos odiábamos más de lo que nos tocábamos.

—Siempre —le respondí.

Aunque esta vez, no necesitaba ganar, porque ya lo había hecho. Yo había elegido, y Vera me eligió a mí.

Y en ese nuevo comienzo, por fin lo entendí: no necesitaba el fútbol para seguir siendo Lydia Thomas. Pero sí la necesitaba a ella para recordarme que hay partidos que no se juegan para ganar… sino para marcar un gol en el corazón de alguien.